
La prometida fugitiva
VALERIAM EMAR

LA PROMETIDA FUGITIVA

VALERIAM ÉMAR

Título: La prometida fugitiva

Copyright © 2025 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

SEGUIR EL LINK DE ABAJO PARA CONOCER MÁS OBRAS DE LA AUTORA

https://amzn.to/302RCnv

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Londres 1824…

SU DONCELLA la miraba como si hubiera perdido la cabeza. Lady Linda Willoughby comenzaba a sospechar que tal vez tenía razón. Apenas habían pasado unas horas desde que el vizconde Devontrille rompiera su compromiso con ella, y sus padres ya estaban en plena cacería, buscando una presa nueva que amortiguara el escándalo que se avecinaba. A la mañana siguiente, los periódicos harían trizas su reputación, y su nombre sería la comidilla de todo Londres. Revoleó los ojos al imaginarse los titulares:

Finalmente, el eterno compromiso de lady Linda Willoughby ha sido disuelto; al parecer, lord Devontrille se ha enamorado de otra dama.

No podía odiar al vizconde por haber roto el compromiso. En el fondo, ella también se sentía liberada. Ambos habían sido víctimas de un acuerdo entre familias, un matrimonio pactado desde el día en que nacieron. Lo irónico era que, en el momento de la ruptura, habían hablado más que en todos los años que llevaban comprometidos. Admiraba su valentía por luchar por la mujer que amaba. Pero al mismo tiempo, no podía evitar preguntarse qué le había faltado a ella para no haber sido esa mujer.

—Todavía está a tiempo para no cometer esta locura, milady —susurró su doncella, asegurándose de que no hubiera nadie cerca.

Linda se recogió los cabellos sueltos de la nuca y los metió dentro de la cofia. Llevaba puesto un vestido gris sencillo y gastado, uno de los que solía usar su doncella. Esperaban que llegara el carruaje con las verduras para que ella pudiera infiltrarse en el coche y así alejarse cuanto antes de su familia.

—Si no aprovecho esta oportunidad, Eliza, estaré condenada para siempre —respondió, con el corazón latiéndole a toda velocidad ante lo que estaba a punto de hacer.

—Si hablara con sus padres, tal vez ellos entenderían…

Linda se volteó hacia su doncella y suspiró.

—Mis padres ya han escogido al siguiente candidato con el que me casaré, pero esta vez no permitiré que ellos decidan. Prefiero morir siendo una solterona.

Su doncella se llevó una mano a la boca para ocultar un gritito.

—Usted aún es muy joven para decir esas cosas, milady.

Estaba a punto de cumplir veintitrés años, y ningún hombre la había mirado jamás con ojos de deseo. Había nacido siendo la prometida de lord Devontrille, y ningún caballero en su sano juicio se atrevería a mirar a la futura esposa del vizconde, aunque ni siquiera él mismo la mirara. En los bailes a los que asistía, solía quedarse en un rincón, esperando a que su prometido se dignara a aparecer para poder bailar; algo que rara vez ocurría. Pasaba más tiempo imaginando cómo sería su vida si fuera diferente, si hubiese sido una debutante normal, con pretendientes llevándole flores a su casa y rogando que sus nombres figuraran en su carnet de baile.

Pero había pasado temporada tras temporada esperando que su prometido eligiera una fecha para la boda. Y como esa fecha nunca llegaba, no era difícil deducir que existían altas probabilidades de que aquel acuerdo se rompiera. Lo cierto era que eso era justo lo que más deseaba. Lord Devontrille era un hombre apuesto y respetado, el esposo perfecto a los ojos de la sociedad, pero ella no podía mirarlo de esa forma. Mientras él disfrutaba de su soltería —¡y vaya que lo hacía!—, Linda debía vivir como si ya fuese una mujer casada.

Soltó un resoplido. Toda su vida había cumplido reglas y más reglas. Siempre habían escogido por ella: cómo debía comportarse, que debía vestir, con quien debía casarse… ¡Ni siquiera sabía que era lo que le gustaba!

—No volveré a ser una moneda de cambio para mi familia, Eliza. Y con el escándalo que se avecina, mis padres no dudarán en querer casarme con lord Borbury.

—Dios no lo permita, milady —replicó su doncella, persignándose.

Lord Borbury era un hombre repugnante, que no hacía mucho había sido plantado en el altar. La joven que logró escapar de sus garras había corrido con suerte, pero si Linda no se adelantaba a los hechos, no tendría la misma fortuna.

—Si huye, milady, el escándalo será mayor. Y no les dejará a sus padres otra opción más que casarla con ese vil hombre.

—Y esa es la razón por la que no regresaré —replicó, alzando la barbilla.

Había tomado la decisión de comenzar una nueva vida, y no había vuelta atrás. Linda sujetó la medalla que colgaba de su cuello: una fina cadena de plata, envejecida por el tiempo y el uso constante. Había sido el último regalo de su hermano Brandon antes de marcharse a la guerra contra Napoleón. Él había sido

un héroe en la batalla de Waterloo, pero, lamentablemente, esa misma batalla acabó con su vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas. La medalla mostraba a Saint George a caballo, con la espada alzada enfrentando al dragón. En el reverso, estaban grabadas las iniciales de su hermano y una breve inscripción: *May Saint George protect you*.

Linda deslizó los dedos sobre la medalla de Saint George. La había llevado consigo desde el día en que Brandon se la entregó.

«*Para que me recuerdes y para que te proteja cuando yo no pueda hacerlo*», le había dicho con esa sonrisa segura que siempre parecía convertir cualquier temor en algo insignificante.

Era su amuleto de la suerte, el que había llevado en cada cacería, en cada viaje, en cada aventura arriesgada en la que se había embarcado. Pero no en Waterloo. Aquel día, la medalla había quedado con ella, guardada en un joyero. Linda estaba convencida de que, si la hubiera llevado, su hermano aún estaría vivo; que aquella medalla, ahora su único consuelo, había fallado en protegerlo porque no había estado con él cuando más la necesitaba.

—Nunca ha salido sola de su casa, milady. El mundo real es… —continuó su doncella.

—No creo que sea peor que esta prisión.

Eliza se acercó y le sujetó las manos entre las suyas.

—Le aseguro que afuera existen cosas peores —dijo, mirándola a los ojos—. Se la comerán viva, milady.

Linda se soltó de sus manos y dio un paso atrás.

—Pensé que estabas de mi lado, Eliza.

—Lo estoy, milady —repuso—. Intento que note lo que le espera si decide continuar con su plan.

—Tengo dinero para comenzar una nueva vida. Luego… luego buscaré un empleo… y… y me las apañaré.

Tal vez Linda podría abrir una tienda o ser institutriz. Contaba con dinero ahorrado, tenía sus joyas y, además, la ayuda que lord Devontrille le había brindado le daba tiempo para instalarse en algún lugar. El vizconde le había hecho saber que podía contar con él si estaba en apuros, probablemente porque se sentía culpable. De todos modos, él se lo debía.

Su doncella se acercó a la ventana al oír que se aproximaba un carruaje.

—A llegado el momento, milady —le aviso.

La respiración se le aceleró, y por un segundo dudó en continuar con su plan. Pero recordó el escándalo que estallaría en su cabeza en unas horas. Se cubrió los hombros con una capa y sujetó las pertenencias que la acompañarían en su nueva vida. Eliza se acercó y la abrazó, luego sacó una daga del bolsillo de su delantal y se la entregó.

—La necesitará más que yo, milady.

Linda tragó saliva.

—No sé usar estas cosas…

—Y espero que nunca necesite usarlas.

—Gracias por haberme acompañado todos estos años.

El carruaje se detuvo en la parte trasera de su casa. Su doncella apoyó las manos en sus hombros y la miró a los ojos.

—No confíe en nadie. No acepte invitaciones de caballeros. No olvide que ya no será la hija del conde Willoughby. Y por favor, milady, bajo ninguna circunstancia diga que anda sola, o será presa fácil.

Ella asentía a cada consejo con la cabeza. Desde el momento en que cruzara la puerta, se convertiría en Anne Brown, la hija de un comerciante. La hija de un humilde librero.

CAPÍTULO 1

LORD LANCOSTTER le pidió a la cortesana que tenía sentada sobre el regazo que le sirviera su tercera copa de whisky. Había decidido pasar por el club El Purgatorio antes de emprender su último viaje como hombre soltero. Hacía dos años que su padre había fallecido y él había heredado el título nobiliario; desde entonces, había evadido sus responsabilidades. Pero, hacía unos días, su administrador le había advertido que, si continuaba con su vida de libertinaje y no se ocupaba de sus tierras, no tardaría en perderlo todo. Había logrado pagar las deudas que su padre había dejado. Deudas que, al parecer, lo habían llevado a la bancarrota.

Esa era la razón por la que debía sentar cabeza y casarse con una dama bien posicionada, que le permitiera mejorar sus negocios. Bebió un sorbo de whisky y luego besó a la muchacha de pechos turgentes que ronroneaba contra su regazo.

—¿Entonces te casarás? —preguntó la cortesana, fingiendo tristeza.

—No esta noche, preciosa.

Antes planeaba hacer su último viaje de aventura.

—No molestes a las cortesanas, Benedict —bromeó Cam Marclow al aparecerse junto a su mesa.

Cam Marclow era el dueño del club *El Purgatorio*. Además, solían haber sido vecinos cuando él vivía con su hermano, el marqués Marclow. A Lancostter le gustaba pasar tiempo con la hermana menor, Lidia. Ella había sido la primera muchacha de la que Benedict se había enamorado.

—El conde no es ninguna molestia —lo defendió la muchacha con exageradas risitas—. Y espero que no nos abandone cuando se case, milord.

Cam alzó una ceja, curiosa.

—¿Eso es cierto? ¿Planeas casarte, Ben?

—No esta noche —bebió otro trago del licor—. Pero lo haré cuando regrese de mi viaje —besó el hombro de la cortesana y añadió—: Nunca te abandonaría, por más que me case, preciosa.

Cam arrastró una silla, la giró y se sentó con las piernas rodeando el respaldo.

—¿Ya tienes una candidata a la vista? —preguntó.

—Aún no —respondió el conde—. Pero debe tener una buena dote.

—¿Desde cuándo te has convertido en un cazafortunas?

—Desde que tuve que pagar las deudas de mi padre —replicó el conde.

La cortesana le rodeó el cuello con un brazo y suspiró.

—Unos deciden comprometerse y otros romper sus compromisos —comentó ella—. ¿Se han enterado de que el vizconde Devontrille ahora es un hombre libre?

—¿Devontrille ha roto su compromiso?

—Es de lo único que se habla —agregó la cortesana.

—Pero no te ilusiones tanto, cielo. Él ya tiene planes de casarse por amor —intervino Cam.

Cam era un buen amigo de vizconde. Si decía eso, era porque había algo de verdad en sus palabras. El conde sacudió la cabeza.

—Y esa es la única razón por la que Devontrille podría romper una regla —dijo Lancostter—. El vizconde debe amar demasiado a esa mujer para romper su compromiso.

—Ahora que su prometida esta libre, usted puede casarse con ella —musitó la cortesana, como si hubiese hallado la fórmula de la alquimia—. Su familia es adinerada y en dueña de una suculenta dote.

El conde se atragantó con el whisky y comenzó a toser.

—Si buscas un matrimonio aburrido, entonces puedes casarte con ella —murmuró Cam, mientras llenaba su pipa con tabaco.

En ese punto, Cam tenía razón. Ni siquiera recordaba cómo era el rostro de la muchacha. Vivía a la sombra de sus padres y era tan tímida que llegó a pensar que la joven era muda. La habían criado

para ser sumisa y desabrida. Se vestía como una mujer mayor para no llamar la atención, dado que estaba comprometida con Devontrille.

Se preguntó qué sería de ella ahora que estaba soltera. Tal vez debería conseguirse un gato.

—Brindemos por el vizconde Devontrille, que ha logrado librarse de un matrimonio sin amor —propuso la cortesana, levantando su copa.

—La muchacha es tan desabrida que ni siquiera recuerdo su nombre —se mofó el conde, chocando su copa con la de ella.

—Su padre es el conde Willoughty —aclaró Cam—. Y su dote es considerable —le recordó.

Benedict balanceó el whisky en su vaso, sin apartar la mirada de Cam.

—Si voy a tener un matrimonio sin amor, por lo menos quiero una mujer que sepa hilar dos palabras juntas.

Los tres asintieron con la cabeza y rompieron en carcajadas.

—¿A dónde viajaras esta vez? —preguntó Cam.

—Iré a Escocia —respondió—. La temporada de caza está por comenzar.

Cam abrió grande los ojos.

—¿Podrías visitar a Lidia, ya que irás a Escocia?

Lidia, la hermana menor de Cam, se había casado hacía un año y estaba esperando su primer hijo. Vivía en Escocia con su esposo, el marqués MacLeon.

—¿Ella está bien?

—Sí, sí… Lidia y su familia están bien. Solo que mi madre quiere que le lleve unas joyas de la familia antes de que nazca su nieto, y ahora me encuentro con poco tiempo para viajar —respondió, dando una calada a su pipa—. Prometo recompensarte este favor si tú entregas esas joyas.

—Claro que me devolverás ese favor.

Aunque a Benedict no le parecía ningún problema visitar a su amiga Lidia.

—Partiré mañana hacia Escocia —le informó.

—Entonces, esta misma noche te haré llegar las joyas.

La cortesana volvió a ronronear contra su regazo.

—¿Vas a extrañarme, cielo?

Lancostter esbozó su seductora media sonrisa, mientras sujetaba la barbilla de la muchacha para mirar sus ojos y evitar dejarse tentar por sus redondos y firmes pechos.

—Siempre, preciosa.

Cam puso los ojos en blanco y se levantó de la silla.

—Disfruta de tus últimos días de soltero.

El conde chasqueó la lengua.

—Ten cuidado, que lo haré…

CAPÍTULO 2

HABÍA logrado huir de su casa y, hasta ese momento, nadie la había reconocido. Mientras tanto, repetía en su mente su nueva identidad: Anne Brown. Finalmente, había decidido viajar al norte, hacia un lugar donde no tuviera a ningún conocido. Sería el último sitio donde sus padres buscarían. Se dirigió a la estación de diligencias en Londres. Era un edificio bullicioso, con viajeros apresurados, mozos cargando equipaje y conductores anunciando las salidas en voz alta.

Se encaminó hacia donde anunciaron que el viaje a York estaba a punto de salir. La diligencia que partía hacia allí era un vehículo robusto de cuatro ruedas, pintado de un verde oscuro con detalles dorados que ya mostraban signos de desgaste. En sus laterales se leía el nombre de la compañía. Tenía ventanas pequeñas y asientos de cuero apretados, que no parecían ofrecer mucha comodidad para un viaje tan largo. Arriba, las maletas se aseguraban con gruesas cuerdas, mientras que algunos pasajeros menos adinerados optaban por viajar en la parte superior, expuestos al viento helado.

El interior estaba diseñado para albergar a ocho pasajeros, distribuidos en dos bancos enfrentados. Linda subió al coche y se acomodó en un rincón, junto a la ventana, cubriendo parte de su rostro con la capucha de su capa de lana. Sus ropas eran sencillas, elegidas deliberadamente para no despertar sospechas sobre su origen noble, haciéndola parecer la hija de un comerciante. O al menos, esa había sido la intención. Era un disfraz imperfecto, pero, hasta ahora, parecía funcionar.

No pasó mucho tiempo antes de que otra pasajera subiera a la diligencia con un niño pequeño de unos seis o siete años. La mujer se había presentado como Vera Carter, tenía el cabello castaño claro recogido bajo un sombrero modesto y un vestido sencillo pero

limpio. A su lado, el niño, Thomas, tenía mejillas rosadas y ojos grandes que observaban todo con una curiosidad inquieta.

—¿Le molesta si nos sentamos aquí, querida? —preguntó Vera con una sonrisa amable, pero cansada—. Viajar con un niño pequeño es un reto constante.

Linda negó con la cabeza, enternecida por la visión del niño que se aferraba a la falda de su madre. A su mente se le vinieron las palabras de su doncella, Eliza: «No confíes en nadie». Pero acalló esas voces, ya que no les encontraba sentido. ¿Qué mal podía hacerle esa mujer con su pequeño hijo?

Durante las horas que siguieron, mientras la diligencia avanzaba por el camino empedrado hacia York, Vera y lady Linda, que se había presentado como Anne Brown, conversaron de manera amistosa para pasar el tiempo. Vera se mostró abierta y afectuosa, compartiendo una historia trágica sobre la reciente muerte de su esposo y su intención de buscar trabajo en York para ofrecerle a su pequeño una vida digna. Luego, la viuda planeaba continuar su viaje hacia Escocia.

—¿Usted tiene familia en York, señorita Anne? —preguntó Vera.

«No le digas a nadie que viajas sola», seguían resonando las palabras de su doncella en su cabeza.

—Debo esperar a que llegue mi hermano.

—¿Entonces estará sola en York durante un tiempo?

—Eh… sí, supongo que sí.

—¿Puedo saber a qué va a York, señorita Anne?

A comenzar una nueva vida. Pero Linda respondió:

—Eh… también por trabajo.

—No moleste a la muchacha con tus preguntas —intervino otro pasajero, frunciendo el ceño hacia Vera.

Linda agitó una mano en el aire para desechar esa idea.

—Ella no molesta, señor —la defendió.

El pasajero hizo una mueca y volvió a sumergirse en la lectura de un periódico de la semana anterior.

Thomas se había quedado dormido, recostado contra el hombro de su madre, mientras esta le acariciaba el cabello con ternura. A los ojos de Linda, aquella escena tenía una calidez familiar que ella jamás había conocido. Sus padres siempre habían tenido ojos solo para Brandon, y fue recién después de su muerte que parecieron percatarse de su existencia.

—Institutriz —soltó Vera de pronto—. Apuesto a que eres institutriz.

—No, no soy institutriz —respondió, apretando la medalla de Saint George entre sus dedos.

—Hubiera jurado que sí. Entonces…. debes ser dama de compañía de una mujer adinerada —insistió Vera.

Linda negó con la cabeza.

—No luces ni hablas como alguien que se encargue de lavar trastes —comentó Vera.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que había cometido un error: había respondido como *Linda* y no como *Anne*.

—Mis padres son comerciante y trataron de darme la mejor educación —intentó corregirse—. Lamentablemente, un incendio devoró nuestro negocio y quedamos en bancarrota.

Vera se llevó una mano a la boca, compungida.

—Oh, querida, cuanto lamento escuchar eso.

A medida que avanzaban, la diligencia se había llenado de pasajeros. Estaban tan apretujados que, por un momento, creyó que se quedaría sin aire. Apoyó la cabeza contra el cristal de la ventana y cerró los ojos unos segundos. Logró dormitar hasta que el coche se sobresaltó al pasar por un bache. Parpadeó varias veces, desorientada, intentando ubicarse.

Y entre uno de esos parpadeos, le pareció ver que Vera había sacado la mano de su bolso. Linda se apresuró a llevárselo contra el pecho.

—Ya has despertado, querida —mencionó Vera, con una sonrisa amable en el rostro.

—No he dormido tanto —replicó Linda, observándola con desconfianza.

—Creo que sí, querida —insistió Vera—. Ya casi hemos llegado a York.

—¿Ah, sí?

Vera extendió el brazo y, con aire casual, le mostró una tenacilla para el cabello adornada con una perla.

—¿Esto le pertenece, señorita?

—Sí —Linda la tomó rápidamente y la guardó en su bolso—. Es mío.

—Estaba en el suelo —le explicó Vera.

Probablemente, otra persona en su lugar se la habría quedado. Eso decía mucho sobre ella… ¿o no?

—Tengo hambre… —murmuró Thomas al despertar.

Vera sacó pan y queso de su bolso y se los dio al niño, luego le ofreció a Linda un trozo.

—No, gracias.

—Es importante mantener las fuerzas durante el viaje, señorita Anne —insistió con una sonrisa que parecía más amable que antes… o quizás solo más insistente.

Linda accedió y le dio un mordisco. Mientras masticaba, cayó en la cuenta del hambre que tenía. No había probado bocado en todo el día. Saboreó el pan con lentitud, intentando engañar al estómago.

—No conozco a nadie en York, y por lo que me ha dicho, usted tampoco —susurró Vera, inclinándose hacia lady Linda mientras el resto de los pasajeros cabeceaba, rendidos por el cansancio—. ¿Por qué no se queda conmigo en una posada? Sería mucho más seguro… y económico para ambas.

Linda se limpió la boca con el dorso de la mano antes de contestar:

—No sé si sea una buena idea, señora Vera.

Las palabras de Eliza volvieron a resonar en su mente: *«No confíes en nadie»*.

—Por lo menos que sea hasta que su hermano llegue a York. No es nada bueno que una mujer joven y bonita ande sola.

Tal vez, después de todo, había tenido suerte. Tal vez el destino le ponía en el camino a alguien bondadoso. Linda aceptó con un suspiro de alivio. Era su primera vez tan lejos de casa y, aunque intentaba parecer segura, la idea de estar sola en un lugar desconocido le resultaba aterradora. Y más aún, sabiendo que ese hermano al que decía esperar no existía. Instintivamente, ocultó la medalla de Saint George bajo la tela de su vestido y esbozó una sonrisa agradecida.

Afortunadamente, se había topado con una amable viuda y su pequeño hijo. Su doncella Eliza iba a tener que tragarse sus palabras cuando le dijo que la *comerían viva* si huía de su casa.

—¿Puedes dejar de mover tus piernas por un momento, Jamie? —reprendió Vera a su hijo.

Linda alzó una ceja y la miró con desconfianza.

—¿Jamie? Pensé que su nombre era Thomas.

—Oh, sí, querida, su nombre es Thomas. Pero mi difunto esposo solía llamarlo Jamie cuando hacía algo indebido —se miró el regazo y agregó—: Por costumbre, a veces se me escapa.

Estupendo. Vera había sido amable con una desconocida y ella acababa de actuar como un asno.

—¿Nunca le ha pasado que sigue usando palabras o nombres por costumbre? —dijo la viuda con una sonrisa triste.

Linda se sintió tan culpable por haber dudado de Vera que se disculpó varias veces con ella.

CAPÍTULO 3

EL CHIRRIDO de la diligencia al detenerse despertó a Linda, que había cabeceado durante el último tramo del trayecto. Ya era de noche cuando llegaron a York. El carruaje se detuvo frente a la posada *Black Swan*, un lugar sencillo, de esos que bien podría costear la hija de un comerciante. La mayoría de los pasajeros ya había descendido en las paradas anteriores.

—¡Hemos llegado! —anunció Vera con una sonrisa radiante, acomodando a Thomas en su regazo. El niño dormitaba con la cabeza apoyada en su hombro, como un pequeño ángel—. Vamos, querida. He oído que aquí preparan un estofado delicioso.

Al descender de la diligencia, Linda sintió un aire frío que le erizó la piel. Vera, al notarlo, le colocó su chal grueso sobre los hombros.

—No deberías andar sin abrigo, querida. Este frío se mete en los huesos.

Vera le guiñó un ojo, como si estuvieran compartiendo un secreto entre amigas. Linda agradeció el gesto. En ese momento, necesitaba a alguien de confianza.

—Gracias, señora Carter.

—Solo es un detalle, querida. Después de todo, compartiremos habitación.

El conductor bajó su equipaje del techo de la diligencia. Se sorprendió de que Vera solo cargara el bolso que llevaba en su hombro. Se suponía que empezaría una nueva vida con su hijo en York o Escocia. Tal vez había vendido toda su pertenencia.

—Bonita maleta —comentó su nueva amiga de viaje—. Luce costosa, señorita Anne.

De hecho, lo era. Estaba fabricada en cuero marrón oscuro, pulido hasta brillar, y adornada con delicados grabados florales que recorrían sus bordes. Las esquinas reforzadas con latón dorado hablaban de buen gusto y opulencia. Era una de las pocas

posesiones lujosas que había decidido llevar consigo, junto con algunas joyas y el dinero necesario para comenzar una nueva vida.

—Fue una herencia familia —respondió en un tono despreocupado para restarle importancia.

Vera la observó en silencio por un momento y luego sonrió como si nada.

—Será mejor que ingresemos o moriremos congeladas, señorita Anne —le dedicó un vistazo breve al posadero antes de continuar en un susurro—: Déjame hablar con él. A veces se aprovechan cuando ven a una dama joven y sola.

Linda asintió, impresionada por la seguridad de Vera al negociar. Después de intercambiar unas monedas y palabras con el posadero, Vera regresó con aire triunfante.

—¡Listo! Conseguí que nos diera una habitación por la mitad del precio —anunció con una sonrisa—. Aunque, claro, no espere ningún lujo, señorita Anne.

—No me importa los lujos, señora Carter. Estoy agradecida de que me permita compartirla con usted —respondió Linda con sinceridad.

El posadero les envió a un muchacho joven, llamado Billy, para que las ayudara con la maleta y las guiara hasta su habitación. Subieron por las escaleras con cuidado, pues los escalones estaban gastados y resbaladizos por el uso. Linda se hizo a un lado cuando bajó un hombre corpulento y con más de una copa encima. Él se inclinó hacia la señora Carter y le susurró algo al oído. Vera soltó una risita, pero enseguida frunció el ceño al notar que Linda la observaba, y le pidió al hombre que no la volviera a molestar. Linda resopló. El descaro de algunos hombres al ver a mujeres solas e indefensas era indignante. Por suerte, ellas se tenían la una a la otra.

Billy les abrió la puerta de la habitación y les informó que esa noche servirían estofado de liebre, por si querían cenar. Vera volvió a insistir en que el estofado de ese lugar era delicioso, y aseguró que bajarían una vez que se hubieran instalado.

La habitación era pequeña, pero limpia, con dos camas estrechas y un ventanuco que daba a la calle empedrada. Sería la primera vez que Linda pasaría la noche en un sitio así, pero supuso que debía acostumbrarse a su nueva vida. Vera dejó a Thomas en una de las camas, y el niño se acurrucó de inmediato, agotado.

—Pobre niño —murmuró Linda, observándolo con ternura—. Debe de ser tan difícil para él viajar tanto… después de haber perdido a su padre.

—Oh, sí… pero se acostumbra. Los niños tienen un espíritu más fuerte de lo que imaginamos —respondió Vera, dejándose caer en la otra cama con un suspiro—. Lo que me preocupa es el dinero. Cada día se vuelve más difícil, y Escocia parece tan lejana...

—Estoy segura de que encontrarán la manera de llegar —dijo Linda, con más entusiasmo que convicción.

—Ojalá pudiera tener tu optimismo, pequeña —replicó Vera con una sonrisa triste—. De todos modos, te agradezco que aceptaras compartir el hospedaje conmigo.

Vera se mostró afectuosa, casi maternal, como si de verdad confiara en Linda. Mientras tanto, Thomas se movía inquieto en sus sueños, pronunciando palabras incomprensibles. Linda, conmovida por su inocencia, se acercó a él para arroparlo mejor.

—Tiene un sueño agitado —comentó Linda.

—Le ocurre seguido. Pobrecillo… lo que ha tenido que pasar —Vera se llevó una mano al pecho con expresión dolida.

Linda sintió una punzada de culpa por haber dudado de Vera minutos antes, cuando la vio intercambiar miradas cómplices con el hombre que habían cruzado en las escaleras. Seguramente había sido solo su imaginación. Vera estaba preocupada por su hijo, lo que era completamente natural. Era esperable que actuara con cautela.

—¿Bajará a cenar, señorita Anne?

El estofado no era su plato favorito; prefería ahorrar energías para lo que le esperaría al día siguiente. Debía planear con cuidado su siguiente movimiento, si no quería que sus padres la encontraran. Suponía que la búsqueda de su paradero ya había comenzado, y un

escalofrío la recorrió al pensar en ello. El escándalo que se desataría sería su muerte social. Por suerte, ahora era Anne Brown.

—Si no le molesta, señora Carter, quisiera descansar —murmuró Linda mientras se recostaba en la cama—. Siento el cuerpo pesado y muero de sueño… —dijo entre bostezos.

Había dejado su maleta junto a la cama de Vera, pero confiada en que estaba segura con su nueva amiga.

—Descanse, querida. Mañana continuaremos con fuerzas renovadas —la voz de Vera sonaba tan dulce que a Linda se le dibujó una sonrisa mientras se dormitaba.

CAPÍTULO 4

EL CONDE Benedict Lancostter se despertó con un gruñido cuando el carruaje dio un salto brusco, casi lanzándolo del asiento acolchado donde había estado durmiendo.

—¿Pero qué diablos...? —balbuceó, incorporándose con la cabeza palpitante. El dolor era un recordatorio nada amable de la larga noche pasada entre risas, copas de whisky y el tacto suave de cortesanas dispuestas a complacerlo.

El Purgatorio. Así se llamaba el club donde había pasado las últimas horas en Londres, un lugar con fama de acoger tanto a nobles como a canallas. Él, por supuesto, se consideraba un poco de ambos.

—¡Maldita sea! —resopló, refregándose los ojos cuando el carruaje se inclinó peligrosamente hacia un lado, hasta detenerse con un chirrido doloroso—. ¡Edward! —llamó a su lacayo—. ¿Qué demonios ha pasado?

Edward, su lacayo, se apresuró a abrir la puerta, su expresión reflejaba preocupación.

—La rueda trasera se ha roto, milord —le avisó.

—¿Rota? —repitió Benedict, con voz ronca. El sabor metálico del whisky aún le cubría la lengua—. ¿Cómo diablos se ha roto?

Edward, que había servido a la familia Lancostter durante años, se permitió un suspiro resignado.

—Los caminos son traicioneros, especialmente después de la lluvia. Hemos tenido suerte de no haber volcado, milord.

Benedict se asomó al exterior, frunciendo el ceño al ver la rueda partida como si fuese un juguete de madera. La fortuna claramente no estaba de su lado esa mañana. Había decidido viajar a Escocia en su carruaje y no en su caballo para recuperarse de su resaca, pero parecía que no había sido su mejor idea.

—Estamos cerca de York ¿verdad? —gruñó, golpeando con frustración el asiento.

—Unas millas, apenas. Pero será imposible continuar así. Sugiero que sigamos con los caballos hasta la posada más cercana o intentemos encontrar ayuda para reparar la rueda.

Benedict se dejó caer de nuevo sobre el asiento con un bufido. Su ropa, a pesar de ser de excelente calidad, estaba arrugada y manchada de licor, recordatorio de la alocada noche anterior.

—Por todos los demonios, ¿qué clase de castigo es este? —se quejó, pasando una mano por su cabello desordenado.

No debía estar en ese carruaje. Su viaje a Escocia era una especie de última travesura antes de regresar a Londres y atarse a la maldita cadena del matrimonio. Un matrimonio que no deseaba, por supuesto, pero que necesitaba desesperadamente. Las deudas lo acosaban, y su única salida era encontrar una heredera dispuesta a ignorar sus defectos y su fama de libertino

—Milord, —interrumpió Edward con voz calma— lo más prudente sería dirigirnos a York. Hay posadas donde podremos descansar mientras se repara la rueda.

—¿Una posada? —Benedict dejó escapar una carcajada seca—. ¿Quieres que me mezcle con campesinos mientras arreglo esta calamidad?

—Debo recordarle, milord, que anoche usted despertó entre su vómito —murmuró su lacayo con una sonrisa tensa.

Edward siempre tenía el tacto de traerlo de vuelta a su realidad. En el último año, la vida de Benedict se había convertido en un caos. La mujer que amaba se había casado y ahora esperaba su primer hijo. Y él, como si no fuera suficiente castigo, llevaba consigo las joyas que su hermano, Cam Marclow, le había encargado entregarle a ella.

—Le aseguro que será mejor que pasar la noche a la intemperie —replicó Edward, imperturbable.

Benedict bufó y miró por la ventanilla rota. No había más opción. No aquí, en medio de la nada. Serían presa fácil para los salteadores

de camino.

—De acuerdo, Edward. Encuentra un maldito artesano que pueda reparar la rueda. Mientras tanto, buscaremos una posada en York —su mirada se afiló, cargada de impaciencia—. No pienso dormir bajo este frío miserable.

—A la orden, milord.

Edward hizo una reverencia leve y se apresuró a cumplir su encargo.

Benedict se dejó caer en el asiento nuevamente, con la mandíbula apretada. La incomodidad era insoportable. No solo por la noche de desenfreno que aún le pasaba factura, sino porque cada minuto perdido lo alejaba más de sus planes de arreglar su situación financiera. Le había pedido a Cam, el dueño del club El Purgatorio, que lo ayudara a revisar sus finanzas; a cambio, él le enviaría las joyas a su hermana Lidia. Sus tierras siempre habían sido prósperas, por lo que le resultaba extraño que su padre le hubiera dejado tantas deudas.

Confiaba en Cam. Él había creado una fortuna con su ingenio en los negocios y sabía que, si algo andaba mal con sus finanzas, su amigo hallaría el problema.

CAPÍTULO 5

LINDA abrió los ojos al amanecer, parpadeando ante la luz pálida que se filtraba por la ventana. Se oyó un griterío de borrachos desde la calle y recordó donde se encontraba. «Soy Anne Brown, la hija de un comerciante», se repitió, obligándose a no olvidar su nueva identidad. Frunció el ceño. La habitación estaba en silencio.

Demasiado silencio.

—¿Señora Carter? —llamó, con la voz todavía áspera por el sueño.

Giró la cabeza hacia la cama donde Thomas había dormido. Se frotó los ojos para asegurarse de lo que estaba viendo. En realidad, de lo que no estaba viendo. La habitación estaba vacía. Solo quedaban las sábanas revueltas como único testigo de que había compartido alojamiento con alguien más. Confundida, Linda echó las mantas hacia atrás, se incorporó y bajó los pies al suelo. Fue entonces cuando notó que algo estaba terriblemente mal.

Su maleta, la que había dejado junto a la cama de Vera, no estaba. Desesperada, se inclinó hacia el suelo y abrió la bolsa de viaje que había quedado en el rincón. El cuero barato crujió al abrirse, revelando un revoltijo de ropa arrugada. Ropa que no era suya.

—No... no, no, no... —murmuró, con las manos temblorosas—. Esto no puede estar sucediéndome.

Revolvió la bolsa, con la esperanza de que al fondo estuvieran sus pertenencias. Pero solo había vestidos viejos y remendados que olían a jabón barato. Su propia maleta había desaparecido. Las joyas que había traído consigo para vender en caso de necesidad, su dinero... todo. ¡Había sido una maldita idiota por confiar en la señora Carter!

Tal vez… tal vez Vera había bajado a desayunar con su hijo y había tomado su maleta por error. Pero no. Sacudió la cabeza,

furiosa consigo misma. Justamente había sido su ingenuidad la que la había llevado a caer en las garras de una estafadora.

Buscó su calzado, pero también se lo había llevado. En su lugar, solo quedaban unos zapatos gastados y sucios. Al ponérselos, notó que eran al menos un talle más grande que los suyos.

Su mano se fue instintivamente hacia su cuello. La cadena de plata con la medalla de Saint George que su hermano Brandon le había regalado antes de partir a la guerra tampoco estaba.

—¡No! —gritó, al borde de las lágrimas.

Había jurado no desprenderse nunca de esa medalla, fuera lo que fuera que enfrentara. Su respiración se aceleró y sintió que el piso temblaba bajo sus pies mientras se tambaleaba hasta la puerta. Apenas tuvo fuerzas para bajar las escaleras hasta la recepción. El posadero, un hombre robusto de expresión hastiada, la observó con ojos fríos cuando ella se acercó al mostrador.

—¡La mujer con la que viajaba! ¡La señora Carter! ¿La ha visto? ¿O al niño? —preguntó, haciendo un gran esfuerzo para no desarmarse delante de él.

El posadero levantó una ceja, indiferente.

—Se marcharon esta mañana al amanecer —respondió él, atendiendo distraídamente a unos huéspedes que acababan de ingresar—. Le dije a la señora Carter que debía pagar la cuenta antes de irse. Ella mencionó que usted se ocuparía de eso.

Un frío helado recorrió la espalda de Linda. Tuvo que sostenerse del mostrador para no desplomarse al suelo. Lo había perdido todo.

—¿Qué? No... no puede ser... ¡Ella se ha llevado mis cosas! ¡Mis joyas, mi dinero! —su voz se quebró en un grito ahogado, el pánico se apoderaba de ella con fuerza.

El hombre se cruzó de brazos y le lanzó una mirada nada amable.

—Lamento que haya sido tan ingenua, señorita, pero eso no cambia el hecho de que aún debe la cuenta de anoche. Y no me interesa cómo arregla sus asuntos con sus acompañantes. Aquí se paga o se trabaja.

—Pero... no tengo dinero. Me han robado todo. Ni siquiera tengo mi ropa.

El posadero soltó un suspiro, como si ya hubiera tenido que lidiar con esta clase de escenas demasiadas veces.

—Entonces, si quiere quedarse aquí y no terminar en la calle, tendrá que trabajar. Necesitamos ayuda en la cocina y sirviendo mesas. Trabajará hasta que la deuda quede saldada.

Linda se quedó inmóvil, humillada, con las mejillas ardiendo por la vergüenza y la furia que la consumían. No tenía opción. Había sido una completa idiota, creyendo en la bondad de una desconocida. Su doncella Eliza se lo había advertido, pero ella no había escuchado. Ahora, lo había perdido todo... incluso la medalla que le recordaba a su hermano. Pero de alguna manera, encontraría la manera de recuperarla.

Los planes de Vera era terminar en Escocia; ese sería el caso si no le hubiera mentido con eso también.

—Acepto —su voz salió baja, casi inaudible.

—Perfecto. Empieza ahora mismo —el posadero le lanzó un delantal manchado—. Y limpia bien esa tristeza de su rostro, no quiero que ahuyente a los clientes con sus desgracias.

Linda asintió, con la mirada baja. Había caído en la trampa. Y ahora, debía enfrentar las consecuencias. Se puso el delantal y una cofia para cubrir su desarreglado cabello rubio y se dirigió a la cocina.

La vida de Anne Brown apestaba.

CAPÍTULO 6

LA POSADA *Black Swan* de York no era, ni por asomo, el tipo de lugar que Benedict Lancostter elegiría para pasar la noche. Siempre que viajaba, prefería alojarse en sitios donde lo atendieran como a un rey. Hizo una mueca. Tal vez ese gusto por el exceso de lujo era una de las razones por las que estaba al borde de la quiebra.

Cuando la rueda del carruaje se partió en dos con un chirrido seco, deteniéndose en mitad del camino polvoriento, no le quedó más remedio que aceptar lo inevitable: aquella era la posada más cercana al lugar donde habían quedado varados.

Entró al vestíbulo de la posada con pasos firmes, desarreglado, el cabello alborotado tras dormir en el carruaje y aún impregnado del olor a perfume barato y humo de habano. La noche anterior había sido intensa. Demasiado whisky y cortesanas con nombres que ya no recordaba. Se llevó las yemas de los dedos a las sienes y las masajeó mientras estudiaba el lugar en busca del posadero.

El sitio daba señales de haber tenido una época de gloria, aunque claramente eso había quedado atrás. El yeso de las paredes se descascaraba, la madera del suelo rechinaba con cada paso y los muebles parecían donaciones de una parroquia. El olor a humedad apestaba más que su propia ropa.

Edward, su lacayo, dejó las maletas en el suelo con un suspiro.

—Podría traer menos ropa en su próximo viaje, milord —recomendó, con tono cansado.

Benedict lo miró de reojo y alzó una ceja. Contuvo una sonrisa al notar que Edward había confundido su maleta de ropa con el baúl de armas para caza. A veces olvidaba que su fiel lacayo ya había envejecido.

—Para el próximo viaje, yo me ocuparé de las maletas, Edward.

Su lacayo asintió con la cabeza y se lo agradeció.

—¿Dónde está el encargado? —preguntó el conde con voz ronca y autoritaria, mirando a su alrededor como si inspeccionara el lugar desde su pedestal invisible.

Un hombre calvo y robusto apareció detrás del mostrador, secándose las manos en un delantal grasiento. Se detuvo en seco al verlo y esbozó una amplia sonrisa. Sus ojos brillaron como si acabara de encontrar dos pepas de oro.

—¿Sí, milord? ¿En qué puedo servirle?

—Busco una habitación privada. Que tenga una cama decente —dijo Benedict, dejando caer unas monedas sobre el mostrador con un gesto despreocupado—. Y una tina. Llena. Caliente. Inmediatamente —exigió—. No quiero olerme a mí mismo ni un segundo más.

—Por supuesto, milord. Le prepararemos la habitación más cómoda —respondió el posadero, tomando el dinero casi con devoción—. ¿Desea que le suban algo de comer?

—Lo decidiré después del baño. Primero necesito dejar de parecer un salvaje.

Detrás de él, Edward cruzó los brazos con gesto serio y carraspeó.

—Con su permiso, milord, voy a ocuparme del carruaje. Preguntaré dónde pueden arreglar la rueda.

—Haz lo que debas, Edward. Y asegúrate de que no me traigan agua tibia. Quiero quemarme la piel.

El posadero, sudando, asintió con nerviosismo.

—Por supuesto, milord. Lo atenderemos como usted se merece. ¿Puedo saber el nombre de tan agradable visita?

Su lacayo soltó un resoplido de fastidio. Le molestaba cuando él actuaba como un noble pomposo. Y a Benedict le divertía hacerlo enfadar.

—Lord Lancostter. Tercero en la sucesión del ducado de Balfairre; conde de Lancantiar…

Edward lo interrumpió, empujándolo suavemente a un lado, y se dirigió al encargado con voz más baja:

—¿Conoce algún buen carpintero o carretero en esta zona?

—Sí, sí, claro. El viejo Hayworth vive al final de la calle principal. Tiene un taller. Le diré a uno de los mozos que lo guíe hasta allí.

—Gracias —Edward se ajustó el cuello de su abrigo, dio un paso hacia la puerta y luego se detuvo para mirar a Benedict, que ya subía las escaleras sin siquiera despedirse—. Y por favor, milord… no haga ninguna tontería mientras no estoy. Ni con el personal, ni con la posadera, ni con el mobiliario.

Benedict lanzó una risa seca desde el descansillo, mientras el mozo del posadero lo guiaba a su habitación.

—Prometo comportarme... como un caballero.

Edward rodó los ojos y se marchó al exterior.

—¿Qué tal es la comida de aquí? —preguntó el conde al muchacho que le llevaba su equipaje. Su estómago empezó a tronar al pensar en la cena.

El muchacho, que apretaba la mandíbula cada vez que empujaba la pesada maleta por los escalones, se detuvo y, entre suspiros, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—El estofado de aquí es excelente, milord.

—Estupendo…

CAPÍTULO 7

EL VAPOR de la cocina era casi tan espeso como la vergüenza que Linda sentía cada vez que algo se le caía de las manos. Había intentado pelar papas, pero se había cortado un dedo. Intentó amasar pan, y la harina terminó sobre su vestido y no en la mesa. Lavó platos, pero rompió dos tazas, y el cocinero, un hombre enorme y colorado llamado Rupert, ya no sabía si gritarle o echarse a reír. Era más un estorbo que un ayuda.

Linda se subió a una silla para alcanzar las ollas que estaban en el estante más alto.

—¡Cuidado con la ensaladera! —gritó el cocinero.

—¿Cuidado con qué? —repitió Linda, volteándose de golpe.

Su codo arrastró una bandeja de cristal, que estalló contra el suelo.

—¡Bajen al Cristo de la cruz y quemen la madera! —tronó él, echándole una mirada feroz—. ¡Esa ensaladera era de mi madre, muchacha tonta!

—Lo siento, lo siento mucho... yo no...

Si seguía rompiendo cosas, nunca más saldría de la posada. Sus deudas seguían aumentando.

—¡A servir las mesas! —le ordenó, señalando la habitación contigua—. ¡Al menos ahí no podrá destruir mi cocina!

Linda asintió, nerviosa, mientras se limpiaba las manos en el delantal. Era su primer empleo, y todo iba de mal en peor. Tenía la falda salpicada, el cabello revuelto bajo una cofia prestada, y el orgullo... completamente hecho trizas.

Escuchó que alguien gritaba desde el pasillo:

—¡Necesitamos más té en la mesa dos, Anne! ¡Anne Brown!

Se quedó quieta por un momento, frunciendo el ceño. «Anne Brown...», claro. Ahora ella era Anne Brown. *No Linda Willoughby, hija de un conde. No una dama con joyas y sirvientes...* sino una

joven cualquiera, trabajando en una posada para pagar una deuda absurda que no era suya. Una deuda que se había ganado por ingenua, por confiar en extraños.

—¡Sí, sí! ¡Voy enseguida! —respondió, saliendo con una bandeja en las manos.

Pero, apenas puso un pie en el comedor, el posadero la interceptó con un gesto urgente.

—¡Deje eso, Anne! ¡Déjelo ahora mismo!

—Pero iba a servir la… me han pedido que…

—Haga lo que le he pedido —insistió—. Un huésped importante acaba de llegar. Muy importante —susurró, como si se tratara del rey en persona—. Ha pagado por la mejor habitación y quiere una tina caliente. ¡Vaya y llénela usted misma! ¡No se equivoque!

Linda tragó saliva y dejó la bandeja sobre una mesa con torpeza.

—Sí, señor...

Nunca había llenado una tina antes, pero sí había visto cómo sus doncellas lo hacían.

—¡Y tenga cuidado de no resbalarse en las escaleras! —añadió el posadero, con tono burlón—. No quiero cargar con su cuerpo si se rompe el pescuezo.

Linda apretó los labios, sintiéndose humillada, pero subió las escaleras con pasos apresurados, decidida a hacer lo mejor posible. Lo último que necesitaba era quejarse. Ya no era una lady. No tenía siervos que hicieran el trabajo por ella. Era Anne. Y si debía llenar una tina con agua hirviendo para un desconocido arrogante, entonces lo haría.

Linda empujó la puerta de la habitación con la cadera, haciendo malabares con el balde de agua caliente entre las manos. El vapor escapaba por el borde de la cubeta, quemándole los dedos, pero se obligó a no perder el equilibrio. Cuando entró, se encontró con una figura masculina de espaldas, envuelta en una toalla que colgaba

peligrosamente baja en su cintura. Ella tragó saliva y apartó la mirada.

La habitación olía a jabón caro, y la tina era una gran bañera de cobre, ya medio llena por Billy, el muchacho que se encargaba de las maletas. Linda agradeció no tener que ser ella quien la llenara. Subir y bajar escaleras con cubetas de agua caliente no era algo que le apeteciera hacer. Se aclaró la garganta para llamar su atención.

El hombre se giró apenas, sin mirarla, concentrado en verter una copa de brandy en un vaso. Él se había afeitado y lavado su cabello oscuro.

—Creí que moriría de viejo antes de bañarme —se mofó con voz grave, sin molestarse en cubrir su torso desnudo—. Tira el agua caliente en la tina, y luego puede marcharse, muchacha.

Linda se quedó paralizada. El corazón se le subió a la garganta. Esa voz. Ese perfil. Esa arrogancia. Ella lo conocía. Él era… Benedict Lancostter.

El conde solía relacionarse con su prometido, el vizconde Devontrille. En realidad, su ex-prometido. Linda los había visto juntos en más de una ocasión, incluso una vez lo saludó en un baile. Él nunca le prestó atención. Estaba demasiado ocupado coqueteando con todas las damas que se le acercaban.

Ahora estaba allí, medio desnudo, con el cabello mojado y una sonrisa cínica en los labios. Si él la reconocía... el conde podría acabar con la vida de Anne Brown en un abrir y cerrar de ojos. Si huía, no solo sus padres la buscarían, sino también el posadero.

—¿Qué está esperando, muchacha? ¿Una invitación para quedarse a mirar? —la provocó él.

Linda giró el rostro con brusquedad, sintiendo cómo el rubor le subía hasta las orejas.

—No, milord —respondió, bajando la mirada mientras volcaba el balde con manos temblorosas dentro de la tina.

Él alzó una ceja, observando su torpeza con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Está bien, muchacha? ¿No se habrá quemado los dedos?

Ella asintió sin mirarlo. Su voz salió más aguda de lo que hubiera querido.

—Estoy bien. Solo… solo un poco cansada.

Y aterrada de que el conde la reconociera. Por su mente pasaban todas las posibles formas de huir de la posada. Se preguntó qué tan alta sería la ventana del segundo piso.

Lord Lancostter se movió por la habitación y se acercó a la silla donde colgaba su chaqueta. Sacó algunas monedas del bolsillo, luego las dejó sobre la cama.

—Puede llevárselas cuando termine.

En esos momentos, todo dinero extra era bien recibido. Linda se giró para mirarlo a la cara, esperando que la llamara por su verdadero nombre. Para su sorpresa, no la reconoció. La observaba como si fuera una completa extraña.

Un aire aliviado la recorrió por todo el cuerpo. No sabía por qué se sorprendía; después de todo, cuando sus caminos se cruzaron siendo ella Linda, era otra mujer: peinados perfectos, vestidos elegantes pero aburridos, joyas. Ahora era solo una criada cualquiera. Anne Brown. Una simple Anna Brown. Nadie sospecharía jamás que era hija de un conde. Se ajustó la cofia, que estuvo a punto de soltarse de su cabeza.

—¿Necesita algo más, milord?

—No. Ya puede irse —respondió él, hundiendo las piernas en la tina—. Dígale al posadero que el brandy está suave. ¿Acaso lo diluyen con agua bendita del pueblo?

Linda bajó rápidamente la mirada al suelo cuando él se quitó la toalla de la cintura. Hizo una reverencia torpe.

—Le podré al tanto al posadero, milord.

Tomó las monedas que le había dejado sobre la cama y salió de la habitación sin atreverse a mirar atrás.

Cerró la puerta suavemente tras de sí, apoyando la espalda contra la madera mientras exhalaba el aire que había estado conteniendo. Su corazón latía a mil. No sabía si era por el susto de haberlo reconocido… o por haberlo visto con tan poca ropa.

Benedict Lancostter. Justo él. ¿Qué hacía en una posada de mala muerte en York?

CAPÍTULO 8

EL COMEDOR de la posada estaba iluminado con lámparas de aceite y un hogar encendido que crepitaba al fondo. El conde Lancostter descendió las escaleras después de su confortante baño; vestía un abrigo oscuro abierto y la camisa perfectamente desabrochada en el cuello. A su lado caminaba su lacayo, Edward. Se acomodaron en una de las mesas cerca de la chimenea, apartada de los bebedores más ruidosos.

—Mañana temprano tendrán lista la rueda del carruaje, milord —comentó su lacayo.

—Eso espero, Edward —dijo el conde, corriendo una silla para sentarse—. Quiero llegar a Escocia cuanto antes.

Se reclinó en la silla cuando un muchacho les trajo la cena: estofado de liebre que, a simple vista, no lucía especialmente apetecible.

—Por lo menos huele bien —murmuró el conde.

—Mientras no sea sopa de nabo otra vez, milord —respondió Edward, sin rastro de humor.

Benedict sonrió distraído cuando vio acercarse a una joven rubia con una bandeja de vino. Sus ojos azules se cruzaron con los de él durante un segundo antes de que ella bajara la vista con timidez.

Era ella.

La muchacha que había llenado la tina. Sin la cofia y con un delantal limpio, su aspecto era muy distinto. Llevaba el cabello recogido en un moño desordenado, y el vestido sencillo que usaba —aunque claramente no hecho a su medida— delineaba unas curvas que no habían pasado desapercibidas para los caballeros de las otras mesas que habían clavado sus miradas en ella.

El dobladillo apenas le cubría las pantorrillas, y los zapatos parecían salirse de sus pies con cada paso que daba. Sin duda, no eran de su talla.

La muchacha dejó dos jarras sobre la mesa.

—¿Desean vino o cerveza? —preguntó con una sonrisa nerviosa, evitando mirarlo a los ojos.

—Vino para mí —dijo Benedict, observándola con interés—. ¿Eres de por aquí?

Ella arrugó el ceño mientras servía el vino en la copa.

—No —respondió con sequedad.

El desdén en su tono le llamó la atención. Otra mujer, en su lugar, estaría coqueteando con él al notar su interés.

—¿Entonces… te quedarás mucho tiempo en York? —insistió, cada vez más intrigado por la muchacha.

Además, ¿qué otra cosa podía hacer? No había muchas distracciones en ese lugar. Y él era un libertino; no iba a desperdiciar la oportunidad de seducir a una criatura tan encantadora.

Ella titubeó.

—Aún no lo sé, milord —respondió, evitando la mirada que él le sostenía con descaro.

—Si decide marcharse, será una desgracia para la posada. No todos los días se encuentra un servicio tan eficiente… y tan bonito —dijo, sin apartar la vista.

Había conseguido que ella se sonrojara.

—¿Y usted, milord? ¿Planea quedarse mucho tiempo en York?

—Solo hasta que arreglen mi carruaje.

Tuvo la sensación de que la muchacha había respirado aliviada al decirle que él estaba solo de paso.

—Me dirijo a Escocia —continuó, encogiéndose de hombros—. Espero no estar aquí más de una noche.

La joven lo miró de golpe. Había logrado captar su atención.

—¿Escocia? —repitió ella.

Él asintió. Pero antes de poder agregar algo más, una voz la llamó desde otra mesa:

—¡Anne! ¡Ven aquí, muchacha!

Ella bajó la cabeza, y su voz sonó apurada.

—Disculpe, debo atender otra mesa.

Y se alejó con rapidez.

Benedict la siguió con la mirada, intrigado.

Escuchó al posadero llamarla de nuevo:

—¡Anne! ¡No dejes esperando al caballero de la mesa cinco! —gritó desde detrás del mostrador.

«Anne», pensó Benedict. Así se llama...

Pero algo no cuadraba. Había algo en su andar, en sus gestos. Incluso cuando intentaba pasar desapercibida, había una elegancia natural en ella. No era como las otras criadas que él conocía. Y por un segundo, le pareció haberla visto antes... en otro lugar. Sacudió la cabeza para apartar esa idea absurda. Venían de mundos diferentes y eso no podía ser posible.

En ese momento, Benedict vio cómo dos hombres ebrios, sentados en la mesa del fondo, intentaban atraerla con bromas vulgares. Uno de ellos fue más allá: al entregarle una copa, le tomó la muñeca. Ella se apartó de golpe y, sin pensarlo, volcó el contenido de la jarra de vino sobre su pecho.

—¡Bestia! —exclamó ella, y se alejó hecha una furia.

El hombre se puso de pie, furioso, pero antes de que pudiera dar un paso hacia ella, el posadero se interpuso.

—¡Anne! ¿Te has vuelto loca? —reprendió a su empleada—. ¡Saldrá de tu bolsillo esa copa! —vociferó, tomándola del brazo con fuerza.

Anne abrió grandes sus ojos azules, incrédula.

—¡Pero ese maldito intentó sentarme en su regazo! —protestó.

El posadero le lanzó una mirada fulminante.

—No espantes a nuestros clientes —murmuró entre dientes, apretando más su agarre.

—¡Su cliente es un cerdo! —gruñó Anne, zafándose con un tirón brusco.

Definitivamente, ese no era el ambiente de la muchacha. Benedict sintió pena por la situación de ella.

—Su empleada necesita unos azotes en el trasero —bromeó el hombre, con una risa vulgar—. Y con gusto se los daría por usted.

De pronto, Anne sacó una daga del bolsillo de su delantal y todas las miradas se centraron en el cerdo que se había propasado. Él era tres veces más grande que ella, y era evidente quién saldría perdiendo en esa batalla.

—Si no desea perder su mano, señor, será mejor que la mantenga lejos de mí —lo amenazó la joven, con voz dura.

Y esa amenaza tal vez hubiera tenido éxito si su mano no hubiera estado temblando. El hombre soltó una carcajada, dejando claro que no la tomaba en serio.

—¡Quítate el delantal, Anne! —le ordenó el posadero.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque estás despedidas. No permitiré que espante a mis clientes.

Ella se inclinó y le susurró algo al posadero.

—¡Prefiero cancelar tu deuda antes de que espantes a todos mis clientes!

Anne se quitó el delantal y se lo entregó al posadero con brusquedad.

—Gracias a Dios que no debo continuar en un sitio que no respeta a una dama —refunfuñó ella.

En ese instante, todos comenzaron a reírse, incluso Benedict.

—Ese sería el caso si fueses una dama —le gritó el posadero mientras ella se alejaba—. La muy zorra se considera una dama —agregó, acompañado de las risas de los asnos como él.

Benedict ya se había incorporado de su silla, con el ceño fruncido. Dio un paso al frente, pero Edward lo detuvo con una mano firme sobre el hombro.

—Milord, no se meta. No es asunto suyo.

—El maldito se ha sobrepasado —gruñó Benedict entre dientes.

—Lo sé. Pero ella se ha defendido y ya se ha ido.

El conde apretó la mandíbula, furioso. Podía ser un libertino, sí, pero jamás se atrevería a acercarse a una mujer sin su consentimiento. Regresó a la silla y, aún irritado, se llevó una cucharada del estofado a la boca.

CAPÍTULO 9

LA PEQUEÑA habitación que el posadero le había dado para instalarse mientras trabajaba en el sitio olía a humedad. El colchón apenas contenía paja, y el único mueble, además de la cama, era una banqueta coja. Linda vació el contenido del cajón donde guardaba sus pocas pertenencias: un pañuelo, un par de medias remendadas y un pequeño espejo agrietado. El resto eran cosas ajenas, ropa vieja que Vera había dejado cuando huyó, después de robarle todo.

Se sentó sobre la cama, con el bolso de tela abierto sobre sus piernas. Sus manos temblaban mientras guardaba las pocas monedas que el conde Lancostter le había dado al preparar la tina. No tenía un destino claro. Solo sabía que no podía quedarse allí. Ya no. Buen Dios… ¿dónde pasaría la noche? Había acabado con la vida de Linda Willoughby; ya no podía regresar a ella. Y no faltaba mucho para que Anne Brown también dejara de existir.

Extrañaba a su hermano Brandon y se preguntó qué consejo le habría dado él. Por supuesto, le diría que regresara a casa, al lado de sus padres. Pero ella no haría tal cosa. Se llevó una mano al cuello para tocar la medalla que ya no estaba. Debía recuperarla. Cuando el conde le mencionó que su destino era Escocia, quiso arrodillarse e implorarle que la llevara con él. Tenía que encontrar a Vera —o como fuese que en realidad se llamara— y recuperar lo que era suyo.

¿Y si todas sus cosas ya no estaban en su poder? Quiso confiar en que sí.

¡Qué idiota había sido! Su doncella Eliza le habría dicho: «*Te lo dije*».

Una ráfaga de viento silbó por la rendija de la ventana, arrastrando consigo el frío de la noche. Se abrazó a sí misma, frotándose los brazos, y parpadeó con fuerza para no llorar. Todavía

le quedaba una noche larga, y no podía darse ese lujo. Se pasó un dedo por el borde del ojo para secarse lo que parecía ser una lágrima.

Un golpecito suave en la puerta la hizo sobresaltarse.

—¿Anne? —llamó una voz juvenil—. Soy Billy, señorita Brown.

Abrió la puerta con cautela. El muchacho, que no tendría más de quince años, tenía el rostro manchado de hollín y una mirada de sincera preocupación. Había sido el único que no se burló de ella en su primer día de trabajo. En sus brazos traía un abrigo viejo, de esos que han perdido su color original tras demasiadas lluvias.

—Es para usted, señorita Anne —dijo, extendiéndoselo—. No es gran cosa, pero… le servirá para pasar la noche.

Linda lo tomó con ambas manos, como si le ofrecieran un tesoro.

—Gracias, Billy —murmuró, con la voz rasgada—. No sé cómo agradecerte esto.

—No hace falta. Sé lo que le hizo Vera. Todos lo sabíamos… solo que nadie decía nada.

Ella abrió la boca, la cerró, y volvió a abrirla para decir:

—¿Estás intentando decirme que Vera ya ha venido antes a esta posada?

Billy asintió con la cabeza.

—¿Ha robado a otras personas también?

—Sí, señorita Anne. Pero es la primera vez que usa a un niño de la calle para hacerlo pasar por su hijo.

Linda se cruzó de brazos, furiosa.

—¿Thomas no es su hijo? —espetó, indignada—. Supongo que tampoco es una viuda.

Billy soltó una risita y sacudió una mano en el aire.

—Margaret nunca se ha casado —le confesó.

—¿Margaret? —repitió ella, sorprendida—. ¿Ese es su verdadero nombre?

Las mejillas del muchacho se sonrojaron al darse cuenta de que había soltado la lengua de más.

—Sí, señorita Anne.

Lo único que Linda sabía hasta ese momento era que el posadero había sido cómplice de Vera... o Margaret. Y eso le quitaba de encima el peso de la deuda que tenía con él.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla? Me ha robado algo valioso y debo recuperarlo.

—Dijo que iría a Escocia.

—¿Entonces lo de Escocia sí era cierto?

Billy se encogió de hombro.

—Siempre ha querido ir a Escocia.

—Gracias por decirme la verdad, Billy.

Él bajó la vista, avergonzado.

—Ha sido la única persona que me ha tratado como si no fuera invisible. —Tragó saliva—. No merecía eso allá abajo. Usted parece una joven decente.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Él sonrió, colorado, pero antes de que pudiera decir algo más, un crujido fuerte en los escalones interrumpió el momento.

El corazón de Linda dio un vuelco.

El hombre que se había sobrepasado con ella en el comedor apareció en el umbral, tambaleante, con una sonrisa torcida y oscura. En su mano, llevaba una botella a medio vaciar.

—Pero miren lo que tenemos aquí… —masculló—. ¿Piensas dormir sola esta noche, muñeca?

Billy dio un paso al frente, interponiéndose entre ellos.

—¡Déjela en paz!

—¿Y tú quién diablos eres, escoria? ¿Su caballerito? —el hombre soltó una carcajada antes de estrellar su puño contra el rostro del chico.

Bill cayó al suelo con un quejido sordo. No se movió más.

—¡Billy! —gritó Linda, corriendo hacia él, pero el hombre la agarró del brazo con fuerza.

—Ahora sí, lindura… vamos a divertirnos —dijo, y su aliento apestaba a vino rancio—. Sabrás lo que es tener un hombre de verdad en tu cama.

De repente, se encontró en un panorama completamente oscuro. Su daga estaba demasiada lejos para ir por ella. Un grito quedó atrapado en su garganta, sofocado por el miedo más crudo que jamás había sentido. Linda forcejeó, le arañó el rostro con las uñas, pero él era mucho más fuerte. La empujó contra la pared y le rodeó el cuello con su mano enorme, presionando con fuerza. Ella trató de gritar, pero apenas le salía aire.

—¡Suéltame, cerdo asqueroso! —jadeó, pataleando.

—Shhh… no hagas escándalo. Nadie va a venir a salvarte, cielo —susurró, pegando su cuerpo al de ella.

La vista de Linda comenzó a nublarse. Sus manos buscaban a ciegas algo, lo que fuera, para defenderse. Sus dedos tropezaron con la banqueta coja. Con las últimas fuerzas, la tomó y la estrelló contra la cabeza del hombre. Pero no tuvo el impacto que esperaba. Él soltó una carcajada ronca, tambaleándose un paso atrás. Pero no cayó. Sus ojos se oscurecieron como los de un animal salvaje.

CAPÍTULO 10

NO ESTABA seguro de qué diablos hacía allí.

La lógica dictaba que Anne no era más que una criada cualquiera, una muchacha sin pasado ni apellido, demasiado joven para que él perdiera un minuto más de su tiempo. Y sin embargo, algo en su mirada cuando la echaron de su empleo lo había dejado inquieto. Era como si la hubiera visto antes, aunque sabía que eso no era posible. Tenía esa clase de orgullo que solo conocen quienes han tenido todo y lo han perdido. No lloró. No pidió ayuda. Se tragó la humillación como si llevara años acostumbrada a hacerlo.

Benedict recorrió el pasillo de la posada con pasos firmes, deteniéndose frente a la puerta estropeada donde le dijeron que la muchacha se alojaba. Levantó el puño para llamar, pero no llegó a hacerlo.

Un grito ahogado le erizó la piel.

Sin pensarlo, giró el picaporte. La puerta estaba sin traba. Lo que vio al abrirla le heló la sangre. Un hombre corpulento —el mismo cerdo que horas antes había estado bebiendo como una bestia— tenía a Anne contra la pared, con una mano aferrada a su cuello y la otra intentando levantarle las faldas. Además, un muchacho inconsciente estaba tendido en el suelo.

—¡Maldito bastardo! —rugió Benedict, y se abalanzó sobre él.

Lo golpeó con fuerza en la mandíbula, haciendo que el atacante retrocediera unos pasos y soltara a la muchacha. Anne cayó al suelo, tosiendo con desesperación. El hombre, tambaleante, escupió sangre y rió como un demente.

—¿Y tú quién eres? ¿Su amante rico? ¿También vienes a buscar una buena paliza?

Benedict no respondió. Lo golpeó otra vez, esta vez en el estómago. Pero el malnacido era fuerte y estaba borracho, lo que lo

hacía impredecible. Se lanzó hacia él con un rugido y ambos cayeron sobre la cama, que crujió bajo el peso.

Mientras forcejeaban, Benedict escuchó a Anne toser y moverse. Ella arrastró su cuerpo por el suelo hasta el chico inconsciente.

—Billy… Billy, por favor, despierta… —le pedía, mientras levantaba su cabeza con cuidado.

El bastardo le dio un puñetazo en la sien que le hizo ver estrellas. Benedict se desorientó por unos segundos. El desgraciado aprovechó esa ventaja y lo tomó por el cuello con ambas manos, presionando. El mundo se volvió más oscuro.

Y entonces… algo brilló por encima del malnacido. Anne le había lanzado su daga, y la hoja se clavó en el hombro del atacante con un sonido sordo. El grito del hombre fue animal.

—¡Ahora, conde! —gritó Anne desde el suelo.

Benedict recuperó el aire como pudo y aprovechó la ventaja que ahora tenía. Tomó la empuñadura de la daga y la hundió más, obligando al hombre a retroceder y salir de encima suyo. Lo golpeó con la cabeza contra la pared. Una, dos, tres veces. Hasta que finalmente cayó al suelo, inconsciente. Tal vez había muerto. Pero no se molestó en comprobarlo.

Retrocedió unos pasos y apoyó la espalda contra la puerta, respirando con dificultad, cubierto de sudor y sangre. La muchacha se acercó, con la mirada encendida por la furia y observó a su atacante con desprecio.

—¿Él… él está… está muerto?

Benedict negó con la cabeza.

—No lo sé. Y no me importa —giró la cabeza hacia ella—. No puede quedarse aquí, lo sabe, ¿verdad? ¿Tiene otro sitio adónde ir?

Anne enderezó los hombros y trató de demostrarle que todo lo tenía bajo control.

—No, no tengo otro sitio, pero lo hallaré.

—Entonces se quedará conmigo esta noche —fue más una afirmación que una sugerencia.

—Billy necesita atención médica —dijo ella, tomando la mano del chico con fuerza.

El conde la observó. Estaba pálida, despeinada, los ojos húmedos y la piel marcada por los dedos de aquel monstruo. Y sin embargo, no lloraba. No se quebraba.

Esa mujer no era una criada común.

—La ayudaré a sacarlo de aquí —murmuró Benedict—. Pero después… tendremos una conversación muy seria, señorita Anne.

La muchacha alzó la vista, desafiante, aún temblando por lo ocurrido.

—¿Una conversación seria? —repitió en un tono asustadizo.

El conde se maldijo por agregarle otra preocupación más.

—Creo que ahora usted me debe un favor —contestó, observando al cerdo que estaba inconsciente en el suelo.

Ella se alarmó aún más.

—¿Qué clase de favor?

—Puede que necesite una doncella para mi residencia.

—¿Me está ofreciendo un empleo?

Así parecía. Y esa no era una mentira del todo. Cuando regresara a Londres, necesitaría a alguien que se encargara de los quehaceres de su residencia. Por lo menos, lo haría hasta que consiguiera una esposa.

—Tal vez sí, señorita Anne.

La muchacha le sonrió. Y por primera vez en años, Benedict sintió que una simple sonrisa podía desarmarlo por completo.

CAPÍTULO 11

BILLY dormía en la cama recién tendida, con el rostro aún pálido, pero su respiración ya estaba estable. Lo que significaba un gran alivio para Linda. Un médico local —pagado por el conde— lo había revisado. Él se había encargado de organizar el desastre que había en su habitación, a pesar de sus protestas, como si tuviera derecho a decidir por todos.

Tal vez Linda lo agradecía, pero Anne no soportaba que tomaran decisiones por ella.

Lord Lancostter había hecho preparar la habitación contigua para ellos, justo al lado de la suya. Y aunque no lo admitiera, estaba claro que quería tenerla cerca. El posadero no dejaba de balbucear disculpas mientras sus hombres retiraban el cuerpo del agresor; al parecer seguía con vida, aunque Linda esperaba que no por mucho.

Un escalofrío le recorrió la espalda, pero al ver dormir a Billy, supo que no podía quebrarse. No ahora. Estaba haciendo un gran esfuerzo por mantenerse entera.

El muchacho había arriesgado su vida por ella. Era lo menos que le debía. No sabía de qué lugar había sacado las fuerzas para defenderse de ese malnacido. Se llevó una mano al cuello; aún sentía sus dedos sobre la piel. El estómago se le revolvió.

La puerta se abrió sin que nadie tocara. El conde.

—¿Y bien? —preguntó con tono seco—. ¿El niño está mejor?

Linda se levantó de la silla, alisándose instintivamente la falda. No porque quisiera agradarle, sino porque detestaba parecer débil frente a ningún hombre nunca más. Margaret, la estafadora, se había aprovechado de ella al verla vulnerable, y no permitiría que eso volviera a suceder. No había derramado una sola lágrima, y se sentía orgullosa de ello.

Pero sabía que se quebraría cuando estuviera sola.

—Sí, Billy ya se encuentra mejor, milord. —Se aclaró la garganta —. El médico recomendó que debe hacer reposo al menos un par de día más —respondió, en un tono casual, como si nadie la hubiera lastimado minutos atrás.

—¿Y… usted cómo se siente, señorita Anne?

Linda alzó la barbilla y sonrió. Seguramente, su hermano Brandon le habría dicho que no debía acobardarse, que era una mujer fuerte; minutos atrás había demostrado que lo era.

—Con la fuerza suficiente para enfrentarme a quien sea.

La mirada arrogante de él se suavizó, y dio un paso hacia adelante.

—Señorita Anne, no debe… está bien si…

—¿Puedo ayudarle en algo más, milord? —lo interrumpió, antes de que la asustada Linda se lanzara a los brazos del conde en busca de consuelo y protección.

Él asintió, comprendiendo que no quería tocar más el tema. Sus ojos fríos recorriendo la habitación.

—Salimos al amanecer —anunció.

—¿Al amanecer? —repitió ella, sorprendida—. ¿No podemos quedarnos al menos un día más?

—No. Necesito llegar a Escocia cuanto antes. —La miró con arrogancia—. Y usted ya aceptó mi empleo. ¿O no fue así, señorita Anne?

Linda apretó los labios. Era cierto. Lo había hecho por necesidad, sí, pero también por algo más importante: Margaret. Se suponía que el destino de la estafadora también era Escocia. Debía hallarla para recuperar la medalla de su hermano.

—Le di mi palabra, milord —replicó—. Y, además… tengo cuentas pendientes en Escocia.

Él la estudió de arriba abajo con la mirada.

—¿Ah, sí?

Tal vez Linda había abierto su boca de más. Tragó saliva.

—Y quiero que Billy venga conmigo —añadió, señalando al joven con el dedo.

El conde alzó una ceja, intrigado.

—¿Quiere que él también venga con nosotros?

—Sí. Contrátelo como mozo de establo, ayudante… lo que sea. Hará lo que le pida, y trabajará el doble que cualquier otro —exigió, con la firmeza de la hija de un conde que aún habitaba en su interior.

Lord Lancostter entrecerró los ojos, evaluándola. Linda llevó las manos a la espalda, intentando ocultar el temblor que la traicionaba. Solo esperaba que Billy también estuviera de acuerdo cuando despertara.

—No suelo contratar niños débiles y desmayados —murmuró, con esa sonrisa que Linda ya empezaba a odiar.

—Y yo no suelo aceptar empleos de nobles engreídos —replicó de inmediato—. Pero aquí estamos, ¿no?

Abrió grande los ojos al darse cuenta de que no había respondido como lo haría una criada. Puede que se hubiera excedido un poco. El conde la observó en silencio durante unos segundos que se sintieron eternos. Luego, con una sonrisa apenas perceptible, asintió.

—Está bien —accedió y su corazón dio un brinco—. Él también vendrá. Pero no toleraré retrasos.

Se inclinó apenas hacia ella, con ese brillo peligroso en los ojos, y se humedeció el labio inferior antes de añadir:

—Y tampoco criadas descaradas.

El conde se volvió hacia la puerta, listo para marcharse.

—Milord… —lo detuvo Linda, dudando—. Lo que hizo esta noche… eh… gracias.

Él no giró por completo, solo ladeó la cabeza.

—No lo hice por usted —dijo con frialdad—. Detesto a los cobardes. Nada más.

Linda esbozó una sonrisa sarcástica.

—Qué caballeresco de su parte.

—Descanse, señorita Anne. Mañana será un día largo.

CAPÍTULO 12

EN LAS PRIMERAS horas del amanecer, Linda se encontraba subiendo el equipaje del conde al carruaje. Como Billy aún no podía hacer esfuerzo, fue ella quien ayudó a Edward, el lacayo de lord Lancostter. El hombre ya era mayor, y a ojos de Linda, no estaba en edad de realizar ese tipo de trabajo. Al conde, sin embargo, parecía no importarle demasiado. Frunció el ceño al verlo ingresar al carruaje y hundirse cómodamente en el asiento. «Cretino», pensó.

Apretó los labios mientras levantaba la última maleta. Parecía que el hombre transportaba un cadáver.

—Ya no debería hacer este tipo de trabajo, Edward —murmuró—. El conde debería ser más considerado con usted.

El lacayo arrugó el entrecejo mientras ajustaba una cuerda.

—Me pagan para hacer mi trabajo, señorita Anne.

—Pero…

—¿Acaso cree que soy un debilucho? —preguntó, lanzándole una mirada molesta.

Linda lo miró, sorprendida por su tono.

—¡No! Claro que no… solo me pareció injusto.

Edward resopló.

—Se nota que no me ha visto levantar dos barriles de vino sin pestañear. —Le guiñó un ojo—. No se preocupe por mí.

Ella sonrió, avergonzada. A veces olvidaba que no todos necesitaban que los protegieran.

—¿Lista, señorita Anne? —preguntó Billy, acercándose con paso más firme que la noche anterior. Aunque tenía ojeras, parecía entusiasmado.

—¿Y tú cómo estás, Billy?

—Como nuevo —respondió, levantando ambos pulgares con una sonrisa de oreja a oreja—. El conde me dijo que hoy voy a viajar con

Edward, para que aprenda a conducir. ¿Puede creerlo, señorita Anne?

Linda se enterneció.

—Te lo mereces. Estoy orgullosa de ti, Billy.

—Gracias, por todo. Si no fuera por usted...

—Estoy en deuda contigo, Billy. Anoche fuiste muy valiente. Siempre estaré agradecida contigo.

Las mejillas de él se enrojecieron.

Ella le revolvió el cabello con cariño, cuidando de no hacerle daño.

—Ahora ve, antes de que Edward se impaciente contigo.

Billy subió junto al lacayo, que ya sujetaba las riendas. Linda respiró hondo y se giró hacia el carruaje. Subió y cerró la puerta con cuidado. Dentro, el conde tenía el sombrero sobre el rostro, pero al oírla, se lo quitó lentamente y la miró. Una sonrisa perezosa, y un poco insolente, se dibujó en sus labios.

—Tardó demasiado —le reprochó.

—Alguien tenía que hacer su trabajo —replicó ella, acomodándose en el asiento frente a él.

—Oh, no sabía que había contratado a una criada respondona —murmuró en un tono que no supo si era enfado o diversión.

Linda lo ignoró, mirando por la ventana. No pensaba discutir a esa hora de la mañana.

—¿Sabe leer, señorita Anne? —preguntó de pronto, sacando un libro del bolsillo interior de su abrigo.

—Claro que sé —respondió, girando la cabeza hacia él.

Sin decir nada más, él le arrojó el libro, que ella apenas alcanzó a atrapar entre los dedos.

—Entonces léame —le ordenó—. Me aburro con facilidad.

Linda abrió el ejemplar y lo miró con escepticismo.

—¿Y qué hubiera ocurrido si le decía que no sabía leer?

—La hubiera despedido —contestó, y sonrió de lado… como si estuviera bromeando. O tal vez no.

Ella exhaló con fuerza, conteniendo el impulso de lanzarle el libro a la cara.

—Muy bien, milord…

—Comience, señorita Anne —murmuró él, acomodándose con los brazos tras la cabeza, como si estuviera a punto de disfrutar de un espectáculo.

Linda se aclaró la garganta y abrió la primera página. Apenas leyó el primer párrafo, su rostro cambió de inmediato. Los ojos se le abrieron ligeramente y el color comenzó a subirle por el cuello hasta teñirle las mejillas. El texto hablaba de caricias, suspiros, jadeos. Un relato de pasiones desbordadas entre una doncella y un caballero. Él le hacía cosas que…

Linda no pudo continuar.

Cerró el libro de golpe, apretando los labios.

—¿Qué clase de lectura es esta?

—Oh, una de mis favoritas —respondió el conde, sin inmutarse—. Pensé que podría ponerle un poco de emoción al viaje.

Linda lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Sabía perfectamente que él lo hacía a propósito, para incomodarla, para provocarla. Y lo peor era que lo lograba.

Volvió a abrir el libro con resignación, respiró hondo y retomó la lectura, esta vez con una voz más firme, sin dejar que la tensión en su pecho se filtrara en las palabras. Si el conde esperaba sonrojarla hasta hacerla escapar, tendría que esforzarse mucho más.

Aunque sus mejillas estuvieran tan rojas como un tomate.

CAPÍTULO 13

LORD LANCOSTTER observó a Linda por el rabillo del ojo mientras su voz firme seguía deslizándose por el interior del carruaje. Aunque había comenzado a leer visiblemente incómoda, ahora lo hacía con una naturalidad casi profesional. La entonación, la dicción, el ritmo... incluso las pausas dramáticas eran perfectamente calculadas.

«Una criada no lee así», pensó con creciente intriga.

Desvió la mirada hacia sus manos, eran delicadas, con dedos largos y elegantes, sin rastro alguno de callos o piel endurecida. Tampoco su postura era la de una doncella acostumbrada a servir: mantenía la espalda recta, el cuello erguido, y cada uno de sus movimientos parecía haber sido educado con esmero.

Entrecerró los ojos. ¿Quién demonios era en realidad?

—¿Dónde aprendió a leer así, señorita Anne?

Ella alzó una ceja, cerró el libro con calma y lo sostuvo sobre su regazo.

—Mi padre insistía en que la lectura era importante. Era comerciante, y tenía una librería en el centro de Londres. Me enseñó desde muy pequeña.

—¿Una librería? —eso lo sorprendió, aunque no tanto como hubiera querido fingir—. ¿Y qué sucedió? ¿Cómo ha terminado aquí?

La muchacha desvió la mirada hacia la ventana por un momento, luego la regresó hacia él para responder:

—La librería se incendió hace unos años. Lo perdimos todo.

Benedict quitó la sonrisa de su rostro.

—Lamento oír eso, señorita Anne —señaló su mano izquierda con el mentón y agregó—: Noto que no está casada.

Ella se cubrió la mano con el libro.

—No, no lo estoy.

La muchacha era bonita, tenía buenos modales —a veces no tanto hacia él— y tenía algo que no la hacía lucir como la hija de un

librero. Fácilmente podría haber sido institutriz, dama de compañía, pero había elegido ser criada. Su criada.

—¿Comprometida?

—No.

Él enderezó la espalda.

—¿Por qué se ha alejado de su familia?

Ella tensó los hombros. Definitivamente, su familia era un tema delicado para la muchacha.

—¿Estoy obligada a responder esa pregunta, milord?

—No, no lo está.

—Entonces preferiría no hablar de mi familia.

—¿Acaso le han hecho daño?

—¿Desea que continúe con la lectura, milord? —respondió ella con otra pregunta, dando por finalizado el tema.

—No.

Hubo un breve silencio, interrumpido solo por el traqueteo suave del carruaje.

—¿Y usted, milord? —inquirió, con un dejo de curiosidad en la voz—. ¿Qué asuntos lo llevan a Escocia?

—Iré a visitar a una amiga —contestó, encogiéndose de hombros, como si eso no significara nada—. Y luego regresaré a Londres. Debo ocuparme de encontrar esposa.

La muchacha frunció levemente el ceño, y él no pudo evitar sonreír ante su reacción.

—¿No le agrada la idea?

—No me agrada la forma en que lo ha dicho —replicó ella—. Como si estuviera hablando de comprar un caballo.

—Así es como lo vemos los nobles —dijo él con absoluta sinceridad—. No todos, claro. Hay excepciones. Como el vizconde Devontrille.

Ella volvió a tensarse, tan sutilmente que cualquiera no lo habría notado. Pero él sí.

—Romper un compromiso de toda una vida solo por amor —continuó Benedict—. Eso, en nuestra clase, es considerado un acto

escandaloso. Y, sin embargo, el vizconde lo hizo. Rechazó a su prometida, una joven sin gracia, al punto de olvidar su rostro si uno se la cruza. Sé que he hablado con ella alguna vez, pero no recuerdo ni su voz —se mofó.

La muchacha se le quedó mirándolo sin responder.

—Aunque, si hubiera estado en el lugar de Devontrille —siguió él —, habría hecho lo mismo. Su prometida era una criatura tan insulsa que uno olvidaría su existencia al instante. Fría, dicen. Educada, sí, pero sin alma. De esas mujeres que parecen hechas de porcelana. Demasiado perfectas para ser reales.

La joven seguía sin decir nada, pero él notó cómo sus labios se apretaron. Disfrutaba de esa ligera molestia que su comentario le provocaba. Le divertía. Su criada se enfadaba como si estuviese hablando de ella.

—Una mujer así solo sirve para lucirla en salones de bailes — agregó, con tono burlón.

Pero fue entonces cuando algo cambió. La mirada de ella se volvió densa, difícil de leer, como un velo en sus ojos. La tensión en su cuerpo ya no era leve: era contenida. El conde la estudió en silencio, por primera vez preguntándose si se había pasado de la raya.

Ella sonrió, pero no era una sonrisa genuina.

—¿Está seguro de que sabe tanto sobre esa prometida? ¿O solo repite los que otros dicen? ¿En algún momento se le cruzó por la cabeza que esa joven probablemente tampoco quería ese compromiso? —le cuestionó.

Él parpadeó.

—¿Por qué debería interesarme la vida de la hija del conde Willoughby, señorita Anne? —replicó—. Agradezca no pertenecer a ese mundo.

—Solo digo que no debería hablar de lo que no sabe, milord. A veces, incluso las figuras de porcelana pueden romperse… y mostrar lo que realmente hay dentro.

Y ella volvió a abrir el libro.

Lancostter se recostó en su asiento, cruzando los brazos detrás de la cabeza. Una sonrisa le bailaba en los labios, pero esta vez no era tan confiada como antes. Había algo en esa mujer que no terminaba de encajar.

Y eso, lejos de incomodarlo, comenzaba a fascinarlo.

CAPÍTULO 14

EL CARRUAJE se detuvo con un leve chirrido en medio del camino. Linda se incorporó, alarmada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, asomando la cabeza por la ventana.

El conde Lancostter ya había descendido, luego se volvió hacia ella.

—Los caballos necesitan beber agua —respondió, señalando una pequeña fuente natural al costado del sendero—. No se preocupe, no estamos siendo atacados. Todavía.

Linda puso los ojos en blanco, aunque en el fondo se sintió aliviada. Salió del carruaje y estiró las piernas tras tantas horas de encierro. El aire era fresco, casi frío, y el aroma a pino mojado le aclaró un poco la cabeza. Caminó unos pasos, alejándose del coche, fingiendo mirar los árboles, pero en realidad estaba intentando controlar la punzada que aún le latía en el pecho.

Las palabras del conde sobre la antigua prometida del vizconde Devontrille aún daban vueltas en su mente como un eco malicioso: *«Insulsa. Sin alma. De porcelana».*

Lo peor no era lo que él había dicho. Lo peor era que, tantas veces, ella misma lo había sentido. Como si no importara cuánto se esforzara, cuánto supiera o cuánto soñara con ser libre, siempre era devuelta a su sitio. Un adorno. Un deber. Una hija bien educada. Una prometida que debía lucir perfecta. Nadie se preocupó por saber qué quería ella.

Ni siquiera Linda se lo preguntaba.

Era una marioneta que solo obedecía lo que le decían. Suspiró, cruzando los brazos sobre el pecho. Sintió que alguien se acercaba, y no necesitó girar la cabeza para saber que era él.

—¿Acaso se encuentra molesta conmigo, señorita Anne? —dijo el conde, con esa voz suya tan arrogante.

Linda no podía enfadarse con él por lo que pensaba de *lady* Linda Willoughby. Pero si algo tenía claro, era que ya no volvería a ser esa mujer. No más.

—¿Y si le dijera que sí? —replicó sin mirarlo.

—Me sentiría halagado —respondió él con una sonrisa apenas perceptible—. Querría decir que mis palabras le importan.

Linda apretó la mandíbula. Ese hombre tenía el don de ponerle los nervios de punta.

—Debe saber que no todas las mujeres desean ser exhibidas en bailes o lucir como porcelana, milord —murmuró, molesta—. Algunas solo intentan sobrevivir. O escapar.

Él no respondió de inmediato. Caminó hasta ella y se detuvo a su lado, observando el bosque que los rodeaba.

—¿Escapar de qué, señorita Anne?

Ella tragó saliva. Había abierto otra vez su boca de más.

—De los límites que otros deciden por nosotras —respondió en un tono más calmo—. De lo que se supone que debemos ser. Ser mujer en este mundo no es tan sencillo, no todos corren con su suerte, milord.

—¿Mi suerte?

—Es un caballero y eso le permite moverse en este mundo como quiera.

—Usted también puede hacerlo.

—Al ser una dama, sería juzgada.

Benedict se encogió de hombros.

—Ahora lo está haciendo y parece no importarle.

Y eso era cierto. Anne Brown era una mujer libre.

Hubo un silencio denso. Entonces, el conde cambió el tema sin previo aviso.

—¿Alguna vez ha lanzado una daga? Aparte de la noche que…

Linda lo miró con una ceja arqueada.

—¿Disculpe?

—Una daga. Un arma *arrojadiza*. ¿No? Pensé que en su antigua vida quizá tuvo lecciones de defensa personal.

A su madre le hubiera dado un ataque al corazón si la hubiera visto con una daga en la mano. Pero cuanto hubiera necesitado aprender a defenderse, sobre todo cuando se cruzaba a malnacidos. Sacudió la cabeza para quitarse de la mente la imagen de aquella noche en la posada.

—Mi antigua vida consistía en atender una tienda de libros y caminar con gracia. Dudo que me hubieran enseñado a apuñalar algo más peligroso que una naranja.

Él sonrió con diversión. Luego, extrajo una daga de su cinturón y la sostuvo frente a ella por el mango.

—Entonces aprenderá conmigo, señorita Anne.

Linda lo observó con recelo, pero algo en su pecho, quizás una necesidad de sentirse fuerte, la impulsó a aceptar. Tomó la daga con ambas manos.

—¿Y si la lanzo y rebota contra mi cara?

—Eso lo sabremos en segundos.

—Muy alentador, milord.

El conde volvió a reírse. Luego se acercó por detrás y, con una naturalidad que le cortó el aliento, posó las manos sobre sus brazos, guiándola.

—No se trata de fuerza, sino de intención —murmuró junto a su oído y sintió su cálido aliento contra su piel—. El movimiento es limpio, como una danza. Vea…

Linda contuvo la respiración. Su espalda rozaba su pecho, y el calor que irradiaba su cuerpo la desarmaba más que cualquier daga. Él llevó sus manos hacia atrás, luego hacia delante, simulando el gesto.

—Ahora, usted, señorita Anne.

Ella lo imitó, y la daga salió disparada, golpeando un lado del árbol.

—¡Tonterías! —exclamó Billy desde el carruaje—. Yo puedo hacerlo mejor.

El joven Billy bajó de un salto del carruaje. Corrió hacia ellos, agachándose dramáticamente para recoger una ramita del suelo.

—¡Mi turno! —proclamó, imitando la voz grave del conde—. ¡En guardia!

La sostuvo como si fuera una espada, pero luego cambió de idea y la empuñó como si fuera una daga, imitando la postura que había visto. Cerró un ojo, apuntó hacia el árbol y lanzó la ramita con toda la fuerza que sus quince años y su entusiasmo le permitieron.

La rama voló torpemente por el aire y terminó impactando de lleno en la cabeza de Edward, el lacayo del conde, quien en ese momento estaba agachado llenando una cantimplora cerca de los caballos.

—¡Agh! —gruñó el hombre, levantándose de golpe, con cara de pocos amigos.

—¡Ay, Edward, lo siento! —gritó Billy, llevándose las manos a la boca mientras contenía la risa.

—¡Vigile a su cachorro, milord! —rezongó el lacayo.

—Lo siento, Edward, ha sido un ataque sorpresa —se mofó el conde.

Linda no pudo evitar soltar una carcajada, más fuerte de lo que pretendía. Fue como soltar una presión acumulada que llevaba en el pecho. Por primera vez en días, se sintió ligera.

El conde la miró entonces, con una chispa divertida en los ojos. No había notado antes que tenía una cicatriz en uno de los pómulos. No la había notado porque encajaba a la perfección con su rostro. Había algo diferente en él cuando se reía de verdad. Algo humano. Tal vez incluso… tierno.

—¿Por qué me ayuda? —preguntó Linda, de pronto, con la voz más suave. Ya no se refería solo a la daga.

Él la observó en silencio por un segundo más largo de lo normal. Luego encogió un hombro, sin perder su expresión irónica.

—Porque si nos atacan, preferiría no tener que protegerlos yo solo.

Linda sonrió, no por la broma, sino por lo que no dijo. Lo observó mientras se inclinaba para recoger la daga del suelo. Al devolvérsela,

sus dedos rozaron los suyos. Y aunque se dijo a sí misma que no debía… que no podía confiar en él…

La aceptó.

CAPÍTULO 15

LINDA se encontraba sentada sobre una roca, tallando con una ramita el polvo a sus pies, cuando Edward se acercó al conde, murmurando algo que no alcanzó a oír.

—Tendremos que buscar más provisiones —dijo finalmente el lacayo, lo bastante alto como para que todos lo oyeran—. Ya no somos dos, sino cuatro. Y la comida no se multiplica con la buena voluntad, milord.

El conde, que se encontraba estirado sobre una manta al costado del carruaje, apoyó un brazo sobre los ojos y suspiró con dramatismo.

—No te preocupes, Edward, mandaremos a los más jóvenes por provisiones. Yo necesito una siesta o moriré de fatiga.

Linda puso los ojos en blanco.

—Dios nos libre de su sufrimiento, milord —murmuró con ironía.

Billy dio un paso adelante con entusiasmo.

—¡Yo puedo ir! Conozco de compras, y sé regatear como un experto.

—Con que no regatees con ladrones, me basta, muchacho —masculló Edward.

—Yo también iré —anunció Linda, sin darle tiempo al conde de objetar—. No pienso quedarme a ver cómo él ronca.

—¿Roncar? —replicó el conde, alzando la cabeza como un gato molesto—. Señorita Anne, yo no ronco. Sus acusaciones son cada vez más ofensivas.

Ella le dedicó una reverencia burlona. El conde bufó y rebuscó entre sus cosas hasta sacar un monedero que lanzó en dirección a Linda.

—Compren lo necesario y no se extravíen —les pidió—. No pienso salir a buscar cadáveres entre los árboles.

Linda atrapó el monedero al vuelo y se lo guardó en el bolso. Luego echó a andar con Billy al lado, aún sonriendo ante la actitud exagerada del conde.

—¿Ronca, verdad? —preguntó el muchacho en voz baja, divertido.

—Como un dragón viejo —respondió Linda con picardía, lo que provocó una risita conspirativa entre ambos.

El camino al pueblo más cercano no era largo, pero sí lo bastante extenso como para que Billy pudiera hablar sin pausa. Y lo hizo. Durante todo el trayecto.

—¿Sabía que el conde va a enseñarme a montar a caballo? —empezó—. Dice que un buen mozo de cuadra debe conocer la nobleza de los animales. ¡Y también me va a enseñar a usar espadas! Bueno, al menos eso entendí. Y dagas, claro. ¿Acaso vio cómo él lanza las dagas? ¡Es como un caballero de verdad! Y tiene tantas cicatrices… son como medallas de guerra. ¿Creé que alguna vez mató a alguien?

Linda soltó una risa seca.

—¿Por qué no se le preguntas directamente?

—¡Lo haré! Pero necesito que me vea fuerte primero. Como un escudero. Ya verá, señorita Anne, voy a ser el mejor mozo que haya tenido jamás.

—No dudo que lo lograrás, Billy —dijo Linda, aunque su tono sonaba más cansado que alentador.

El muchacho se giró hacia ella con una sonrisa maliciosa.

—No se ponga celosa, señorita Anne.

Linda frunció el ceño.

—¿Celosa? ¿De qué?

—De que hable tanto de lord Lancostter. Pero no se preocupe, usted también es valiente. Hasta sabe lanzar dagas… bueno, más o menos.

Ella soltó una carcajada, esta vez sí era genuina.

—Gracias, Billy. Eres muy generoso con tus comparaciones.

—¡Y el conde también tiene estilo! No cualquiera puede correr por un bosque con barro en los zapatos y seguir pareciendo elegante.

—Ya basta —le dijo, todavía riendo—. Si vuelves a mencionar al conde, te haré comer pino seco.

Billy hizo el gesto de cerrarse la boca con una llave invisible y guardó silencio, pero lo hizo por unos segundos.

El sendero se abrió y dio paso a una vista del pueblo más cercano, una aldea pequeña, rodeada de una valla baja y casas de piedra y madera. En la plaza no había mucho movimiento, pero algunos puestos aún ofrecían mercancías y pan recién horneado. Linda se ajustó el bolso, lista para buscar provisiones para el viaje, cuando notó que Billy se detenía en seco a su lado. Su rostro, lleno de entusiasmo hacía apenas un momento, se tornó pálido.

—¿Qué sucede? —preguntó, notando que él se aferraba a su brazo con fuerza.

—Es él… —susurró Billy—. ¡Lo juro, es él! Ese hombre de allá… el que está junto al puesto de manzanas. ¡Trabaja para Margaret!

Linda entrecerró los ojos, enfocando al sujeto. Era robusto, de barba irregular y llevaba un sombrero que le cubría parte del rostro. No parecía llamar la atención de nadie más, pero su andar no era el de un campesino común. Y lo más importante: su mirada se movía de un lado a otro con cautela.

—¿Estás seguro? —preguntó Linda, en voz baja.

Billy asintió con fuerza, todavía sujetándola del brazo.

—Lo vi una vez con Margaret. Es uno de sus hombres. ¡Estoy seguro de eso, señorita Anne!

Linda pensó por un segundo qué hacer. Tenían dinero, debían comprar provisiones y regresar cuanto antes. Pero si ese hombre estaba allí, podría llevarlos hasta la estafadora. Podría ser su única oportunidad de anticiparse a su próximo movimiento y recuperar la medalla de su hermano Brandon.

—Lo seguiremos —dijo con firmeza, soltándose del agarre de Billy —. Pero con cuidado. No hagas ruido, y no te separes de mí.

Billy asintió en silencio, y ambos se deslizaron entre los puestos, manteniéndose a una distancia prudente. El hombre del sombrero no parecía haberlos visto. El corazón de Linda latía con más fuerza a cada paso.

De pronto, la sombra de Margaret apareció, con esa sonrisa arrogante que Linda jamás olvidaría, y se unió a su cómplice. Ella apretó los puños a los costados del cuerpo al verla. Aquella mujer la había engañado una vez, pero no volvería a caer en su juego.

Margaret se separó del hombre, y ellos comenzaron a seguirla. No dejaría que huyera otra vez.

CAPÍTULO 16

EL CALLEJÓN era angosto, flanqueado por paredes de piedra y montones de basura húmeda. No había más que una única salida, y Margaret caminaba directo hacia ella, sin saber que la trampa ya estaba cerrándose a su alrededor. Linda contuvo la respiración, aferrada el mango de la daga que oculta en su falda. Billy le hizo una seña con la cabeza y ambos dieron un paso al frente, cerrándole el paso.

Margaret se detuvo en seco. Su rostro pálido se contrajo en una mueca de sorpresa. Era evidente que no esperaba verlos allí. Probablemente, nunca hubiera imaginado que una ingenua como ella hubiera ido tras sus pasos.

—¿Anne, querida? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Linda avanzó un paso más, erguida, con la mirada firme.

—Hola, Margaret.

—¿Margaret? —repitió—. ¿Acaso has olvidado mi nombre, querida? Soy Vera.

—Tú no eres Vera. No tienes hijos y tampoco eres una viuda desahuciada.

Margaret palideció de golpe, como si ese simple cruce de palabras la hubiese desarmado por completo.

—Así que… ya lo sabes todo —murmuró, bajando la vista por un instante—. Supuse que te enterarías tarde o temprano. Pero no esperaba que fuera tan pronto.

—¿Esperabas qué? ¿Qué me quedara llorando en un rincón por todo lo que me robaste? —Linda desenfundó la daga con un solo movimiento y se la mostró con la punta apuntando hacia ella—. Devuélveme lo que es mío, Margaret. La medalla, las joyas, mi dinero… todo.

Margaret alzó las manos en un gesto de paz, aunque Linda no se dejó engañar por su actitud. Abrió los ojos de par en par al ver que en su cuello colgaba la medalla de Saint George, la misma que había pertenecido a Brandon, su hermano. Solo con verla, una oleada de rabia e impotencia le recorrió el cuerpo. El descaro de esa mujer al llevarla puesto era insoportable.

—No tengo todo conmigo —dijo Margaret, con una sonrisa forzada—. Pero puedo llevarte las cosas. Solo dime dónde estás quedándote.

Linda avanzó un paso más y, en un movimiento firme, le arrancó la medalla del cuello. Margaret soltó un leve jadeo, pero no opuso resistencia.

—No voy a confiar en ti otra vez —le espetó Linda, mientras guardaba la medalla con sumo cuidado dentro del bolso—. Ya fui bastante estúpida una vez. Creí en cada palabra tuya. En cada historia falsa. ¡Hasta lloraste frente a mí!

—No era todo mentira —replicó Margaret—. Solo necesitaba el dinero. No pensaba herirte, Anne. Pero tú… tú lo hiciste demasiado fácil y no pude resistirme.

La daga titiló al sol cuando Linda la alzó y la acercó al cuello de Margaret. Solo unos milímetros la separaban de su piel.

—Escúchame bien —le dijo, con voz firme, mirándola a los ojos —. Vas a devolverme todo lo que me robaste. Y más te vale no mentirme, Margaret. Porque si lo haces, te juro que te encontraré y la próxima vez no me va a temblar el pulso.

—Y será mejor que la escuches —intervino Billy desde un costado, con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos, como si ocultara un arma, aunque no lo hiciera—. Estamos viajando con un conde. Uno de verdad. Poderoso. No te gustaría hacerlo enojar.

Margaret giró la cabeza lentamente hacia él, con desconfianza.

—¿Un conde?

—Sí —dijo Billy, inflando el pecho—. Uno que lanza dagas como si fueran plumas. Que tiene cicatrices en el rostro por haber sobrevivido guerras. Que cabalga como un demonio y duerme con

un ojo abierto. ¿Quieres saber qué hace con las personas que traicionan a su gente?

¿Dormía con un ojo abierto? De hecho, dormía con la boca abierta para roncar. De igual modo, Linda asintió con una sonrisa fría.

—Digamos que él no es del tipo que perdona. Si se entera que alguien se atrevió a tocar lo que es suyo… o de quienes están bajo su protección, bueno… ni el bosque entero podría esconderte, Margaret —exageró el muchacho.

Margaret tragó saliva. Por primera vez, parecía temerosa de verdad. Sus ojos se clavaron en la daga, luego en la bolsa de Linda, y por último en el rostro imperturbable del muchacho a su lado. Billy no tenía estatura de guerrero, pero su mirada era firme, determinada. Como si creyera cada palabra que había dicho. Como si realmente fuera capaz de cualquier cosa para proteger a Linda o a su misterioso conde.

—Está bien —dijo finalmente Margaret, bajando la mirada—. Les llevaré sus cosas esta noche. A la posada de las Tres Lunas. Me hospedo cerca. ¿Les parece bien?

—No nos estamos hospedando en ningún lugar —replicó Linda, sin bajar la daga—. Estamos acampando en el bosque, al norte. A una hora de aquí. Quiero todo allí antes de que caiga la noche. ¿Entendido?

Margaret asintió, con el rostro tenso.

—Entendido.

—Si no apareces —añadió Billy—, el conde saldrá a buscarte. Y no querrás conocerlo enfadado.

Linda bajó la daga con lentitud. La tensión seguía flotando en el aire. Dio un paso atrás, sin quitarle la vista de encima.

—Nos vamos.

Billy asintió y la siguió mientras se alejaban por el callejón, dejando a Margaret clavada en el mismo lugar.

Linda sacó el medallón del interior del bolso y se lo colocó alrededor del cuello. Su hermano Brandon estaría orgulloso de ella

por haberlo recuperado. Todavía no podía creer lo que acababa de hacer. Las piernas le temblaban y su pulso seguía acelerado. Había confiado en esa mujer, pero había aprendido una lección: nunca más bajaría la guardia.

CAPÍTULO 17

EL CONDE estaba terminando de limpiar su rifle de caza cuando los vio acercarse por el sendero que bajaba desde el pueblo. Anne y Billy venían algo despeinados, con las ropas manchadas de polvo, pero también con las alforjas llenas. Al menos, habían conseguido las provisiones. Edward, que estaba atizando el fuego junto a las carpas, se incorporó al verlos llegar.

—Nos cruzamos con alguien en el pueblo —comentó Anne, dejando una bolsa de pan junto al fuego—. La mujer que robó todas mis pertenencias en la posada. Se hizo pasar por Vera Carter, una viuda empobrecida, pero su verdadero nombre es Margaret.

Benedict alzó lentamente la mirada, intrigado por lo que acababa de oír.

—¿Y? —la instó para que continuara.

—La confrontamos —respondió ella, llevándose las manos a las caderas—. Le exigí que me devolviera mis cosas. Hasta puse mi daga cerca de su cuello —le contó.

Benedict soltó un silbido.

—Bien hecho, cielo.

—Quedamos en que va a traer todas mis cosas esta noche —continuó Anne, con la voz tensa, como si no estuviera tan segura de sí había hecho lo correcto.

—La amenazamos, milord —agregó Billy, con una sonrisa orgullosa—. Le dijimos que estaba tratando con la protegida de un conde poderoso, peligroso, que podía matarlos a todos si se le daba la gana.

El conde soltó una carcajada tan fuerte que hasta los pájaros del bosque salieron volando.

—¿Qué? —preguntó Billy, confundido—. ¡Esa fue una buena jugada! Si hubiera visto el rostro que puso Margaret, milord.

El conde se pasó una mano por el pelo, conteniendo otra risa. Luego se puso de pie, caminó hacia ellos y los miró como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—¿Dicen que le dijeron a una ladrona, una estafadora profesional, en qué parte del bosque estamos acampando y que están bajo la protección de un conde? —preguntó con tono casi paternal.

Linda frunció el ceño.

—¡No íbamos a dejarla ir así nomás! —se defendió ella.

—¡Por todos los dioses! ¡Son más tontos de lo que pensaba! —dijo el conde, ahora ya sin rastro de humor—. ¡Le dieron toda la información que necesitaba! Ubicación exacta, y además el incentivo perfecto: que están viajando con un noble. ¿Qué creen que va a pasar ahora? ¡Va a venir con más ladrones, armados hasta los dientes, sabiendo que aquí puede haber tesoros, armas, o alguien a quien secuestrar por un rescate!

Billy abrió la boca, pero no dijo nada. Linda bajó la mirada, claramente dolida.

—Yo… eh, lo siento, milord. Creímos que la estábamos intimidando —murmuró la muchacha con tanta sinceridad que Benedict casi se sintió culpable por haberle gritado—. Pensé que, si creía que no estábamos solos, Margaret se asustaría.

El conde la observó un instante. Esa joven tenía agallas, sí. Pero también una ingenuidad que podía costarles la vida. Caminó hasta la carpa más cercana y llamó sin girarse:

—Edward. Tráeme las armas de caza. Todas. Ahora.

El lacayo no dudó. Se apresuró a buscar los rifles, el arco, incluso una ballesta pequeña que el conde usaba cuando quería divertirse con blancos lejanos. La muchacha lo siguió con la mirada, como si quisiera pedirle que no los juzgara tan duro.

—Escuche, señorita Anna —dijo el conde, girándose al fin hacia ella—. Empiezo a entender por qué la estafaron la primera vez. Tiene buen corazón, pero en este mundo, eso no es suficiente. Una mujer así no sobrevive mucho en los caminos.

—¡No soy tan tonta como cree! —replicó su criada, dolida.

—Espero que eso sea cierto —dijo él, tajante—. Porque si no tiene cabeza fría, lo va a pagar caro.

—*No es la primera vez que escucho eso* —susurró ella.

—¿Cómo dice?

—Tal vez Margaret esta vez sí me ha dicho la verdad.

Benedict sacudió la cabeza.

—¡Por los clavos de Cristo, muchacha tonta! No debe confiar nunca en las palabras de una estafadora.

—Confió en usted…

¿Confiaba en él? En ese momento, un crujido en el bosque hizo que todos giraran la cabeza.

—¿Lo escucharon? —murmuró Billy.

No hizo falta repetirlo. El sonido de pasos se multiplicó entre los árboles. Ramitas quebradas. Voces en susurros. Luego, apareció una mujer de cabello castaño. Supuso que debía ser Margaret. Ella irrumpió en el claro como una sombra arrogante, rodeada por cinco hombres con ropas oscuras y armados. Uno de ellos llevaba un garrote. Los otros: escopeta, un cuchillo y lo que parecía un sable viejo robado de algún museo.

—Vaya, vaya —dijo Margaret, sonriendo con una tranquilidad que erizaba la piel—. ¿Con que no mintieron donde estaban? —se inclinó para hacer una grotesca reverencia y añadió—: Buenas tardes, ¿milord?

Anne se puso tensa, pero no retrocedió.

El conde dio un paso al frente, sin expresión, como quien observa una cucaracha antes de aplastarla.

—¿Así que has traído a tus perros? —murmuró él, en un tono áspero.

—Mis hombres —aclaró Margaret—. Por si acaso. Una nunca sabe cuándo puede encontrarse con algún temible aristócrata.

Los ojos de Margaret brillaban de burla, pero también de codicia. Su mirada recorrió las carpas, los baúles cerrados, los rifles que Edward ya había empezado a repartir.

—¿Ese eres tú, entonces? ¿El conde valiente que hará que implore por mi vida?

Lord Lancostter no respondió de inmediato. Solo la miró con una calma helada. Dio un paso más. Otro. Y luego otro. Hasta estar lo suficientemente cerca como para que ella viera la cicatriz que le cruzaba el pómulo izquierdo. No dijo su nombre, ni título. Solo le sostuvo la mirada con tal intensidad que uno de los hombres de Margaret bajó ligeramente el cuchillo, como si hubiera sentido un escalofrío.

—Tienes una oportunidad —murmuró él, sin elevar la voz—. Una sola. Dejas las cosas que le robaste a la muchacha. Das media vuelta y desapareces con tus secuaces.

—¿Y si no? —replicó Margaret, aunque la sonrisa empezaba a flaquearle.

—Si no —dijo el conde, mientras Edward le alcanzaba el rifle con una expresión impasible—, te daré una clase práctica de lo que significa meterse con un noble de verdad.

Apuntó con el arma al suelo. El clic metálico del seguro retumbó como una sentencia en medio del silencio que se había hecho.

—A veces —añadió, sin apartar la mirada—, es mejor dejar dormir a la bestia.

CAPÍTULO 18

LINDA no tuvo tiempo de advertirle a lord Lancostter sobre el hombre que había aparecido de la nada y se abalanzó sobre él. Todo sucedió en un suspiro. El crujido seco de una rama. Un movimiento brusco. Y, de pronto, un golpe sordo. El conde cayó al suelo como un saco de harina, con un hilo de sangre deslizándose por su sien.

—¡Milord! —gritó Linda, soltándose del agarre de uno de los hombres de Margaret, pero fue en vano. Otro la tomó por los brazos y la empujó al suelo.

Billy forcejeó con energía, pero también fue reducido. Edward intentó alcanzar la ballesta, pero un garrote lo hizo caer de bruces sobre la hierba. Los ladrones no tardaron en maniatar a todos. Linda sintió la cuerda rasparle la piel mientras sus muñecas eran atadas a la espalda. A su lado, Billy se quejaba en voz baja. Miró al conde de reojo y él seguía inconsciente.

—Revisen el carruaje. Revisen todo —ordenó Margaret, caminando como si fuera la dueña del lugar.

Los hombres se dispersaron, revolviendo baúles, volteando bolsas, levantando mantas. Uno encontró una caja de monedas y silbó con satisfacción. Otro sacó un rifle y lo alzó como si hubiera ganado un premio.

Linda no apartaba la vista del conde. Su corazón latía con fuerza. Lo había visto desafiante, implacable, astuto hacía solo un momento. Pero ahora él yacía inmóvil, vulnerable. Trató de quitarse la soga de las muñecas, pero fue imposible. Se giró al notar que Margaret se le acercaba.

—Estás temblando, Anne —dijo la mujer con una sonrisa ladina, agachándose junto a ella.

—No tengo miedo de ti —respondió Linda, alzando el mentón.

Margaret inclinó la cabeza, divertida.

—Quizás no deberías, pero… ¿qué tal si supieras que sé quién eres realmente?

Linda frunció el ceño, fingiendo no entender.

—No sé de qué hablas.

Margaret se inclinó un poco más, hasta que su voz fue apenas un susurro entre ellas.

—¿Ah, no? Yo creo que sí, lady Linda, hija del conde de Willoughby. La joven que desapareció sin dejar rastro justo después de que se anunciara el rompimiento de su compromiso con lord Devontrille. ¡Ah! ¡Qué escándalo fue eso! Lo leí en el *London Herald*. La noticia salió en primera plana.

El rostro de Linda se puso blanco.

—Me confundes con otra persona, soy Anne Brown, hija de un comerciante. Un librero —respondió, haciendo un gran esfuerzo para que la voz no le temblara.

Margaret extendió un brazo y sujetó la medalla que colgaba en su cuello y leyó la inscripción que tenía grabada: «Brandon Willoughby». Luego regresó la vista a su rostro con una sonrisa burlona y agregó:

—¿Aún insistes de que eres Anne Brown?

Linda tragó saliva. Que Margaret supiera su secreto no era nada bueno.

—…No digas nada —pidió, en un hilo de voz.

Margaret levantó una ceja.

—¿Y por qué no lo haría? Con esa información, podría pedir un rescate y vivir como una reina.

—Por favor. Te lo estoy pidiendo como mujer —sus ojos se llenaron de lágrimas que se negó a dejar caer—. Sé que no te importa, pero sabes lo que es escapar para sobrevivir. No me delates.

Margaret la miró un largo instante. Luego se incorporó, con una mueca pensativa. Antes de poder decir algo, un grito de uno de sus hombres la sobresaltó.

—¡Se ha despertado!

El conde había abierto los ojos. Y no solo eso. De algún modo, había logrado soltarse. Se abalanzó sobre Margaret como un león herido, la sujetó por el cuello del vestido y le apuntó con el rifle que Edward, desde el suelo, había logrado deslizarle.

—¡Quietos todos! —rugió con voz grave. Un hilo de sangre corría por una de sus cejas. Margaret forcejeó, pero él la inmovilizó con facilidad—. Uno solo que intente hacer algo estúpido, y la única que recibirá el disparo será su jefa.

Los ladrones se congelaron. Nadie se atrevía a dar un paso.

Linda, desde el suelo, observó la escena con el corazón en la garganta. Un movimiento en falso, todo se iría al demonio. Luego, sin saber muy bien por qué, hizo algo imprudente. Inspiró profundo. Y se soltó a hablar como si fuera la misma reina:

—¡Bueno, ya basta de tantas tonterías! —bramó, lanzando una mirada fulminante alrededor—: ¡Esto parece un drama de Shakespeare mal montado!

El conde giró la cabeza hacia ella, sin entender lo que estaba haciendo. Margaret soltó una risa. Y uno de sus hombres se tapó la boca para no soltar una carcajada.

—¡Quiero decir! —continuó Linda, erguida como si no tuviera aún las manos atadas—. ¿Qué sigue, una espada y un duelo al amanecer? ¡Por favor! Si se van ahora, todavía pueden conservar algo de dignidad y no solo sus calzones.

Y esta vez, Margaret se rió abiertamente.

—Por los cielos, muchacha, sí que tienes agallas. De verdad.

Le hizo una seña a sus hombres.

—Suelten lo que han recogido. Nos vamos.

Uno a uno, dejaron las armas, las bolsas, las monedas. Edward empezó a levantarse, ayudando a Billy a desatarse. El conde, sin soltar a Margaret, la escoltó hasta el límite del claro.

Antes de irse, Margaret se detuvo frente a Linda.

—Es más valiente de lo que parece, lady Willoughby —le dijo en voz baja, con una mezcla de respeto y picardía.

Linda no respondió. Solo la miró con firmeza, ocultando el temblor en sus manos. Sabía que ese nombre, su nombre verdadero, podía cambiarlo todo si llegaba a los oídos equivocados. Pero por ahora, el secreto seguía a salvo.

Y ella también. Respiró aliviada.

CAPÍTULO 19

LA TORMENTA seguía arremetiendo como si el cielo entero hubiera decidido caerles encima. Linda sintió el carruaje detenerse de golpe, tuvo que sujetarse al asiento para no salir volando. Afuera, el viento silbaba con furia entre los árboles. Un trueno rugió tan cerca que juraría haberlo escuchado dentro de sus huesos.

Desde el pescante, Edward y Billy alzaron la voz por encima de la tormenta:

—¡Milord, no podemos seguir! El camino está intransitable.

—El barro ya casi se traga las ruedas —añadió Billy.

Linda se asomó por la ventanilla, apenas lo justo para no mojarse el rostro. A través de la cortina de agua, distinguió una edificación más parecida a un establo que a un refugio. Una posada perdida entre la nada.

—Hay una posada —avisó Edward, señalándola con la barbilla—. Poca cosa, pero servirá para pasar la noche, milord.

El conde se cubrió los hombros con su capa, resopló, cansado, y murmuró:

—Definitivamente, este es el peor viaje de mi vida. Y pensar que se suponía que sería mi último viaje antes de entrar en la pesadilla del matrimonio.

Lidia apretó los labios.

—¿Y alguna vez pensó que tal vez usted sería la pesadilla de esa dama? —cuestionó, molesta.

Él la miró, alzando una ceja.

—Empiezo a creer que el nominador común de mis problemas es usted, señorita Anne.

Lord Lancostter bajó del carruaje antes de que ella tuviera oportunidad de replicar. El corazón se le detuvo. Incluso bajo la lluvia parecía mantenerse inmutable, como si la tormenta respetara su presencia. Todavía recordaba cómo había enfrentado a Margaret

y a sus hombres; en ese instante, su aire de libertino había desaparecido para dar paso a un guerrero.

Él le tendió una mano, y Linda vaciló apenas un segundo antes de aceptarla. Su contacto estaba frío por la lluvia, pero la corriente que le recorrió el brazo fue incendiaria. Una descarga, peligrosa y eléctrica, le subió por la piel, despertándole cada fibra que su cuerpo tenía dormida.

Al entrar a la posada, el olor a madera húmeda, hollín y sopa recalentada le revolvió el estómago. Un fuego moribundo chisporroteaba en la chimenea como si también estuviera buscando excusas para no estar allí. El conde avanzó hacia el mostrados y apoyó un brazo en la madera.

—Necesito tres habitaciones —exigió.

El posadero tragó el sándwich que tenía en las manos y le dedicó una sonrisa grasienta.

—Lo siento, milord, pero la tormenta ha hecho que no me queden tres habitaciones disponibles.

Linda lanzó una mirada fugaz al conde. Él ni pestañeó.

—¿Cuántas tiene disponible?

—Solo queda una habitación, pero es de la que está en mejores condiciones —dijo el posadero, secándose las manos en un trapo—. Y también tengo el establo, claro. Allí pueden quedarse sus criados.

Linda se alarmó. ¿Tendría que dormir en el establo? Debía recordar que la vida de Anne Brown era así: la de una simple criada al servicio de un lord.

El conde aceptó sin titubear y lanzó una mirada rápida a Edward y Billy, quienes intercambiaron una sonrisa resignada antes de dirigirse hacia el establo con una lámpara, dejando una huella de agua a su paso.

Ella comenzó a seguirlos en silencio, unos pasos detrás.

—¿Qué cree que está haciendo, señorita Anne? —preguntó el conde.

Linda se detuvo y se giró para mirarlo.

—Iré al establo —respondió, con tono evidente.

—Dormirá en la habitación conmigo.

—Pero…

—¿Qué tal si necesito que me lea para poder dormir?

Ella entrecerró los ojos. Sus libros no eran precisamente material para conciliar el sueño.

—Milord…

El conde se llevó una mano a la cabeza y se tocó la herida que le hicieron los hombres de Margaret.

—Necesito que me ayude a cambiar el vendaje.

Las mejillas de Linda se sonrojaron. Se sentía culpable de que él estuviera herido, y por eso accedió a compartir la habitación. Lo siguió cuando el posadero le entregó las llaves. Subieron la escalera en silencio, un silencio tan denso como la lluvia que golpeaba afuera. Linda aún llevaba consigo las reglas de cómo debía comportarse una dama. Y por ningún motivo era aceptable que compartiera una alcoba con un hombre que no fuera su esposo. Echó una rápida ojeada a su alrededor. Si alguien la reconocía, su reputación quedaría mancillada para siempre.

—Compartiremos una habitación —murmuró ella al llegar—. ¿Se da cuenta de lo que pensarán si alguien nos ve?

—Que tenemos mal gusto —respondió él con sequedad, abriendo la puerta—. Buen Dios, mire esta alfombra.

Linda no pudo evitar sonreír, a pesar del cansancio. Dentro, la habitación apenas tenía espacio para la cama, una mesita y una ventana empañada. El colchón hundido chirrió con solo mirarlo.

—Dormiré en el suelo —dijo ella, cruzándose de brazos.

—No sea ridícula. —El conde se quitó la chaqueta mojada y la colgó en el respaldo de la silla—. Dormiremos de espaldas. Si me acerco, me empuja. Si usted se acerca… bueno, me dejaré empujar.

Ella levantó una ceja.

—Qué caballero.

—Siempre —respondió, entregándole una muda de su ropa—. Quítese eso, señorita Anne. No sé si apesta más la habitación o usted.

Linda sostuvo la camisa y los pantalones con una mueca. Margaret le había robado toda su ropa, y desde entonces se las había arreglado con trapos viejos. Giró la cabeza y se olió discretamente debajo del brazo. Bueno, tal vez él tenía algo de razón.

—¿Podría darse la vuelta para poder cambiarme, milord?

Benedict se volteó hacia la ventana.

—Cuando lleguemos a Escocia le daré ropa nueva y zapatos de su talle.

—Margaret robó toda mi ropa —mencionó, mientras dejaba caer el vestido húmedo—. Nunca tuvo la intención de devolvérmela —se quejó—. Por suerte, a usted no le llevaron nada,

—Espero que haya aprendido la lección de no confiar en un extraño.

Linda se pasó la camisa por la cabeza y se subió los pantalones que el conde le entregó.

—Usted es un extraño.

—Lo dejé de ser en el momento en que la contraté como criada.

Criada. Ella era solo una criada para él. Eso la incomodó y dolió, y no entendió el por qué.

—Ya puede voltearse —dijo, llevándose el cabello sobre uno de sus hombros.

Él se giró y curvó una de las comisuras de su boca.

—No luce tan mal, señorita Anne.

Linda se cruzó de brazos.

—A veces no sé distinguir cuándo habla en serio, milord.

El conde avanzó hacia ella y la miró por encima del hombro.

—Esta es una de esas veces en la que debe creerme —murmuró.

Benedict se sentó en el borde de la cama, que se hundió con su peso, y se quitó las botas.

Cuando finalmente se recostaron —cada uno bien pegado a su lado del colchón—, el silencio volvió, solo interrumpido por los

crujidos de la madera y el zumbido de la lluvia. Durante un largo rato, no dijeron nada.

—¿No puede dormir, señorita Anne? —preguntó él de pronto, sin mirarla.

—No. No puedo hacerlo cuando creo que el techo acabará en mi cabeza —dijo ella, sarcástica.

Él sonrió, apenas.

—No es tan malo. He dormido en sitios peores. Una vez, en Irlanda, compartí una tienda con cinco hombres después de que nos cayera un rayo al lado. Desde entonces, las tormentas me parecen agradables.

—Qué perspectiva más optimista.

—Me entrené para ello.

Hubo otra pausa. Linda lo miró de reojo, adivinando su silueta a contraluz.

—¿Puedo hacerle una pregunta, milord?

—Si no es sobre la decoración de esta habitación, adelante.

—La cicatriz en su rostro, ¿cómo se la hizo?

Él guardó silencio unos segundos, como si evaluara si responder.

—Tenía diecisiete. Mi padre me llevó a una cacería con otros jóvenes nobles. Uno de ellos pensó que sería divertido empujarme cuando estaba montado. Caí mal. Una rama me abrió la cara. —Se pasó los dedos por la línea blanca que le cruzaba la mejilla—. Me reí para no llorar. Pero me dolió más lo que vino después. Nadie dijo nada. Nadie los castigó por lo que me hicieron.

—¿Y su padre?

—Dijo que eso me haría más fuerte. Y más desconfiado. Él tenía razón.

Linda lo observó, en silencio.

—No la veo fea —dijo ella, bajito—. La cicatriz. Le da ese toque que… logró asustar a los hombres de Margaret.

Él giró la cabeza hacia ella, apenas.

—¿Y qué me dice de usted, señorita Anna? ¿Hay algo que quiera compartir que no sepa?

—No —dijo ella, sin mirarlo—. Soy todo lo que ve, milord.

El silencio regresó, pero esa vez no era incómodo. El calor entre ellos, aún sin tocarse, se sentía casi insoportable. Se humedeció el labio inferior con la lengua. Se recordó que Anne Brown era solo una criada. Y lady Linda no era más que una muchacha insulsa para él.

—Buenas noches, milord —susurró finalmente.

—Buenas noches, Anne.

Y aunque no se dijeron más, Linda supo que él no había cerrado los ojos. Como ella.

CAPÍTULO 20

LORD LANCOSTTER, con la capa sobre los hombros y las botas húmedas, contemplaba desde una colina el movimiento del pequeño campamento improvisado. Edward había hecho la última parada para que los caballos descansaran antes de llegar a su destino. Ya se veían los primeros signos de tierra escocesa: el tono más salvaje del paisaje, los muros de piedra en ruinas, la manera en que el viento soplaba sin pedir permiso.

Se cubrió la boca para ocultar un bostezo. Lo cierto era que no había dormido mucho, y no solo por el colchón de mala muerte de la posada en la que se habían refugiado durante la tormenta, sino por la mujer que había estado a centímetros de distancia. Se había pasado la mitad de la noche observando el techo y escuchando la respiración tranquila de la joven a su lado. La tentación tenía nombre y forma, y había dormido con él en la misma cama sin siquiera saber cuánto lo desestabilizaba.

—Cuidado, milord, o se comerá a la joven con la mirada —dijo una voz seca a su lado.

Edward, su lacayo, había aparecido sin hacer ruido, como de costumbre. Estaba de pie junto a él, con los brazos cruzados y una ceja alzada.

—¿Qué estás diciendo, Edward? —replicó el conde, fingiendo desinterés.

—Que, si sigue mirándola así, la señorita Anne va a tener que casarse con usted por escándalo público. Será mejor que se controle cuando lleguemos a Escocia —le aconsejó.

Benedict resopló con una sonrisa ladeada.

—Eres un viejo entrometido —gruñó.

—Solo digo lo que veo, milord —refutó Edward, encogiéndose de hombros—. Esa muchacha no es cualquier criada, y lo sabe. Hasta el niño lo nota.

Benedict no respondió. En el centro del campamento, Anne, giraba con ligereza mientras le enseñaba a Billy algunos pasos básicos de baile. La música era imaginaria, inventada con las risas del chico y los palmoteos del propio Edward, que en algún momento había intentado marcar el ritmo con el golpeteo de una cuchara contra una cantimplora.

Anne sonreía con dulzura, su cabello dorado recogido de forma descuidada, y el vestido desgastado ondeando alrededor de sus tobillos. Billy se movía torpemente, pisando sus propios pies, riéndose a carcajadas mientras intentaba seguirle el ritmo. La joven lo corregía con paciencia y le sostenía las manos con una naturalidad que Benedict encontró conmovedora.

—Vamos, Billy, uno, dos, tres… ¡eso es! —decía ella, animándolo —. Cuando era pequeña, solía practicar con mi hermano. Aunque, claro, cuando crecí, casi nadie me sacaba a bailar.

—¡Qué tontos! Si yo la hubiera conocido antes, le hubiera pedido cada baile —replicó Billy con entusiasmo.

Benedict sintió un tirón en el pecho que no supo interpretar. ¿Celos? ¿De un muchacho de quince años? Absurdo. Y, sin embargo, allí estaba, observándolos como si presenciara una escena que no le correspondía. Esbozó una sonrisa por lo ridículo que se sentía.

Edward lo miró de reojo.

—Parece que ella logra que hasta las piedras sonrían.

—¿Y tú desde cuándo eres tan entrometido? —masculló el conde, incómodo.

—Desde que lo veo suspirar como un niño —dijo Edward con sorna.

Benedict se pasó una mano por el pelo.

—Solo estoy preocupado porque esa mujer evidentemente no es quien dice ser. Tiene modales, habla como una dama. Y ahora resulta que sabe bailar como si hubiese asistido a bailes en Mayfair toda su vida.

—¿Y qué va a hacer con eso, milord? —preguntó Edward con seriedad repentina.

No hubo respuesta. Solo el viento.

En ese momento, Anne tropezó ligeramente y Billy, en lugar de sostenerla, cayó con ella al suelo. Ambos estallaron en carcajadas, sin preocuparse por nada más que el momento. Benedict dio un paso adelante por instinto, pero se detuvo cuando vio que ella se reincorporaba sin ayuda, secándose las manos en la falda.

—¡Vamos, otra vez! —exclamó Billy—. Esta vez prometo no caerme… creo.

Linda se giró hacia el conde, sus ojos brillaban por la risa. Él se quedó sin aire. Ella se veía preciosa, su semblante alegre la hacía lucir como un ángel.

—¿Se anima, milord? —preguntó en tono burlón—. ¿O no baila con criadas?

—Depende —respondió él, bajando por la colina con paso lento —. Si la criada promete no hacerme tropezar.

—No prometo nada —contestó ella en un tono pícaro.

Y él sonrió. Porque en ese instante, lejos del peso de Londres y de sus responsabilidades, por un segundo no importaban los títulos. Solo el presente.

Y ella.

CAPÍTULO 21

EL CIELO escocés estaba cubierto de nubes bajas y grises. A lo lejos, las torres de piedra de la residencia MacLeon sobresalían contra el horizonte agreste, tan imponentes como Benedict las recordaba. En las tierras del marqués el aire era más frío, con olor a musgo y leña ardiendo. Todo en ese paisaje parecía más salvaje, más libre.

—Hemos llegado —anunció Edward, desmontando con un suspiro cansado mientras golpeaba las botas contra el suelo embarrado.

Benedict descendió del carruaje y, al levantar la vista, se encontró con los ojos de Anne clavados en él, aunque ella apartó la mirada enseguida. Durante el trayecto, había permanecido mayormente en silencio, más atenta a las bromas de Billy o a los comentarios secos de Edward que a él. Y, sin embargo, él no había dejado de observarla, ni de pensar que secretos eran los que ocultaba y de lo precioso que era su rostro cuando creía que nadie la miraba.

Las puertas de la mansión se abrieron con un crujido, y de inmediato una figura menuda con un abdomen abultado apareció en la entrada.

—¡Lancostter! —gritó Lidia MacLeon con una sonrisa radiante.

La marquesa descendió los escalones sin preocuparse por el fango. Benedict se adelantó unos pasos y la recibió con un abrazo que fue más un reencuentro de cómplices que de antiguos amigos. Ellos habían sido vecinos. Lidia había sido la primera mujer a la que había amado. La había amado hasta que descubrió que ella amaba al marqués MacLeon.

—Llegas con retraso —dijo Lidia, apartándose para mirarlo con sus grandes ojos azules—. Estaba a punto de enviar una patrulla de rescate.

—No lo dudo —dijo él, esbozando una sonrisa ladeada—. El viaje fue algo caótico.

—¿Algo? —intervino Edward desde atrás—. Si me permite el atrevimiento, milady, todavía no me explico cómo hemos salido con vida. Dios aún no nos quiere con él —se mofó.

Lidia rió con una mano sobre su vientre abultado.

—Oh, bendito seas, Edward. Me alegra ver que sigues vivo. —Luego miró de nuevo a Benedict—. ¿Trajiste lo que Cam te pidió?

Benedict asintió, sacando de su abrigo un pequeño estuche forrado en terciopelo. Se lo entregó en silencio. Lidia lo abrió con cuidado y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver el conjunto de joyas familiares.

—Gracias, Ben, no sabes cuánto significa esto para mí.

—Claro que lo sé, Lidia. Tu hermano Cam me chantajeó emocionalmente durante media hora entera —hizo una mueca—. Y por supuesto, este favor no le ha salido gratis.

—Esa es la especialidad de Cam —dijo ella entre risas. Luego se giró hacia su esposo, el marqués MacLeon, que había salido a recibirlos junto a un par de perros de caza.

—¡Lancostter! —exclamó el marqués—. Justo a tiempo. Ya tengo los rifles listos y un par de ciervos esperándonos.

—Espero que no esperen mucho —replicó Benedict—. Estoy oxidado.

—Oxidado o no, no pienso dejarte ganar esta vez.

Mientras los criados de la marquesa comenzaban a descargar las maletas del carruaje, Benedict se volvió hacia Lidia.

—Traigo conmigo dos criados nuevos. ¿Podrías hacer que los instalen en el ala de servicio?

—¿Criados nuevos? ¿Acaso Edward ya no te es suficiente?

—Metete en tus asuntos, Lidia —refunfuñó.

La marquesa sacudió la cabeza, divertida. Ella dio una palmada, y su ama de llaves apareció como por arte de magia. Pero justo cuando Anne bajó del carruaje, sacudiéndose la falda y mirando al

suelo para evitar el lodo, Lidia la observó con detenimiento. Sus ojos se entrecerraron ligeramente. Se acercó a su criada con cautela.

—Disculpa, ¿nos conocemos? —preguntó, inclinando la cabeza—. Me resultas familiar.

Anne palideció visiblemente al ver a la marquesa.

—No, milady —respondió con una voz suave y una sonrisa fingida —. No creo haber tenido ese honor.

Lidia frunció los labios, aún analizándola.

—Estoy segura de haber visto ese rostro antes —insistió.

—No molestes a la muchacha, querida —intervino el marqués—. Ella se ha vuelto un poco intensa desde el embarazo —se disculpó.

—¿Intensa, MacLeon? —repitió la marquesa—. ¿Debo recordarte que estoy gestando a tu heredero?

—Lo siento, querida. Intento decir…

La marquesa sacudió una mano en el aire.

—Mejor no digas nada.

Benedict observó a su criada en silencio y sintió una extraña incomodidad. No solo por la tensión en Anne, sino porque él también se lo había preguntado más de una vez: ¿quién demonios era esa muchacha?

—Seguramente te has encontrado con la señorita Brown en una posada cualquiera, Lidia —intercedió el conde con un tono de broma —. Anne tiene cara de aparecerse en todos los lugares inoportunos.

—¡Milord! —protestó su criada, cruzándose de brazos.

Lidia rió, mirándolos uno al otro.

—Bueno, en ese caso, señorita Anne, espero que el conde no la espante. Debo decirle que mi cocina tiene reglas muy estrictas con los criados. —Luego guiñó un ojo, como si supiera más de lo que decía—. Pero estoy segura de que usted sabrá adaptarse.

El conde soltó una risita al ver que su criada había tomado en serio las palabras de la marquesa. Había algo en esa mujer, en Anne, que no encajaba del todo. No podía dejar de mirarla. Y ese, quizás, era justo su problema: no quería dejar de mirarla.

CAPÍTULO 22

LA COCINA del castillo MacLeon olía a pan recién horneado, cebolla salteada y algo dulce que burbujeaba en una olla al fondo. Era un espacio amplio, cálido, y lleno de ruidos: cucharas contra cazuelas, cuchillos sobre madera, risas de las cocineras, los criados que iban y venían, y el chisporroteo del fuego en los hogares. Linda se sentía más cómoda allí que en los salones de mármol, y sus columnas heladas.

Se sentó en un banco de madera junto a Billy, que devoraba su segundo plato de estofado como si no hubiera comido en días. A su lado, un gato gordo ronroneaba bajo la mesa, esperando alguna migaja.

—¿Te dije que esto es el paraíso? —dijo el muchacho, hablando con la boca llena—. ¡Me dieron dos porciones! ¡Dos!

Linda sonrió con dulzura, removiendo su sopa con la cuchara, aunque apenas había probado bocado. Aún tenía en la mente la forma en que Lidia había saludado al conde esa mañana. La sonrisa, la mirada cómplice. La clase de familiaridad que solo los viejos amores compartían. Además, la marquesa le había dado un buen susto cuando creyó que la había reconocido. Por suerte, se había deshecho de esa idea rápidamente.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Billy, alzando una ceja—. No me vas a decir que estás triste por ese caldo.

Linda dejó la cuchara en el cuenco.

—No es nada —mintió.

Billy le clavó los ojos con la misma intensidad con la que examinaba un pastelillo antes de darle el primer mordisco.

—Edward me ha contado algo —dijo con aire conspirativo, bajando la voz.

—¿Qué cosa?

El chico se acercó más, como si temiera que pudieran escucharlo.

—Me dijo que el conde estuvo enamorado de la marquesa —susurró, con la voz cargada de dramatismo—. Que cuando eran jóvenes, ella era su vecina, y que lord Lancostter estaba loquísimo por ella.

Linda sintió un nudo formarse en la garganta. Parpadeó lentamente, sin decir nada. Su instinto no se había equivocado.

—Pero ella terminó casándose con el marqués —añadió Billy—. Edward dice que fue una gran decepción para el conde.

Linda bajó la mirada hacia su cuenco. El estómago se le revolvió, como si el estofado ya no tuviera olor, ni sabor, ni sentido. Lady Lidia antes de convertirse en una marquesa, era una Marclow. Siempre había sido bella, elegante y encantadora, incluso estando embarazada. Con ese aire dulce y seguro que parecía tan natural en ella. No solo era marquesa, formaba parte del mundo del conde. Del mundo que Linda había abandonado.

¿Cómo podía competir con eso?

Se miró las manos. Aún tenía rastros de harina en los dedos por haber ayudado a preparar el pan, y la falda del vestido —prestada por una de las criadas de la marquesa— tenía una pequeña mancha de caldo. No se había mirado en un espejo en horas, pero sabía que el cabello lo llevaba mal recogido, y el rostro marcado por el cansancio del viaje.

¿Qué vería el conde en alguien como ella?

—¿Te molesta? —preguntó Billy, con tono suave—. Lo de él y la marquesa.

Linda alzó la vista, obligándose a sonreír.

—Claro que no. ¿Por qué me molestaría, niño tonto?

El chico ladeó la cabeza.

—Porque el conde te gusta. Aunque hagas como que no.

Linda soltó una risa ahogada, mezclada con resignación.

—Lord Lancostter es un conde, Billy. Un noble de verdad. Un hombre como él no se fija en criadas. Ni en mujeres como yo.

—Pero usted no es solo una criada, señorita Anne —dijo él, muy serio.

Linda lo miró con ternura. Qué injusto era que un chico como Billy la entendiera mejor que los adultos que habían regido su vida durante años.

—Gracias —susurró, pasándole la mano por el cabello con cariño —. Eres un gran amigo.

—No soy solo su amigo —protestó él—. Soy su escudero, señorita Anne.

Linda rió, y esta vez más genuina. Pero cuando volvió a mirar hacia la ventana que daba al patio de armas, su sonrisa se desvaneció. Allí, a lo lejos, el conde hablaba con el marqués, mientras Lidia, con una mano sobre el vientre, los observaba con atención. No podía evitarlo. Había algo en esa escena que le dolía. Algo que le recordaba que ese mundo seguía siendo de ellos.

Y ese mundo ya no le pertenecía.

CAPÍTULO 23

UNA CRIADA de la marquesa se acercó a Linda en la cocina, mientras ella lavaba unas zanahorias con Billy para la cena de esa noche.

—El conde la solicita en su habitación, señorita Anne —dijo la joven, algo nerviosa, como si no supiera muy bien cómo entregar aquel mensaje.

Linda parpadeó, sorprendida. No había visto al conde desde que habían llegado. Había evitado deliberadamente cruzarse con él. Había pasado el día escondida entre tareas simples: ayudar en la cocina, limpiar herramientas de la caballeriza, fregar algunas botas. Todo con tal de no pensar en la noche que había compartido con él bajo el mismo techo. Bajo la misma manta. Esa noche lo había cambiado todo. Para su desgracia, ese maldito conde se había instalado en su cabeza y no encontraba la manera de sacarlo.

Se secó las manos en el delantal y subió las escaleras con toda la endereza que pudo, aunque por dentro todo en ella parecía desarmarse. Golpeó la puerta despacio.

—Adelante —dijo la voz profunda de él desde el otro lado.

Al entrar, el corazón le dio un vuelco que se apresuró a ignorar. El conde estaba de pie junto a la ventana, con una copa de brandy en la mano. La chaqueta colgaba de su hombro de manera descuidada, y su perfil recortado contra la luz del atardecer parecía de otro mundo. Linda odió lo bien que le sentaban las sombras.

—¿Me ha mandado llamar, milord?

Él no se giró inmediatamente. Su mirada seguía clavada hacia la ventana.

—¿Dónde ha estado todo el día, señorita Anne? —cuestionó.

Linda se irguió un poco más.

—Con el resto de la servidumbre, milord. Haciendo lo que se espera que haga una criada.

Finalmente, el conde se giró para mirarla. Sus ojos oscuros no mostraban emoción, pero ella ya comenzaba a entender que cuando él se callaba, era cuando más pensaba.

—Pensé que había desaparecido, señorita Anne. Que me había abandonado.

—¿Acaso le habría importado?

Él no respondió. En lugar de eso, señaló con un gesto al borde de la cama. Linda siguió su mirada y lo vio. Un vestido. Azul oscuro, de tela fina, con encaje discreto en los puños. Junto a él, había un par de zapatos nuevos, de cuero brillante y tacón bajo. Eran preciosos. Tan preciosos que no pertenecían a Anne Brown, una doncella fugitiva que se escondía detrás de un nombre falso.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja, sin tocar nada.

—Un vestido. Para usted. Y zapatos. Creí que era evidente —dijo él, con esa ironía que solía irritarla.

—No tenía por qué hacerlo, milord —replicó, apretando los labios. Aunque se moría de ganas de probarse ese vestido y quitarse los harapos que llevaba encima—. Puedo arreglármelas con lo que tengo —añadió, cruzándose de brazos con fingida dignidad.

—Era necesario —la interrumpió él—. Esta noche, cenará con nosotros.

Linda frunció el ceño, sin entender.

—¿Cenar? ¿Con ustedes?

—Cenaremos en el comedor principal —confirmó él—. A las ocho.

—No puedo hacer eso. Yo no…

—Perece que no ha entendido, señorita Anne, no es una invitación —dijo, interrumpiéndola otra vez—. Es una orden.

Linda sintió un escalofrío. No por la amenaza, sino por el tono. Imperativo. Seguro. Como si ella no tuviera elección. El mismo tono que había oído tantas veces en su casa, en su infancia, las voces que decidieron por ella durante años.

—¿Y por qué querría usted sentar a una criada en la mesa de la marquesa?

—Porque todos ya saben que no es una simple criada, señorita Anne —respondió con calma.

Linda se quedó sin palabras. El pecho se le apretó. ¿Sabía algo? ¿Se había dado cuenta? ¿O solo lo intuía?

—No pertenezco a ese mundo, milord —repuso ella.

Él se acercó, con pasos lentos pero firmes.

—Usted no pertenece a ningún sitio si sigue huyendo —dijo—. Puede confiar en mí, señorita Anne. Puedo ayudarla. ¿De quién está huyendo?

—No estoy huyendo —replicó ella, con los dientes apretados—. Estoy sobreviviendo.

El conde la miró un instante más y luego se apartó.

—Y mañana vendrá conmigo a la cacería. Necesitaré que lleve mis armas.

Linda resopló, incrédula.

—¿Quiere que cargue fusiles por el bosque mientras usted juega a matar ciervos?

—Quiero que esté donde pueda verla —contestó él pausadamente, mientras volvía a tomar su copa de brandy.

Linda dio un paso atrás, como si el suelo quemara.

—Usted no puede obligarme.

—Puedo —replicó Benedict, sin alzar la voz—. Y lo haré.

Ella sintió que su mundo entero giraba demasiado rápido. Tomó el vestido y los zapatos en brazos, no como si vinieran de un caballero, sino de alguien que acababa de dictar su sentencia.

—Gracias por su amabilidad, milord —dijo con ironía—. Es usted todo un caballero.

Y sin esperar que la despidiera, se giró y salió de la habitación, con la cabeza alta, la espalda recta y el corazón latiéndole con rabia. Cuando cruzó el umbral, apretó los puños contra la tela. ¿Quién se creía ese hombre que era? Maldita sea. ¿Y por qué una parte de ella deseaba que la viera esa noche con ese vestido?

CAPÍTULO 24

LINDA se observó en el espejo de la habitación que le habían asignado. Era amplia, con una cama de madera tallada, cortinas pesadas en tonos borgoña y una lámpara de aceite. Nada en esa alcoba pertenecía a una criada. Y, sin embargo, allí estaba ella. En una habitación de huéspedes.

La marquesa, al parecer, no hacía distinciones o sí las hacía, debían ser de otro tipo. Había aceptado sin rechistar cuando el ama de llaves la conducía a esa habitación, aunque su primer instinto fue protestar. No quería llamar la atención. Ya era bastante con tener que cenar en el salón principal vestida como una dama.

Se alisó el vestido azul que el conde le había dado. Ajustó la cinta de su cintura, y disfrutó la sensación de sus nuevos zapatos que no le lastimaban el pie. Ella no se sentía parte de ese reflejo. Tal vez Linda sí, pero Anne no. Había olvidado lo que era vestirse como una dama.

Un golpe suave en la puerta la hizo girarse de golpe.

—¿Si? —preguntó, algo alarmada.

La marquesa MacLeon asomó la cabeza por el marco, con una sonrisa amable.

—¿Interrumpo? —dijo.

—Oh… no, para nada. ¿Necesita algo, milady?

Lidia entró sin pedir permiso y cerró la puerta tras de sí. Sus ojos eran los de una mujer que lo observaba todo. Estudió su vestido, luego el peinado desordenado de Linda, y notó el temblor sutil en sus manos.

—No —respondió con tranquilidad—. No necesito nada. Solo quería verla.

Linda bajó la mirada.

—¿Está todo bien? ¿He hecho algo que le ha molestado, milady?

Hubo una pausa antes de que la marquesa hablara.

—Su secreto está a salvo conmigo —dijo entonces, sin rodeos.

El corazón de Linda pareció detenerse.

—¿Disculpe?

—Vamos, lady Linda —murmuró Lidia, dando unos pasos más hacia ella—. Linda Willoughby. Sé quién eres.

Linda palideció. Dio un paso atrás, tropezando casi con la silla del tocador.

—No sé de qué me habla… me ha confundido con otra persona, milady. Yo… yo soy Anne Brown —insistió mantener su identidad falsa.

La marquesa se detuvo frente a ella, la miró a los ojos con ternura.

—La reconocí apenas bajó del carruaje. Fue la prometida del vizconde Devontrille. El mismo cuyo matrimonio con lady Felicity Flisher fue anunciado en cada periódico la semana pasada. También leí sobre su desaparición, milady. Ha sido… un gran escándalo en Londres, me temo.

Linda no supo qué decir. Abrió la boca y luego la cerró. Las palabras parecían atrapadas detrás del miedo. La marquesa podría encerrarla en su residencia y llamar a sus padres. Ella no podía volver a su antigua vida.

—No tiene que dar explicaciones, milady —añadió Lidia—. No a mí. La entiendo más de lo que imagina. Conocí a mi esposo haciéndome pasar por una de mis mejores amigas.

—Y… ¿por qué no dijo nada cuando me reconoció? —preguntó Linda al fin, con un hilo de voz.

—Porque vi cómo el conde la miraba. Y vi cómo usted lo miraba a él. Y porque, en algún rincón de mí, aún recuerdo lo que es tener miedo a que otros decidan por ti.

La marquesa tomó el cepillo que había sobre la cómoda y lo alzó con una sonrisa.

—¿Puedo?

Linda asintió y se sentó frente al espejo mientras la marquesa comenzaba a cepillarle el cabello.

—¿Qué piensa hacer ahora, milady? —preguntó Lidia—. Tarde o temprano, alguien más la reconocerá. Sus padres están buscándola. Lo sabe, ¿verdad?

Linda asintió con pesar.

—No quiero volver a esa vida. No era mía. Era de ellos. Siempre fui la hija prometida. Nunca pude bailar en sociedad, nunca tuve una temporada. ¿Sabe que ensayaba bailes con mi hermano Brandon mientras soñaba con que alguien me pidiera un vals?

—¿Y nadie lo hizo?

—No. Porque todos sabían que ya estaba "reservada".

La marquesa se rió con dulzura, aunque con cierto dejo de tristeza.

—Siempre me pareció injusto —murmuró Lidia—. Lucía tan hermosa en los bailes, pero era tan invisible que dolía. Y créame, que me alegré cuando leí que se había liberado de ese compromiso. El vizconde Devontrille es un buen hombre, pero no era para usted.

—¿Lo conoce?

—El vizconde es un buen amigo de mis hermanos. Y ahora, finalmente, está casado con lady Felicity. Una joven encantadora.

Linda se sintió molesta por primera vez.

—Lord Devontrille suena que es feliz.

—Lo es. Como debería ser usted, lady Linda. Por eso no puede quedarse escondida para siempre. El conde puede ayudarla.

Linda alzó la mirada en el espejo. El reflejo le entregó una versión de sí misma que parecía más entera. No una criada. Ni una prometida rota. Solo una mujer... con un bonito vestido azul.

—No puedo decírselo todavía. No creo que le guste la idea que ha compartido tiempo con la hija de un conde, y el problema que le acarrearía a él si todo sale a la luz —se tocó la medalla de Saint George—. Planeo continuar en Escocia por el momento.

—Y, sin embargo —dijo Lidia—, lord Lancostter ha confiado en usted. La ha traído aquí y no lo ha hecho con nadie más. He notado como la mira…

—Soy solo una criada para él, lady MacLeon.

La marquesa le recogió el cabello y lo sostuvo con unas hebillas.

—Es más que una criada para él, milady, y en el fondo de su corazón lo sabe. Así que tal vez no todo esté perdido para usted.

Linda se volteó hacia la marquesa.

—¿Qué intenta decir con eso, milady? —susurró, ceñuda.

—¿Usted qué cree? —replicó—. Parece que otro libertino ha caído.

—Creo que… usted está… eso no es posible.

El conde no podía mirarla con esos ojos. El mismo Billy le había dicho que él había estado enamorado de lady Lidia, y ella estaba muy lejos en parecerse a la marquesa.

Lady MacLeon extendió un brazo y sacó dos mechones de pelo del peinado para que enmarcaran su rostro.

—Veremos si el tiempo no me termina dando la razón, lady Linda.

—Gracias por su silencio y por su ayuda, marquesa.

—No me des las gracias todavía —respondió Lidia, dándole un golpecito en el hombro—. Esta noche va a cenar con nobles escoceses y con lord Lancostter. Así que le conviene lucir fabulosa.

Y mientras Linda se ponía de pie y se miraba una vez más en el espejo, supo que la marquesa tenía razón. Pronto, tendría que dejar de correr. Pero esa noche, sería una dama. Aunque solo fuera por unas horas.

CAPÍTULO 25

LORD LANCOSTTER apoyó la copa de vino en la mesa con un golpe seco cuando vio a Anne Brown bajar por la escalera. La luz de los candelabros caía sobre ella como si lo hiciera a propósito. Vestía el vestido azul oscuro que él mismo había elegido, con los mechones rubios recogidos de forma sencilla, aunque dos bucles caían sueltos enmarcando su rostro. Se movía con una gracia que no pertenecía a ninguna criada. No... eso era otra cosa. Eso era de una joven dama crecida entre nobles.

—¿Quieres cerrar la boca o vas a babear sobre la alfombra del salón? —susurró Lidia, que se encontraba a su lado.

Benedict se giró bruscamente hacia ella, fingiendo una indiferencia que ya no lograba sostener.

—¿No tienes otra cosa que hacer que molestarme, Lidia? ¿No tienes un esposo que atender?

—¿Y perderme esto? Jamás. Tiene la misma cara que ponías cuando veías a mi institutriz francesa en camisón —se burló la marquesa.

Benedict rodó los ojos, pero no pudo evitar sonreír.

—El marqués se ha ganado el cielo contigo.

Había algo reconfortante en discutir con Lidia como en los tiempos en que eran vecinos y se peleaban por todo, desde el tamaño del jardín hasta quién robaba las manzanas del otro. Pero la marquesa no logró distraerlo por mucho tiempo. Sus ojos volvieron a ella, a *Anne Brown*.

Durante la cena, fingió atender las conversaciones del marqués y sus invitados, pero en realidad la observaba. Cómo sostenía los cubiertos, cómo hablaba con los criados con amabilidad, cómo corregía con discreción la postura de Billy mientras servía las copas, que estaba más nervioso que de costumbre. Cada uno de sus

movimientos hablaba de que no era la hija de un librero. No era una criada. Y él iba a descubrir la verdad.

Cuando los postres fueron retirados y las copas rellenadas, el marqués propuso que alguien tocara el piano. El ambiente ya se había relajado, y algunas risas flotaban en el aire.

—¡Vamos, que alguien anime la velada! —exclamó MacLeon—. ¿Ningún voluntario?

Fue entonces cuando Benedict giró la cabeza hacia Anne.

—¿Y usted, señorita Brown? ¿Sabe tocar el piano?

Ella lo miró sorprendida, y por un instante pareció vacilar.

—Hace mucho que no… —comenzó a decir.

—Estoy seguro de que sabrá deleitarnos. ¿O acaso no quiere que la escuchemos?

—Señorita Anne, no nos prive de ese privilegio —insistió también la marquesa.

Hubo un silencio cargado. Luego, Anne se levantó con una fingida sonrisa y cruzó el salón hasta el piano. Se sentó en el taburete con una postura recta, demasiado perfecta para alguien que, según su historia, apenas había tenido educación. Colocó las manos sobre las teclas y comenzó a tocar.

El salón se llenó de notas limpias, fluidas. Un nocturno, si no se equivocaba, de Chopin. Cada acorde resonaba con emoción, con una elegancia dolorosa. Benedict entrecerró los ojos. No era una melodía aprendida al azar. No era habilidad de aficionada. Era el tipo de interpretación que solo una joven dama podía tener, después de años de lecciones en una casa noble.

Lo sabía. *Sabía* que esa mujer le mentía.

Pero justo cuando lo supo con certeza, ella cometió un error. Un par de notas mal puestas, un ritmo alterado. Lo bastante evidente para sonar falso.

—Oh… —dijo Anne, apartando las manos del piano—. Me temo que no recuerdo bien las notas. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo ha hecho perfecto, señorita Anne —la animó la marquesa.

—Si me disculpan, estoy algo cansada.

Se levantó enseguida, bajando la vista como si fuera la criada que fingía ser. Se dio la vuelta, como si pretendiera retirarse sin más.

—Señorita Anne —dijo él, mientras iba tras sus pasos.

Ella se detuvo.

—¿Sí, milord?

Benedict avanzó hasta ella. Le tomó el brazo con suavidad, pero firme.

—¿Quién es usted, realmente?

Ella levantó la vista. Sus ojos estaban tan abiertos como si acabara de atraparla en una mentira y, en efecto, lo había hecho.

—Ya se lo he dicho, soy Anne Brown.

—No lo es —dijo él, sin rodeos—. No es una criada. Tampoco es la hija de un librero. ¿Por qué está aquí? ¿De quién está huyendo?

—De nadie, milord —respondió—. Solo quiero vivir tranquila. Y si alguna vez le he sido útil, si le he causado, aunque sea un poco de simpatía… déjeme en paz —le pidió con los ojos llenos de lágrimas.

Benedict no dijo nada. No porque no tuviera palabras, sino porque, por primera vez en años, no sabía qué hacer con ellas.

—Mañana… mañana comienza la temporada de caza —fue lo único que se atrevió a decir.

Ella se soltó de su agarre, hizo una reverencia que parecía más instintiva que aprendida y se marchó.

Y lord Lancostter se quedó de pie, frente al piano, preguntándose por qué demonios se sentía como si le hubieran quitado el aliento.

CAPÍTULO 26

LINDA sujetó con firmeza las riendas del caballo, intentando mantener la compostura. El aire escocés era salvaje, y el sol apenas asomaba entre las nubes que se deslizaban por el cielo. Desde la ladera, podía ver al grupo de cazadores organizándose: lord MacLeon, con su energía habitual, daba órdenes y se reía con estruendo, mientras otros nobles ajustaban sus rifles; cuchicheaban estrategias y hacían apuestas como si se tratara de un juego de salón

Linda apretó los labios y puso los ojos en blanco al escuchar una de las bromas del marqués MacLeon sobre la caza. Ella llevaba una falda de montar oscura, pesada pero práctica, diseñada para que pudiera montar de lado sin mostrar más de lo que debía. Una chaqueta entallada de lana, guantes de cuero, y una bufanda azul. Las botas altas le rozaban las pantorrillas, endurecidas por el barro escocés.

—El que regrese sin presa pagará el vino esta noche —bromeó el marqués, mirando al conde con una sonrisa traviesa.

—Entonces te sugiero que vayas abriendo la bodega, MacLeon —replicó Benedict, con esa confianza suya que a Linda le sacaba de quicio y que, a veces, también le provocaba un estremecimiento extraño en el pecho.

Linda montaba junto a los criados de los demás nobles, quienes no disimulaban sus miradas curiosas. Era la única mujer entre ellos, y eso bastaba para hacerla sentir fuera de lugar. La marquesa le había dicho que no debía hacerlo, pero le demostraría al conde de que era capaz.

Tal vez ella no debía estar ahí, sin embargo, cabalgaba junto al conde, llevando una de las armas más pequeñas, como si fuera su asistente personal en lugar de una simple criada. «Para que me lleve las armas», había dicho él. Un trabajo que Edward o Billy podían

haberlo hecho fácilmente. Pero no era eso lo que la molestaba. Era lo que se sentía: como si, con cada paso, él estuviera más cerca en descubrir su verdadera identidad.

—¿Sabe, milord? Hay algo de que usted y yo no hemos hablado —comentó.

Él la miró por encima del hombro.

—Eso es cierto, señorita Anne —ajustó la rienda de su caballo cuando este intentó girar hacia otro camino—. ¿Ahora sí me confesará quién es realmente?

—Usted ya sabe quién soy —replicó—. Me refiero de que no hemos hablado de la paga, lord Lancostter.

Debía pensar en su futuro, ella no regresaría a Londres con él, y tendría que buscar otro empleo. Y no podía ser una de las doncellas de la marquesa porque la pondría en un gran aprieto.

Él achicó los ojos.

—Con que seguirá fingiendo… —murmuró por lo bajo—. Es cierto, no hemos hablado de la paga, ni tampoco me ha enseñado sus referencias, señorita Anne.

¿Referencias? Los hombros de Linda se tensaron. Su anterior empleo había sido en la posada y no tenía los mejores recuerdos.

—No necesitará mis referencias porque no planeo regresar a Londres con usted, milord —le avisó.

De no haber sido por los guantes de cuero que usaba el conde, hubiera jurado que sus nudillos estaban blancos de tanto contraer sus dedos.

—¿Ah, no? ¿Y qué planea hacer?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez me quede en Escocia.

El conde chasqueó la lengua.

—Espero que no sea una asesina suelta —soltó en un tono irónico—. Debe saber que no le quitaré los ojos de encima, señorita Anne.

—¿Y esa es la razón por la que me ha traído a su día de caza, milord?

—No sé qué clase de persona he metido en la casa de la marquesa. Y nunca la pondría en riesgo.

—Jamás le haría daño a nadie, milord —dijo ella, visiblemente ofendida—. ¿De verdad cree que sería capaz de lastimarla?

Él sacudió la cabeza con un gesto pensativo.

—No, pero a veces, hasta los más mansos pueden ser los peores.

Mientras se alejaban de los demás cazadores, en dirección al bosque, Linda apretó los labios. No podía permitir que el conde matara a un ciervo inocente. La primera oportunidad se presentó rápido. Un ciervo joven emergió entre los arbustos. Él alzó el rifle con precisión, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, Linda dio un leve tirón a las riendas del caballo.

El animal resopló con fuerza y el ciervo huyó.

—¿Qué demonios…? —murmuró el conde, bajando el rifle y mirando a Linda con el ceño fruncido.

—Lo siento, milord. Ha sido un accidente —respondió ella, fingiendo sorpresa.

Él no dijo nada. Pero el silencio que siguió habló demasiado. Continuaron cabalgando en paralelo unos metros más, sin intercambiar una palabra. De pronto, Linda tiró suavemente de las riendas, fingiendo ajustar el estribo.

—Voy a estirar un poco las piernas —anunció con aire casual, antes de desmontar con un movimiento ágil. Caminó junto al caballo del conde, con las manos entrelazadas a la espalda, como si pasear en medio de una cacería fuera lo más natural del mundo.

Benedict la miró de reojo desde su montura, estudiando cada uno de sus movimientos. Y al no notar nada extraño, regresó su vista al bosque, buscando su siguiente presa.

Su segundo intento para salvar a un inocente fue más descarado: justo cuando otro ciervo apareció entre los matorrales, Linda fingió tropezar con una rama seca. El crujido fue lo bastante fuerte como

para espantar al animal, que huyó con un salto ágil entre los arbustos.

—¿Está intentando sabotearme, señorita Brown? —preguntó el conde, con una ceja alzada y el tono peligrosamente calmado.

—Claro que no, milord. Qué idea más absurda —replicó con fingida inocencia, aunque no pudo evitar sonreír para sus adentros.

«Pero no iba a salirse con la suya tan fácilmente», pensó decidida a seguir con su plan.

De repente, un hombre mayor, de rostro ancho y bigote bien recortado, se apareció con su sirviente y se acercó a ellos montado en su caballo. Linda sintió un escalofrío inmediato.

—Lord Lancostter… —lo saludo—. ¿Todavía no ha tenido suerte? —preguntó con su voz gruesa—. Me pareció que un ciervo se dirigía a esta dirección.

—Usted está en lo correcto, lord Pegly —afirmó el conde—. Pero mi ayudante tuvo un tropiezo y el ciervo se asustó.

Como si las cosas no pudieran salir peor, el vizconde Pegly llevó su atención hacia ella.

—¿Esa es su doncella, milord? —preguntó el hombre, bajando la vista hacia Linda—. Juraría que la conozco. ¿Cómo se llama usted, jovencita?

Linda se quedó helada. Su pulso se disparó. Ese hombre… lo recordaba de su infancia. Era amigo de su padre. Si el vizconde Pegly la reconocía era su fin.

—Anne —respondió con rapidez—. Anne Brown. Tal vez me confunde con alguien más, milord.

El vizconde entrecerró los ojos, ladeando la cabeza.

—Quizás… aunque hay algo en esos ojos que…

—Milord, creo que he visto movimiento hacia el este —lo interrumpió Linda, señalando con firmeza hacia un punto indefinido entre los árboles—. Tal vez deberíamos seguir por allí.

El conde la miró de reojo, claramente desconfiando de su nerviosismo. Pero asintió. El otro hombre se alejó, aunque no sin hacer una última mirada curiosa.

Continuaron avanzando y, Linda volvió a hacer ruido justo cuando apareció otro ciervo. Esta vez, el conde bajó el rifle con lentitud, giró sobre sí mismo y la encaró con la mirada más oscura que ella le había visto.

—¿Qué demonios está haciendo, señorita Brown? —preguntó con una voz filosa.

—Yo… solo soy algo torpe —murmuró ella, retrocediendo un paso.

—No es torpe. Usted está intentando sabotear la cacería. ¿Por qué? ¿No le gusta ver sangre? ¿O tal vez siente compasión por los ciervos?

—Tal vez esos animales inocentes me dan más lástima que algunos hombres —disparó Linda, antes de poder detenerse.

Él alzó una ceja. Se bajó del caballo de un tirón y dio un paso hacia ella. Linda abrió grande los ojos. Una vez, su madre le había dicho que su boca la llevaría directo al infierno y en ese instante, empezó a creer que tenía razón.

—No puede seguir comportándose como una niña. Esto no es un juego.

—No estoy jugando. Usted… usted no entiende nada —respondió, con el rostro encendido de ira.

Giró para alejarse, pero no vio la raíz sobresaliendo del suelo. Su pie se torció de forma brusca, y cayó con un gemido ahogado. Y esa vez, no había sido una actuación.

—¡Maldición! —exclamó entre dientes, aferrándose el tobillo.

El conde se arrodilló de inmediato junto a ella.

—¿Está bien?

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—¿Usted qué cree? ¡Me he torcido el maldito tobillo! —espetó, apretando los dientes—. ¡Y todo esto es por su culpa!

—¿Mi culpa? —repitió él, alzando una ceja con arrogancia.

—¡Sí! —dijo ella, señalándolo con un dedo acusador—. Fue su brillante idea traerme a corretear ciervos por el bosque como si yo fuera su escudero personal.

—Parece que su talento natural es atraer desgracias —replicó él con sorna.

—Y el suyo, fastidiar mi existencia —refunfuñó ella, apretando los labios.

Él la observó en silencio durante un instante, luego dejó escapar una sonrisa torcida.

—¿Sabe una cosa, señorita Anne? Si no estuviera con el tobillo hinchado y el ceño fruncido, juraría que está coqueteando conmigo.

—¡¿Co…?! —Linda se quedó sin palabras, con la cara roja como una manzana—. ¡Usted está completamente delirando!

—Eso me dicen seguido —murmuró él con voz baja, mientras deslizaba una mano hacia su tobillo con cuidado—. Pero igual suelo salirme con la mía.

El dolor y la rabia le nublaron la vista. Sintió cómo las lágrimas le ardían en los ojos, más por impotencia que por la torcedura. El conde echó una maldición por lo bajo, escudriñó el terreno, luego levantó la vista.

—Hay una cabaña no muy lejos de aquí. Está abandonada, vi el techo desde la ladera. Le vendaré el pie allí.

—No es necesario —intentó protestar.

Pero él ya se había inclinado y la levantó en brazos antes de que pudiera detenerlo. Linda soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Milord! ¡Bájeme ahora mismo!

—No insista. Ya me ha hecho perder la cacería... al menos no me haga perder el humor —murmuró, sin dejar de avanzar.

Linda lo fulminó con la mirada desde su posición, a pesar de que la cercanía le nublara el juicio. Su pecho se apoyaba contra el suyo, sentía su calor, su respiración. Su rostro seguía serio, la mandíbula tensa, sin embargo, la forma en que la sostenía era cuidadosa. Protectora.

Y eso, en su situación, era aún más peligroso que cualquier ciervo.

CAPÍTULO 27

BENEDICT empujó la vieja puerta de la cabaña con el hombro, y esta cedió con un chirrido. El interior estaba cubierto de polvo y telarañas, pero tenía lo esencial: una chimenea de piedra, unas sillas viejas y una mesa coja. No era el lugar más cómodo del mundo, pero serviría para que Anne relajara la pierna.

La depositó con cuidado sobre el sillón y luego se agachó frente a la chimenea. Encontró unas ramas secas apiladas en un rincón. Por suerte, parecía que el guardabosque visitaba seguido la cabaña. En cuestión de minutos, el fuego comenzó a rugir tímidamente, arrojando una luz cálida. Se sacudió las manos y se volvió hacia ella.

Anne lo observaba en silencio. El fuego dibujaba reflejos dorados en su cabello, y la falda de montar estaba levantada hasta sus rodillas, revelando el tobillo hinchado. La había visto en mil formas: cansada, burlona, desafiante… pero nunca así. Vulnerable. Abierta. Real.

Tragó saliva.

—Muéstremelo —dijo, señalando el pie con el mentón.

Anne dudó un segundo. Luego bajó la mirada y, apoyándose en los codos para mantener el equilibrio, alzó el tobillo hacia él. Benedict se arrodilló frente a ella y le quitó con delicadeza la bota, desatando los cordones con lentitud. Ella soltó un suspiro entre dientes. No se quejaba, pero el gesto tenso de sus labios hablaba por sí solo. Cuando la bota cayó al suelo, el calcetín vino detrás. El tobillo tenía un leve moretón y estaba inflamado.

—No está roto —murmuró él, más para sí mismo que para ella—. Pero necesitará descanso. Y una criada menos terca que usted, señorita Anne.

—No tengo criada —replicó ella con sorna—. Solo lo tengo a usted, milord. Qué desgracia la mía.

Él levantó la mirada, y sus ojos se encontraron.

—Cuidado, señorita Anne. No quiero que me tome cariño.

—Quizás sea usted quien se encariñe primero, milord.

Hubo una pausa. Intensa. Como si la habitación se hubiera encogido de golpe. El calor de la chimenea le había dado color a sus mejillas. Se veía magnífica. Dolorosamente hermosa. Él soltó su pierna con cuidado.

—¿Sabe? —dijo él, con voz baja—. Llevo días queriendo hacer esto.

—¿Qué?

Él no respondió. Solo se inclinó y la besó.

El primer contacto fue suave. Cauteloso. Como si se probara el sabor de algo prohibido. Pero bastó con que ella le devolviera el beso para que se desatara todo lo que habían estado conteniendo. La necesidad. El deseo. El anhelo. Sus manos se enredaron en su nuca, en su cabello que se había soltado con el arrebato. La besaba como si se le fuera la vida en ello. Y tal vez así era.

—Dios… —murmuró ella contra su boca—. No deberíamos…

—No —susurró él—. Pero no me detendré, señorita Anne.

—Lord Lancostter… yo…

Él se apartó unos milímetros de sus labios.

—¿Quiere que me detenga, Anne?

—No, milord —respondió, ahuecando una mano contra su mejilla.

De pronto, un alivio le recorrió el cuerpo.

—Benedict. Dime Benedict, cielo.

Sus manos recorrieron el contorno de su cintura, alzando la tela del vestido con torpeza. Anne tembló, pero no se apartó. Se aferró a él con una desesperación que lo desarmó por dentro. Como si, por primera vez, se permitiera sentirse deseada. Libre.

—Eres preciosa, cariño —susurró contra su oído.

—No debe mentir, milord —repuso, ocultando su rostro tímidamente contra su hombro.

—Benedict —la corrigió—. Y no miento, preciosa.

Él le desabrochó la chaqueta, obligándola a que lo mirara a los ojos y que notara el deseo que había en ellos. La tela cayó al suelo,

junto con cualquier atisbo de resistencia. Ella, por su parte, le soltó el chaleco con las manos temblorosas, y cuando él se despojó de la camisa, sintió sus dedos rozar la cicatriz de su mejilla.

—No la toques como si te diera pena —murmuró él.

—La toco como una parte de ti —respondió ella con suavidad.

Anne se deshizo del vestido como si le quemara. Él la ayudó a deshacerse de los guantes, las botas, hasta que quedaron completamente desnudos. El fuego iluminaba sus cuerpos mientras se recostaban en el suelo, sobre una manta que él había arrojado minutos antes. La besó en la garganta, en los hombros, en cada curva que había soñado más veces de las que admitiría.

Su boca jugó con sus pezones endurecidos, excitados, al tiempo que su mano exploraba cada centímetro de su piel. Abrió sus piernas, delicadamente, y se acunó entre medio de sus muslos. Ella se sacudió al sentir su miembro duro en su abdomen bajo.

—Shh… —la calmó, sosteniendo su mirada—. ¿Has hecho esto antes, cielo?

—Yo… eh…

Él esbozó una tierna sonrisa.

—Dime la verdad, Anne.

—No —respondió finalmente.

El corazón le dio un vuelco al oír que no había pertenecido a ningún otro hombre. Fácilmente podía estar engañándole, pero su mirada inocente le decía que esa vez le decía la verdad. El conde abrió más sus piernas y bajó su cabeza hasta el núcleo húmedo de su intimidad.

—Milord… —murmuró ella, alarmada.

Benedict alzó la vista y sonrió.

—¿Confías en mí, Anne?

—Eh… sí.

—Entonces confía que esto te gustará.

Él acarició su punto más sensible con su lengua, una vez y otra vez, haciendo que ella se desesperara de placer con cada caricia. Cuando la sintió lista para recibirlo, la sujetó de las caderas y se

hundió en ella. Se inclinó hacia delante, hasta que quedaron sus rostros enfrentados.

—Tranquila, cariño —la calmó, apartándole un mechón de pelo de la cara—. Te prometo que el dolor es solo por esta vez —le dio un tierno beso en la sien, mientras se seguía llenando de ella.

Sus embestidas suaves, lentas se convirtieron en necesidad. En deseo contenido. Ella lo arañó al arquearse y exigiéndole cada vez más. Él enterró el rostro en su cuello cuando la oyó gemir su nombre. No "milord". No "señor". Solo *Benedict*. Y entonces supo que estaba perdido.

No era solo el cuerpo de esa mujer lo que lo enloquecía. Era su espíritu, su osadía, sus silencios, sus verdades ocultas. Era *ella*. Su Anne, que no era Anne. Su criada, que no era criada. Su mentira favorita.

La miró a los ojos cuando ella alcanzó la cima y dio su última embestida antes de llegar él. Rodó a un costado de la manta y la llevó contra su pecho. Cuando la tuvo entre sus brazos, aún respirando agitada, sintió algo que no conocía: paz. Y terror. Porque eso no era solo deseo. Eso era otra cosa.

Benedict le apartó un mechón de la frente.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó en voz baja, como si tuviera miedo de haberla roto.

Anne levantó la cabeza, con el cabello revuelto, los labios hinchados y los ojos brillantes. Asintió, sin dejar de mirarlo.

—¿Y usted? —susurró.

Él sonrió, aunque la mirada era seria.

—Solo lamento no haberla tenido así, entre mis brazos, mucho antes —le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. Además, he conseguido lo imposible: silenciarla.

Ella sonrió y le dio un golpecito en el pecho. Y en ese instante, con el fuego crepitando a su lado, Benedict supo que estaba en problemas. Graves y deliciosos problemas.

CAPÍTULO 28

LINDA acompañaba a la marquesa MacLeon en un paseo tranquilo por el campo abierto, rodeadas de senderos arbolados y prados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Lady Lidia, con un abrigo de lana sobre los hombros, caminaba con paso pausado mientras sostenía el vientre que crecía día a día. Su voz era alegre, ligera, pero en sus ojos brillaba esa chispa traviesa que Linda ya empezaba a reconocer.

—¿Sabe una cosa, milady? —dijo la marquesa, mientras observaba una flor que brotaba entre las piedras—. Ayer fue la primera vez que mi esposo ganó una apuesta de caza frente a lord Lancostter.

Linda intentó sonreír, pero el gesto le salió torcido.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Benedict siempre es el primero en regresar, y con la presa más grande y con ese aire arrogante de quien cree que puede dominarlo todo. —Lady Lidia giró levemente el rostro hacia ella—. Pero ayer, regresó sin nada. Ni un ave, ni un ciervo. Nada.

—Tal vez ayer no fue su día —murmuró Linda, sin atreverse a mirarla.

—O tal vez su atención estaba puesta en otra parte —añadió Lidia, con una media sonrisa.

La marquesa había estado toda la mañana intentando sacarle información. Linda no respondió. Caminó un poco más rápido, esperando que el aire frío le despejara la confusión de la cabeza. Pero no lo hacía. Desde la cabaña, todo se sentía distinto. Su cuerpo todavía recordaba el peso de él, el calor, la forma en que la había sostenido después. Lo había deseado, lo había disfrutado, pero lo había hecho como Anne. No como Linda.

Y esa mentira le dolía más que cualquier herida.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó Lady MacLeon, bajando el tono.

—Sí, claro —respondió enseguida, demasiado rápido.

—No tiene que decirme nada, lo sé, milady —dijo la marquesa con suavidad—. Pero sea lo que sea que esté sintiendo, no se lo guardes para siempre. Benedict debe saber que eres lady Willoughby.

Ella hizo una mueca de dolor.

—El conde cree que lady Linda es una muchacha insulsa.

—¿De dónde has sacado eso?

—Él mismo me lo dijo —contestó ella—. Que el vizconde Devontrille hizo bien en romper el compromiso y que, en su lugar, habría hecho lo mismo.

La marquesa se detuvo en seco y le sujetó el brazo.

—Si Benedict dijo eso, fue porque no sabía quién eras. Ahora sí lo sabe.

—El conde conoce a Anne Brown.

—Y, sinceramente, creo que Anne Brown es la versión más auténtica de lady Linda.

Linda sujetó las manos de la marquesa y se las besó.

—Gracias por su ayuda, milady.

—Quiero que sepa, lady Linda, que no está sola —repuso—. Y si el conde sobrepasó los límites con usted ayer, lo obligaré a que haga lo correcto y le pida matrimonio.

Linda parpadeó. ¿Cómo era posible que…?

—Conozco la fama de Benedict, milady —agregó la marquesa al notar la expresión de su rostro—. Y no sería la primera dama en ser seducida por él.

Sintió una punzada de dolor en el pecho al oír que había existido más mujeres. Claro que había más mujeres. Antes de que Linda pudiera contestar, dos siluetas aparecieron a lo lejos, montadas sobre caballos. El marqués y el conde regresaban de una breve cabalgata. La figura de Benedict se distinguía fácilmente: recto, con el porte altivo y ese gesto en la boca que parecía hecho para

mandar, pero que a veces se suavizaba con una sonrisa que la desarmaba por completo.

—Ah, los cazadores han decidido regresar —anunció Lidia con una sonrisa amplia—. Mi amor —llamó al marqués—, acompáñame a ver si ya llegó el té a la terraza, sí.

El marqués la miró, confundido.

—¿Ahora?

—Ahora —repitió lady MacLeon con firmeza.

Y sin dejar lugar a réplica, la marquesa se giró hacia Linda y le guiñó un ojo antes de llevarse a su esposo del brazo. Linda quiso protestar, pero ya era tarde. Y de pronto, estaba sola. Con él.

Benedict desmontó con una agilidad irritante y avanzó hacia ella sin decir una palabra. Su mirada tenía esa intensidad que siempre la ponía nerviosa, pero ahora… ahora era peor. Porque sabía lo que se escondía detrás de esos ojos.

—Hola —dijo él al fin.

—Hola —respondió, casi en un susurro.

—¿Cómo está su tobillo, señorita Anne?

—Mejor —murmuró.

Hubo un silencio breve, incómodo. Y luego, sin previo aviso, él se inclinó, la tomó de la nuca y la besó. No fue un beso feroz como el de la cabaña, sino uno lento, firme. Ella se tensó al principio, pero sus labios respondieron. No pudo evitarlo. Lo necesitaba.

Cuando se separaron, él apoyó su frente contra la de ella.

—Vuelva a Londres conmigo —le imploró—. No puedo perderla, señorita Anne.

Ella tampoco quería perderlo, pero regresar a Londres sería su ruina. Y la de él. La sociedad los destrozaría a ambos.

—Lo siento, milord, pero…

—Puedo protegerte de lo que estás huyendo, cielo —la interrumpió él.

—Por más que quiera, no puede hacerlo, milord.

—Entonces no regreses como mi criada. Regresa como mi igual. Nadie se atrevería meterse con la condesa Lancostter.

Ella lo miró, como si no entendiera.

—¿Qué…?

—Cásese conmigo, señorita Anne.

Linda se apartó de golpe, como si le hubieran echado agua fría. Sus ojos se agrandaron de puro miedo.

—No diga eso —susurró—. No bromee con esas cosas.

—¿Parezco que estoy bromeando?

—Benedict… —le tembló la voz—. No puedo.

—¿No quiere? ¿O no puede?

—¡No entiende! —exclamó—. Usted no sabe quién soy. No sabe lo que he hecho. No sabe…

—Entonces cuénteme, cariño.

—¡No puedo! —gritó, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Si supiera la verdad, me odiaría. Y no puedo… no puedo arrastrarlo conmigo. Usted mismo dijo que debía recuperar su patrimonio, y yo solo conseguiría llevarlo a la ruina.

Él dio un paso hacia Linda, pero ella retrocedió.

—Por favor… no me haga esto —susurró—. No soy quien usted cree. No soy nadie. Soy solo una mentira.

Y sin esperar su respuesta, se dio la vuelta y corrió por el sendero, con las lágrimas ardiendo en los ojos y el corazón hecho un nudo.

—¿Quién demonios eres, Anne Brown? —gritó el conde a sus espaldas.

CAPÍTULO 29

LINDA deslizaba los dedos por las teclas del piano con una suavidad casi ausente, como si tocara para sí misma. Por un instante, logró olvidar todo lo que la rodeaba. Detrás de ella, sentados con copas de oporto en la mano, los marqueses conversaban en voz baja. Nadie sospechaba que detrás de esa melodía se escondía un corazón al borde del colapso.

Y, sin embargo, el conde lo presentía. Linda sentía su presencia como una caricia invisible en la nuca. No la tocaba. No decía su nombre. Pero cada palabra que murmuraba, cada comentario era un dardo dirigido hacia ella. Benedict se acercó por detrás en silencio, con el sigilo de un depredador. Se colocó a su espalda, tan cerca que ella pudo sentir el calor de su cuerpo.

—No sabía que las criadas tocaran con tanta pasión —susurró, con un tono cargado de insinuación—. O tal vez es que se ha inspirado con nuestro último encuentro, señorita Anne.

Linda apretó los dientes y siguió tocando, fingiendo que no le afectaba. Pero sus mejillas ardían. No detuvo la melodía. No podía. Si paraba, sabrían que algo pasaba. Si paraba, tal vez también tendría que enfrentarlo a él, y no estaba lista para eso. Su corazón tamborileaba tan fuerte como las teclas graves que sus dedos apenas rozaban.

—Milord —murmuró, con la voz controlada—, debería mantener cierta distancia. Los marqueses están presentes.

—¿Distancia? —replicó él, inclinándose un poco más—. Llevamos días sin tocarnos. ¿No lo extraña? Porque yo sí, señorita Anne.

Linda se mordió el labio. Quería enfadarse, quería mandarlo al demonio, pero lo cierto era que lo extrañaba también. El problema era que extrañarlo dolía más de lo que estaba dispuesta a soportar.

—Milord... —susurró ella entre dientes, sin girarse.

—Benedict. Así me llamaste la última vez.

Linda tragó saliva, y una nota fallida se escapó entre sus dedos. El marqués levantó la cabeza, pero su esposa disimuló con un comentario casual y la atmósfera del salón volvió a relajarse. Ella recuperó el ritmo con rapidez, intentando que su corazón no se delatara tanto como sus manos.

Entonces, sin aviso, un grito rompió la calma.

—¡Linda Willoughby!

La música se detuvo de golpe. Linda se congeló. Ella conocía a la perfección esa voz. Las puertas del salón se abrieron de par en par y un hombre de mediana edad, con el rostro enrojecido por la furia, irrumpió seguido de una mujer elegante, aunque descompuesta, con los rizos fuera de lugar y los ojos desorbitados.

—¡Papá... mamá! —susurró Linda, sin poder moverse, con los dedos tensados sobre las teclas.

Buen Dios, ¿cómo ellos la habían encontrado? ¿Acaso era posible que la marquesa la hubiera traicionado?

El conde y el marqués atravesaron el salón de inmediato para detener al intruso. Lord Willoughby avanzó con paso decidido, con los puños apretados.

—¡¿Dónde está mi hija?! —chilló—. ¡¿Dónde está lady Linda Willoughby?!

—No hay ninguna joven con ese nombre aquí —dijo el conde con frialdad, interponiéndose—. Será mejor que se largue de la propiedad.

—¡No se burle de mí, lord Lancostter! ¡El vizconde Pegly me dijo que la vio sirviéndole como una criada! ¡Mi hija, trabajando como sirvienta en su casa!

—Esta es mi residencia, lord Willoughby —intervino el marqués—. Y si no controla su voz, lo haré sacar.

—¡Es mi hija! —bramó el hombre, empujando a un lado a uno de los criados.

—Temo decirle que el vizconde Pegly le ha mentido, milord —dijo Benedict muy seguro—. Lady Linda no es la muchacha que el vizconde ha visto.

Lord Willoughby lo señaló con un dedo.

—No quiera engañarme, lord Lancostter, porque conozco muy bien su reputación.

La marquesa se levantó con una mano en alto.

—¡No se peleen, por favor! —pidió—. Deberíamos solucionar esta situación con más calma.

En ese instante, los ojos del padre de Linda se clavaron en ella, que seguía sentada en el piano, tan blanca como el marfil de las teclas.

—¡Tú, niña ingrata! ¡Nos has deshonrado a todos! —gimió avanzando hacia ella—. ¡Desapareciste como una vulgar ladrona, y ahora te encuentro haciendo de criada!

Linda se levantó de golpe del taburete, temblando. Miró a la marquesa, con el corazón destrozado.

—¿Por qué lo hizo? —murmuró—. ¿Por qué los ha llamado?

La marquesa negó con la cabeza, dolida.

—No he sido yo, milady.

—¡Pagarán por esto! —exclamó lord Willoughby—. ¡Y usted también, lord Lancostter! ¡La han escondido aquí para... para deshonrarla!

Benedict se volteó hacia Linda, y su voz fue apenas un susurro cuando dijo:

—Eres lady Linda... ¿es cierto eso?

Ella bajó la mirada, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Sí —confesó, sin atreverse a mirarlo.

Probablemente, el conde debía sentirse asqueado. Había estado con Linda Willoughby, la dama insulsa que una vez criticó y lo peor: le había ofrecido matrimonio. Su padre se le acercó con furia y la tomó del brazo.

—¡Vienes con nosotros, ahora mismo!

—¡No! —intervino la marquesa—. ¡No permitiré que se la lleve así!

—¡Un paso más y le diré a toda la sociedad que usted ha retenido a nuestra hija contra nuestra voluntad! ¡Su título no la

protegerá de un escándalo!

Linda se giró hacia la marquesa con los ojos llenos de culpa.

—¡Por favor, no intervenga, milady!

Su madre se acercó, suplicante, con los ojos llorosos.

—Linda... hazlo por Brandon. No ensucies más el nombre de tu hermano.

Que su madre nombrara a su hermano fue como un puñal. Linda se llevó una mano al pecho, destrozada.

—Está bien, iré con ustedes —accedió.

La voz de Benedict resonó como un eco furioso en el salón.

—¡Anne! ¡No puedes irte, Anne! ¡No así! ¡No sin hablar antes!

Ella se giró hacia él.

—Cuide de Billy por mí, milord —le pidió con la voz temblorosa.

—Quiero decir... lady Linda, no debe irse si no quiere. Aquí está segura.

Pero ella no lo miró. No podía. No después de todo lo que había ocultado. El corazón le decía que se quedara. Que corriera a él. Pero su historia... su verdad... ya la había alcanzado. Y no podía arrastrarlo al escándalo que le esperaba en Londres.

Él no se lo merecía.

CAPÍTULO 30

BENEDICT cerró la puerta del salón con fuerza, con la mandíbula tensa y los puños cerrados a ambos lados del cuerpo. Se sentía impotente. Caminó con paso firme por el vestíbulo, hasta que encontró a la marquesa MacLeon en el corredor lateral, observando por una ventana cómo Linda se marchaba con sus padres.

—¿Cuánto tiempo lo supiste? —disparó sin más.

Lady Lidia se giró despacio. Su rostro, tan sereno en otras ocasiones, mostraba ahora una tristeza real, casi culpable.

—Desde el primer momento que la vi.

El conde soltó una risa amarga, incrédula.

—¿Y decidiste guardártelo? ¿Mentirme en la cara?

—No te mentí, Benedict —replicó ella, alzando apenas la voz—. No era mi verdad para contar. Era de ella.

—¡Maldita sea, Lidia! ¡Es lady Linda Willoughby! ¡Y tú lo sabías! Me dejaste hacer el papel de tonto… me dejaste enamorarme de una criada que no lo era, me dejaste... —se detuvo, el pecho subiéndole con cada respiración agitada—. Me dejaste pensar que podía confiar en ti.

La marquesa se cruzó de brazos y levantó una severa ceja.

—¿Y si te lo hubiera dicho? ¿Acaso la hubieras mirado igual? ¿La hubieras escuchado sin juzgarla, sin sentirte traicionado? No me mires así, Benedict. Lo que sientes no es traición. Es miedo. Porque no sabes qué hacer con lo que sientes por ella.

Él retrocedió un paso. Como si las palabras de su vieja amiga le dolieran más que cualquier golpe.

—Tú sabías que ella no podía quedarse. Sabías que sus padres podrían aparecer, que se la llevarían —se pasó una mano por el pelo —. ¡Que todo sería un maldito escándalo!

—Lo sabía —asintió Lidia—. Y aún así, quise darle un poco de libertad. Una oportunidad de vivir algo por sí misma. ¿Por qué

diablos crees que ella ha hecho lo que hizo, Benedict? ¡Quería tomar sus propias decisiones por una vez en toda su vida!

—¡Y ahora se ha ido! —espetó él—. ¿Eso también formaba parte de tu plan?

Lidia no respondió. Solo bajó la mirada. Entonces una voz aguda irrumpió el silencio.

—¿Es cierto, milord? —Billy apareció junto a la escalera, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Es cierto que la señorita Anne se ha ido?

Benedict giró hacia él, y algo en su interior se ablandó.

—Sí, Billy —afirmó—. Pero no se llama Anne. Ella es… lady Linda Willoughby.

El chico parpadeó, confundido.

—¿Entonces era una dama todo este tiempo?

—Sí. Y una bastante obstinada —añadió, con un nudo en la garganta.

—¿Y por qué se ha ido?

—Sus padres han venido por ella para que regresara a su antigua vida —contestó—. Ella me ha encargado que te cuidara.

Billy bajó los últimos escalones.

—¿No va a buscarla, milord?

El conde miró a Lidia con ojos afilados y luego al joven.

—Ve con Edward. Dile que prepare el carruaje. Salimos para Londres esta noche.

El muchacho abrió grande los ojos.

—¿De verdad? —preguntó Billy, con emoción.

—De verdad.

Billy salió corriendo escaleras arriba, repitiendo a viva voz que prepararían el carruaje, y que debían llevar más mantas, por si hacía frío. Benidict sacudió la cabeza y sonrió. No sabía lo que le esperaría el regreso. No sabía lo que haría. Pero sabía que debía tomar una decisión.

CAPÍTULO 31

LINDA se encontraba sentada junto a la ventana de su alcoba, con las cortinas descorridas para dejar pasar la pálida luz de Londres. La ciudad seguía allí, igual de gris y ruidosa que siempre. A su lado, Eliza, su doncella de toda la vida, le tendía una taza de té, pero Linda apenas la miró.

—Le puse miel y jengibre, como cuando era niña —murmuró dulcemente, intentando sonsacarle alguna reacción.

Linda envolvió la taza entre sus dedos, más por costumbre que por deseo.

—No necesito que me endulcen la vida, Eliza —susurró—. Ya no.

La doncella suspiró y se sentó en el borde de la cama, alisando la falda de su vestido.

—Milady, yo le advertí lo que sucedería si huía. No porque no quisiera que lo hiciera, sino porque sabía que sus padres jamás la perdonarían.

Ella bebió un sorbo de té y dejó que el líquido tibio le relajara el pecho.

—Lo sé. Pero tenía que hacerlo. Por primera vez en mi vida, necesitaba decidir algo por mí —respondió Linda, sin apartar la vista del jardín.

—Por suerte, el escándalo de su desaparición no duró demasiado, milady. El asesinato de lord Borbury captó toda la atención de la prensa —añadió Eliza.

Linda abrió grande los ojos.

—¿Lord Borbury ha sido asesinado?

—Sí, milady. Ahora no debe preocuparse de que sus padres quieran casarla con él.

Lord Borbury había sido un hombre horrendo, pero no merecía ser asesinado. ¿O tal vez sí? Linda cerró los ojos por un momento.

—Sin embargo, como castigo, mis padres me han retirado la dote. Dicen que, si alguien me pretende, será porque me quiere, no por el dinero, pero lo cierto es que solo buscan humillarme. No quieren que nadie se me acerque —le contó—. Me recuerdan todo el tiempo que manché el apellido, y que lo menos que puedo hacer es *dar la cara* en todos los bailes para que el rumor se consuma lo más rápido posible.

—¡Pero eso es cruel, milady! —explotó Eliza—. ¿Castigarla así? ¿Mostrarla como si fuera una oveja descarriada? ¡No tienen vergüenza!

—No los odies, Eliza —dijo Linda en voz baja—. Solo quieren que todo vuelva a ser como antes. Que yo sea la niña obediente, la que estaba prometida, la que no se rebelaba. Pero esa niña ya no existe.

Apartó la taza y, se llevó la mano al pecho, sujetó la medalla de Saint George entre los dedos.

—Brandon… —susurró.

—¿Milady? —preguntó Eliza con delicadeza.

—Mi hermano era el único que me comprendía. Me protegía cuando papá gritaba, me cubría cuando cometía algún error. Siempre decía que yo merecía bailar, soñar, reír. Y ahora… si regreso a la sociedad como una deshonrada, él también quedará manchado. Su memoria. Su nombre. Y eso no lo puedo permitir.

Eliza se acercó y se arrodilló frente a ella, tomándole las manos.

—Su hermano estaría orgulloso de lo que hizo. De que escapara, de que viviera, aunque fuera por un momento. Porque eso fue vivir, ¿no? —la doncella la miró con ternura—. Ese conde, lord Lancostter ¿la hizo feliz, milady?

Linda asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Mucho. Pero lo que viví con él no me pertenece. Fue prestado. Fue una burbuja que debía estallar —apretó los labios—. Y no podría culparlo si me odiara. Le mentí. Le oculté todo. Me presenté como una criada y terminé siendo justo la mujer que decía detestar. Él había llamado una mujer insulsa a Linda Willoughby.

—¿Y usted no lo odia por haberla dejado ir?

Linda negó con la cabeza, y una lágrima cayó sobre su mejilla.

—No. Solo espero que me recuerde por lo bueno. Por la risa de Billy, por el vestido azul, por la música. Lo demás… lo guardaré aquí —se llevó una mano al corazón—. Y nunca lo olvidaré. Aunque tenga que sonreír en todos los bailes, fingir que nada pasó. El conde siempre será mi secreto.

Eliza se levantó y le acomodó el cabello detrás de la oreja.

—Entonces que sea un secreto hermoso, milady. Que le dé fuerza y no tristeza.

Linda la abrazó. Era todo lo que podía hacer sin romperse por completo. Afuera, las campanas de la iglesia sonaron tres veces. La ciudad seguía girando. Y ella, en su encierro de terciopelo, se preparaba para volver a ser la dama perfecta, aunque ya no lo fuera.

CAPÍTULO 32

BENEDICT empujó la puerta de roble del club *El Purgatorio* con el hombro. Su humor era tan oscuro como el cielo de Londres esa tarde. El lugar lo recibió como siempre: un aroma a humo de puros y brandy añejo, se oía los murmullos de los jugadores, las risas de las cortesanas y algún que otro caballero dormitando en los cómodos sillones. Al fondo, junto a una mesa redonda, lo esperaba Cam Marclow, con una copa en la mano y una sonrisa que oscilaba entre el sarcasmo y arrogancia.

El conde avanzó hacia él, y alejó a dos cortesanas que se le atravesaron, proponiéndole una noche llena de pasión. No estaba de humor para curvas, ni caricias vacías. Ya había tenido suficiente con una mujer que se le había metido bajo la piel.

—Vaya, vaya... mírate nada más. Pareces un viudo de guerra —dijo Cam alzando su copa—. ¿Acaso es posible que te hayan roto el corazón?

Benedict se dejó caer en el sillón de enfrente, gruñendo por lo bajo.

—¿Tienes algo fuerte? ¿O seguirás balbuceando estupideces?

—Solo oirás buenas noticias de mi boca esta noche, Ben.

Cam le sirvió una copa de whisky. Benedict la tomó sin miramientos y bebió de un trago.

—¿Qué noticias? —preguntó, apoyando un codo en el respaldo del asiento.

Cam se inclinó hacia él, bajando la voz con complicidad.

—Revisé tus libros de cuentas, como me pediste antes de irte a Escocia. Tenías razón en sospechar. Tu notario te estaba estafando —lo puso al día—. Falsificó cifras, ocultó ingresos, incluso desviaba pagos menores. Toda una joyita.

Benedict frunció el ceño.

—¡Malnacido! ¿Dime que has hecho que lo metieran preso?

—No. Hice algo mejor. Hice que te devolviera cada centavo. Y por supuesto, lo despedí. Tus tierras están en orden. Tus arriendos, también. No estás en bancarrota, Ben. Jamás lo estuviste. Solo estabas mal asesorado.

El conde soltó el aire que llevaba días conteniendo. El alivio fue tan brutal como un puñetazo en el estómago. Buen Dios, hasta había planeado casarse para salvar sus finanzas. Aunque eso había sido antes de conocerla a ella: Anna Brown o mejor dicho Linda Willoughby.

—Gracias, Cam. No sé qué decir…

—Podrías empezar con un *te invito un whisky*, pero supongo que tu alma atormentada no está para bromas esta noche.

—Estoy bien —gruñó, bebiendo otro trago.

—Tu cara dice lo contrario —replicó Cam, cruzando una pierna sobre la otra—. Diría que tiene que ver con una dama. ¿O, quizás… con *lady Linda Willoughby*?

Benedict se atragantó con la bebida y alzó la mirada de golpe.

—¿Cómo sabes eso?

—Oh, por favor, me conoces. ¿Qué clase de hermano crees que soy? Lidia me escribió después de que saliste echando humo de su casa. Estaba preocupada.

Benedict resopló.

—Lidia no debió decirte nada.

—Lidia *siempre* tiene algo para decir —bromeó Cam—. Pero dime tú ¿qué vas a hacer ahora?

El conde no alcanzó a responder. En ese instante, una figura familiar ingresó al club con aire distinguido. El vizconde Devontrille. El mismo con el que Linda había estado prometida. El mismo al que ella había esperado durante años. Y que la había abandonado.

Algo oscuro se alzó en el pecho de Benedict. Sin pensarlo, se levantó de un salto, atravesó el salón y sin cruzar una palabra con lord Devontrille, le propinó un golpe directo al rostro. El vizconde cayó contra una silla con un grito ahogado, y los murmullos del club se silenciaron de pronto.

—¡Por el amor de Dios, Lancostter! —rugió Devontrille, limpiándose la sangre del labio—. ¿Se ha vuelto loco?

—¡Usted la dejó a la deriva! —espetó Benedict, con los puños cerrados—. ¡Si no la hubiese abandonado, lady Linda no habría tenido que escapar! No habría tenido que… —se interrumpió a sí mismo, sintiendo que el pecho le ardía—. No habría tenido que convertirse en una criada para sobrevivir.

Devontrille se irguió, acomodándose la chaqueta, dignamente a pesar del golpe.

—Me disculpo por cualquier daño que mi decisión haya causado a lady Linda. Pero no me disculpo por haber roto ese compromiso. Porque me casé con la mujer que amo.

Hubo un silencio. Uno denso.

—Y usted, lord Lancostter, debería dejar de llorar en los clubes y empezar a hacer algo por ella si de verdad la quiere —continuó el vizconde—. Porque si algo aprendí, es que cuando una mujer así se cruza en tu camino, no puedes quedarte de brazos cruzados.

Benedict se quedó sin palabras.

Cam, que se había acercado en silencio, murmuró a un lado de él:

—Creo que ese golpe te lo diste a ti mismo, Ben.

Sin responder, Benedict se giró, se abrió paso entre los jugadores y salió del club con la capa arremolinada como una tormenta. Ya no podía huir de lo que sentía. Linda no era solo un escándalo. No era solo una dama. Era suya.

CAPÍTULO 33

LINDA sostenía su abanico de plumas con rigidez, sin moverlo siquiera. Lo usaba más como un escudo que como un accesorio de coquetería. A su alrededor, el salón de baile resplandecía con sus candelabros, risas forzadas y la música de la orquesta, pero nada podía distraerla del peso invisible de las miradas. Algunas eran furtivas. Otras, descaradas. Pero todas tenían algo en común: juzgaban. Linda trató de ignóralas lo mejor que pudo.

Sabía que sus padres estaban detrás de ella, controlando cada uno de sus movimientos. Al bajar del carruaje, su padre se había inclinado hacia ella y le había susurrado al oído: *Mantente callada. Saluda con gracia. Baila, si alguien te lo pide. Hazlo por tu hermano*.

Se cubrió el rostro con el abanico para ocultar una mueca de dolor. Ellos actuaban como si nada hubiese ocurrido, como si todo estuviese en orden. Como si su hija no hubiese desaparecido durante semanas ni hubiese sido hallada en una mansión escocesa vestida de criada. Como si ese escándalo no hubiese dejado grietas irreparables en su reputación.

Linda respiró hondo. Su vestido de satén azul oscuro caía como agua sobre su cuerpo, delicado y elegante, pero ella no se sentía así. Se sentía expuesta. Vulnerable. Como un cordero llevado al matadero, aunque fingiera serenidad. Pensar en su hermano Brandon era lo único que le daba fuerzas.

O eso era lo que ella creía hasta que vio acercarse al vizconde Devontrille, su eterno prometido que la había dejado a último momento, del brazo de su nueva flamante esposa, lady Felicity Flisher. Por un instante, pensó en girarse, en alejarse, pero no lo hizo. Maldita sea. Sus pies parecían anclados en el piso.

—Lady Linda —saludó él con una leve inclinación—. Luce muy bien esta noche —se aclaró la garganta y continuó—: Espero que me permita unas palabras, milady.

Ella se mantuvo firme. Primero miró a la vizcondesa Devontrille, y al notar que no parecía molesta, asintió con suavidad, como se le habían enseñado desde pequeña.

—Creo que no me ha dejado otra opción, milord —respondió con su mejor sonrisa fingida—. En este instante, los ojos están sobre nosotros.

Él sonrió, algo incómodo.

—Solo quiero disculparme por cómo terminó todo. No fui valiente ni justo con usted, milady. Debí acabar con nuestro compromiso mucho tiempo atrás.

Lady Felicity, radiante en un vestido verde esmeralda, se adelantó un paso.

—Estamos aquí para acompañarla esta noche, milady. No debería estar sola. Sabemos lo crueles que suelen ser algunas personas.

Linda sintió un nudo en la garganta. El gesto había sido inesperado. Amable.

A su alrededor, las miradas comenzaron a cambiar. Lucían confundidas. Todos parecían esperar que ella montara un escándalo al encontrarse frente al hombre con el que había estado comprometida toda su vida… ahora acompañado de su nueva esposa. Pero la verdad era que jamás había amado al vizconde. Tal vez por eso no le dolía. Aunque, en el fondo, no pudo evitar sentir cierto regocijo al notar los rostros curiosos, que debían preguntarse: *¿Por qué la pareja más feliz de la temporada estaba siendo amable con ella?*

—Devon —murmuró Felicity—. Invítela a bailar —propuso—. Si todos ven que las cosas han quedado bien entre ustedes, dejarán de murmurar.

El vizconde extendió la mano, y Linda, aunque dudó por un segundo, levantó la suya. Pero no llegaron a tocarse.

—Me temo que lady Linda ya está comprometida en esta pieza —interrumpió una voz firme y segura.

Linda sintió cómo todo su cuerpo se tensaba. Lo reconoció de inmediato. Su aroma. Su tono. Su sombra. Era él.

—Lord Lancostter —dijo Devontrille, retrocediendo con cortesía, y dando su consentimiento con una media sonrisa.

Linda se giró y lo vio. Benedict. Con el cabello oscuro perfectamente peinado; la expresión firme y decidida… y esos ojos. Esos malditos ojos que todavía tenían el poder de desarmarla por completo.

—¿Qué hace aquí, milord? —murmuró ella, incapaz de ocultar la sorpresa.

—He venido a bailar con usted, por supuesto —respondió él, y sin pedir permiso, la tomó de la mano y la llevó al centro del salón, bajo la mirada atónita de todos.

Era la primera vez que Linda bailaba con un hombre que no fuera su hermano Brandon o su antiguo prometido. Y, sin embargo, con Benedict todo parecía distinto. Su mano en la cintura era cálida; la otra, sostenía la suya con una ternura que no esperaba.

Por primera vez, Linda no se sentía guiada… sino elegida.

—Parece que esta vez me ha tocado el turno de ser el escándalo, milady —bromeó él.

—No debería estar aquí, milord —susurró ella, nerviosa.

—¿Por qué no? He venido a cortejarla públicamente. A dejar claro que no me importan sus errores, ni que haya fingido ser una criada, ni el apellido que lleva.

Linda apretó los labios, manteniendo el ritmo del vals.

—¿Y qué hay de lo que dijo, milord? Que lady Linda era insulsa y sin gracia.

Él la atrajo un poco más hacia él, hasta que su aliento rozó su oído.

—Fui un idiota —confesó, con una voz que le erizó la piel—. Y me retracto. Porque la mujer más brillante de este salón está justo frente a mí, haciéndome perder la cabeza… y el corazón.

Ella se estremeció.

—No necesita continuar con el cortejo, milord —dijo, alzando la mirada—. Ya todo ha quedado atrás. No tiene por qué seguir fingiendo interés por mí.

—No estoy fingiendo, cielo —respondió—. Estoy rogando. Porque quiero seducirte todos los días de mi vida.

Linda se detuvo en seco, con el corazón en la garganta.

—Si lo que busca es mi dinero, milord, mi padre me ha quitado la dote —le advirtió con un hilo de voz—. Ya no tengo nada.

Benedict rió por lo bajo, con ternura.

—Qué suerte la mía —susurró—. Porque no necesito su dinero, milady. Solo la necesito a usted.

Y entonces, sin más, el conde se arrodilló. En medio del salón. En medio del escándalo. Frente a ella.

—Cásate conmigo —le pidió—. Lady Linda Willoughby, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Linda se llevó una mano a la boca.

—¿Qué cree que está haciendo, milord? ¡Levántese! —susurró, desesperada—. Por favor… antes de que mi padre explote.

—No me importa su padre —replicó él sin moverse—. Solo diga que sí, milady.

Ella lo miró. Lo miró como nunca antes había mirado a nadie. El maldito la había dejado muda. Muda de amor.

—Sí —dijo—. Me casaré con usted.

Un murmullo se propagó por todo el salón. Los cuchicheos se multiplicaron: algunos cargados de asombro, otros teñidos de escándalo y unos pocos, como el de su madre, colmados de alivio.

Pero Linda no veía a nadie.

Solo a él.

Solo a Benedict.

Y en ese instante, supo que, después de tanto huir, por fin había encontrado su lugar.

EPÍLOGO

EL SALÓN principal de la residencia Lancostter era un caos. Pero un caos decorado con cintas de raso, flores frescas, candelabros relucientes. Linda —o mejor dicho, *lady Lancostter en breve*— intentaba no hiperventilar mientras Eliza le acomodaba los rizos por décima vez. Su vestido de novia era sencillo, elegante, y tan blanco como el primer copo de nieve en invierno. Pero ni el encaje ni la seda lograban calmarle los nervios.

—¿Y si tropiezo al entrar? ¿Y si me desmayo? ¿Y si alguien objeta durante los votos? —preguntó con los ojos como platos.

—¿Y si el cielo cae sobre nuestras cabezas? —replicó Eliza con sarcasmo—. ¡Respire, milady! Que lo único escandaloso aquí es lo hermosa que se ve este día.

Linda soltó una carcajada nerviosa justo cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Estamos perdidos! —gritó una voz conocida—. ¡Totalmente perdidos, milady!

Billy irrumpió en la habitación con el chaleco torcido, el cabello despeinado y la corbata colgando como si hubiera peleado con ella. Llevaba en la mano una caja de terciopelo azul.

—¡El anillo! ¡El conde olvidó el anillo! Me lo dio para cuidarlo y luego él se puso a hablar con el obispo sobre la humedad de la capilla ¡y se le olvidó! —exclamó con dramatismo.

Linda lo miró y sonrió. Porque Billy era así. Y su nueva vida también lo sería: llena de caos, pero también de amor.

—Dámelo —le dijo con ternura, y él obedeció de inmediato—. ¿Dónde está el conde?

—Paseándose como león enjaulado, milady. Apuesto lo que quiera a que ya ensayó sus votos veinte veces —murmuró con una mueca divertida—. No hace más que repetir: *no la asustes, no la*

asustes, no la asustes. No se sorprenda si se desmaya cuando la vea aparecer.

Linda se rió de verdad esta vez. Billy le guiñó un ojo y salió corriendo de la habitación.

Minutos después, cuando las puertas de la capilla se abrieron y todos los invitados se pusieron de pie, Linda caminó por el pasillo del brazo de Cam Marclow, quien había aceptado gustoso entregarla, ya que su padre se había negado a asistir. A cada paso, sentía que algo cambiaba dentro de ella. Como si, por fin, estuviera dejando de huir.

Y cuando lo vio, esperándola al final del altar, con esa sonrisa torpe que solo él sabía hacer, supo que no había cometido un error.

Que se casaba por amor.